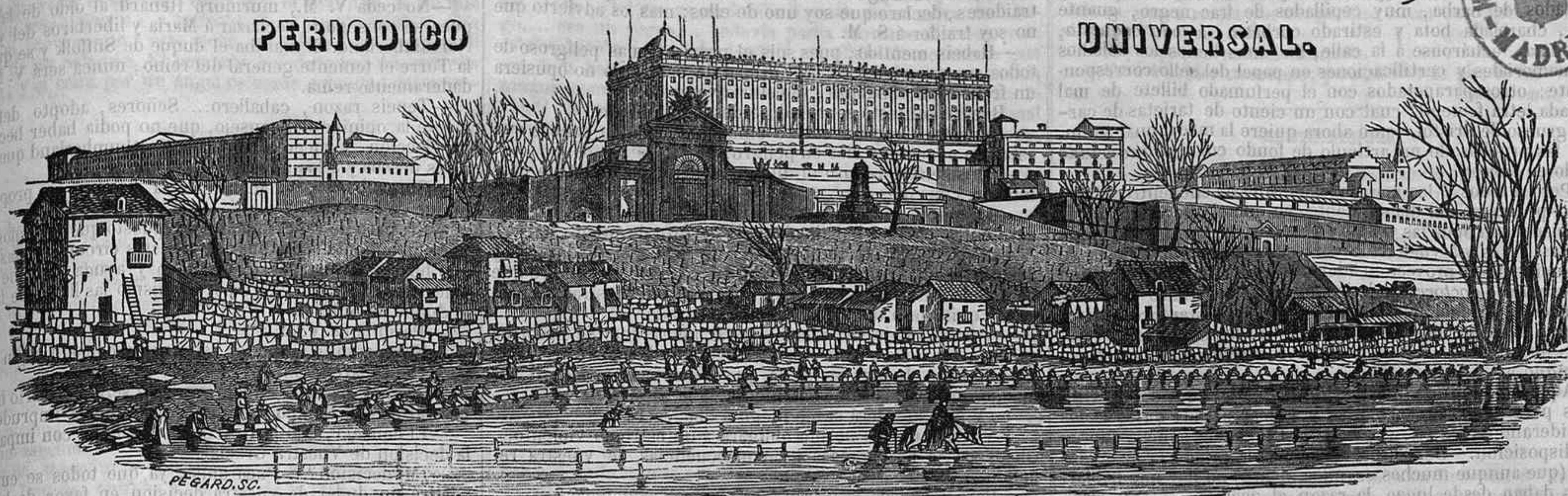


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 8 rs.

NUM. 240.—SÁBADO 1.º DE OCTUBRE DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60,
Ultramar y extranjero: Año 80.

CRONICA MATRITENSE

DEL MES DE SETIEMBRE.

Setiembre es por excelencia el mes clásico de Madrid. Al terminar los rigores caniculares, y entrando el sol en el signo de la balanza, brilla en toda su pureza nuestro alegre cielo, nuestra atmósfera transparente y despejada.—Al favor de una grata temperatura, de un calor moderado, vuelve á recobrar su animación ordinaria la desmayada población, tornan á ingresar en ella los que temiendo los rigores del estío la abandonaron presurosamente á la entrada de julio para buscar mas frescas brisas, mas templado sol á la falda de las montañas, ó á las orillas del mar.—Con ellos regresan el bullicio, los placeres y la animación de nuestra brillante sociedad: las casas deshabitadas en gran parte, se pueblan de nuevo; las calles y plazas tornan á estar intrasitables con el bullicio de los coches, y la confusión de la pedestre multitud. Los paseos recorren su animado esplendor; los teatros abren de nuevo sus puertas; los poetas sacuden el polvo á su musa; los cantantes ensayan las fauces agostadas; los músicos templan los instrumentos, y el público pagano sitia con fervor el ventanillo del despacho.—Con esta animación de la heroica villa coincide tambien el regreso de la corte, los nuevos dramas á grande espectáculo preparados en ella por los cortesanos, comediantes ordinarios de la misma.—Y como si todo esto no fuera bastante para dar al afortunado setiembre un interés palpitante, quiso tambien la suerte que hubiese en Castilla un rey D. Juan el II, el cual guiado por un impulso de magnanimidad, y deseando manifestar á la villa de Madrid su agradecimiento por haberle cedido los lugares de Cubas y Griñon (que eran suyos) para hacer con ellos un obsequio á un su criado, tuvo á bien concederle dos francas ferias, una por San Miguel (8 de mayo), y otra por San Mateo (24 de setiembre), que reunidas después en esta última han venido á caracterizar, á dar su colorido especial al equinoccio estival en nuestro Madrid.—¡Dichoso D. Juan!

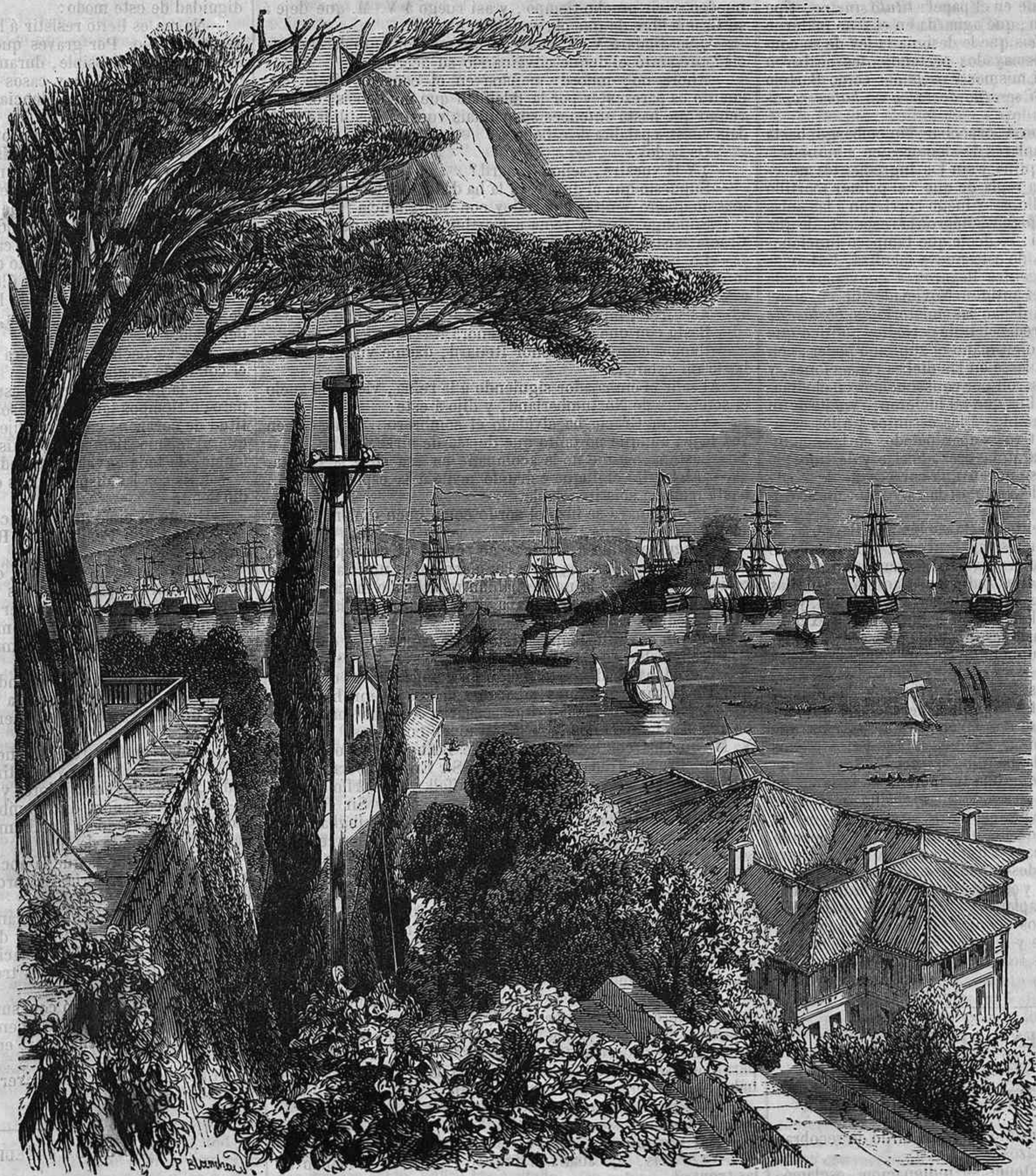
cuánto de gratitud os debemos los madrileños! Ello es verdad, que si buenas Cubas y Griñon teníamos, buen regalo os hicimos; si buenas ferias nos dabais, buen par de villas nos cuestan.

Setiembre, por el año de gracia 1853 que nos rige, ha sido fiel, rigurosamente fiel á su programa.—Desde sus primeros dias templó nuestra abrasada atmósfera, con sus frescas risas, sus mansas aguas, y su sol equinoccial.—Regresó la emigración veraniega de nuestra población, regresaron con ella la

vitalidad y animación consiguientes. Tornaron á resonar en el teatro lírico-español la voz del capitán *Alegria* y el tamboril del andorrano *Colás*; la incomparable musa de *Lope de Vega* lució sus primores en el nuevo teatro de su advocación; el del Príncipe y el de la Cruz tornaron á entusiasmar al público con *Verdades Amargas* y con dramas *mas amargos* aun; y quedaron en reserva para levantar su cortina en los primeros del próximo octubre, el de la ópera italiana, el de la francesa, y acaso acaso el cómico-lírico andaluz.—*Romeo*, *Arjona*, *La Teodora*, *Salas*, *Dardalla*, *la Gazzaniga*, *Malvezzi*, *La Nena*, *La Petra*, *Cámara*, *la Fabri*, *Gontí*, *Bourdais*, *Petilot*, etc.; comedia antigua, drama moderno, ópera italiana, *vaudeville* francés, zarzuela, y sainete, molières y *pas de deux*; ¿qué mas podemos desear?

El teatro político-cortesano hizo tambien la solemne apertura de la temporada con el *debut* del nuevo ministerio. De todos los espectáculos que nos ha proporcionado setiembre, este es el mas visto (mas aun que el *Valle de Andorra*), y por consiguiente es el que menos sensación nos ha causado: por otro lado era indispensable en el mes de setiembre, y teníamos por tan seguros en él los gobernantes nuevos, como los trastos viejos en las plazuelas, ó en la calle de Alcalá los melocotones de Aragón. Así que la inauguración de S. S. E. E. ha pasado y nada mas; lo que los franceses llaman en el teatro un *succès d'estime*.

Pero si tal ha sido el efecto producido en general por la novísima crisis, cuarta ó quinta del año, y su inmediata resolución, no ha debido ser así en aquella parte de la población que forma la falange político-cortesana, que gira en derredor del poder, que tiene por Norte el presupuesto del estado, que se afana y esfuerza por sacrificarse por la patria, mediante su correspondiente sueldo, uniforme y señoría.—En esa parte (por cierto muy numerosa y sustancial de nuestra población), el movimiento producido por la última peripecia ministerial ha sido grande y maravilloso.—Desde muy de mañana del día en que se publicaron los decretos reales, empezaron á circular por las calles, ocuparon todos los coches peseteros, y asaltaron todas



Flota otomana en el fondeadero de Boyouk-Déré.

las escaleras y antecámaras posibles, cuantos parásitos, pretendientes, cesantes, aspirantes, opositores y entusiastas encierra en sí este inmenso campamento de postulantes que llamamos la corte de España.—Muy atusados de cabellera y afeitados de barba, muy cepillados de frac negro, guante paja, charolada bota y estirado corbata, á toda orquesta, en suma, echáronse á la calle, los unos llenos los bolsillos de memoriales y certificaciones en papel del sello correspondiente; otros parapetados con el perfumado billete de mal trazada letra femenil; cual con un ciento de tarjetas de cartón grueso de Bristol, como ahora quiere la moda; cual en fin, con las pruebas de un artículo de fondo color pronunciado fondo en turron.

Pero á todos ó los mas de ellos salió al encuentro el decreto-programa del día siguiente, en que el nuevo ministerio (previendo sin duda las visitas de tantos apasionados) con muy atentas frases y á vueltas de corteses razones, manifiesta su resolución de no proveer en adelante los destinos públicos sino en cesantes ó doctores de la ley, ó sean licenciados en administración; lo cual monta tanto como contestar preventivamente á aquellas importunas visitas con las perentorias y sabidas fórmulas de «S. E. no recibe» ó «Perdone Vd. por Dios, hermano.»

Aquí del apuro de nuestros turronófilos; aquí del intrín-gulis para esplayar, con tanto y aplicar á cada quisque los considerandos, las regas y las excepciones de aquella suprema disposición.—De los que estaban en la categoría de cesantes (que aunque muchos eran los menos) no hay que hablar; estos daban desde luego la razón al decreto, y entonaron como era consiguiente el hosanna in excelsis; pero los aspirantes novísimos, que careciendo de aquella investidura de saban llegar á ella pisando antes por un destino cualquiera en que poder cesar, todo era darse de calabazadas para saber cuáles de ellos podían lisonjearse de poseer aquella mística virtud, aquella boria requerida por el real decreto; y si bien los mas se creían muy aptos y superabundantes para regir los principales puestos de la administración, ninguno que sepamos, hallaba entre sus papeles aquel título peregrino, por la sencilla razón de que todavía está el primero por expedir.—Confusos y amostazados se preguntaban unos á otros, informábanse por menor sobre las señales de la existencia de aquel ave fénix, de aquel mirlo blanco llamado Doctor administrativo; informábanse de las aulas en que debería haber cursado; de las ceremonias con que pudo ser revestido; del color de la boria que debiera ostentar sobre su capuz.—Todo en vano: ni tal licencia, ni tales doctores, ni tales aulas, ni tales borlas existían mas que en el papel: título sine re; tipo en estado de feto ó embrión, que aguarda en el seno materno para salir á luz los cinco años que le designa la ley de su concepción; con lo cual los desmayados pretendientes acabaron por recogerse dentro de sí mismos y exclamar como Bartolo en El médico á palos: «Si seré yo doctor y no habré reparado en ello!»

Los mas tenaces llegaron á sospechar, sin embargo, hasta una media docena de ejemplares de doctores en administración, aunque hechos á máquina y sin los ingredientes necesarios, sin duda por aquella regla de que «el primer martillo hubo que hacerle sin martillo.»—y luego corrieron á las aulas á inscribirse en sus clases; pero recibieron la respuesta de que tampoco iba el agua por allí; es decir que tampoco funcionaban todavía las asignaturas de esta nueva facultad. Entonces á fuer de perspicaces y diligentes llegaron á convencerse de que no era en el edificio del antiguo Noviciado, ni en el del Colegio imperial donde se daban las misteriosas borlas de gobierno, sino en tal ó cual redacción de periódico político que se pasaban entre sí de mano en mano el supremo poder; con lo cual acudieron á matricularse en las dichas redacciones, y los artículos de fondo rebosaron por consecuencia en el almacén.—Muy bien pensado.—Los que tal hicieron, á vuelta de un par de meses podrán dar una liga á los cesantes y á los escolares de derecho administrativo, y aparapetados en las columnas de su periódico, asaltarán favores, borlas y destinos; ó revestidos de cándida toga seguirán una carrera noble y segura, la carrera que guía al Capitolio; la carrera... de S. Gerónimo, vamos al decir.

Simultánea y paralelamente á esta espléndida Carrera, la feria matritense ha desplegado su aparato en la vecina calle de Alcalá.—Aquí el espectáculo era diverso, si bien mas pintoresco y animado. Las pretensiones reducíanse aquí á las de las gracias femeniles, las intrigas á los amorosos galanteos, y los fervidos deseos á los formulados entre sollozos por la exigencia infantil. ¡Felices pretensiones, apacibles deseos, ampliamente satisfechos con un juguete de cartón, con una sonrisa de una muñeca de verdad!

¿Pero acaso son menos frágiles y efímeros los objetos por que anhelan los feriantes en aquel mercado de que antes hablabamos? ¿La sonrisa del favor dura acaso mas que la de la belleza? ¿La rueda de la fortuna está sujeta á menos entorpecimientos que la de la máquina artificial? ¿Se prolonga mas hoy día un alto puesto que una temporada de feria? ¿Una cartera ministerial es otra cosa que un utensilio de teatro? ¿En qué se diferencia Romea haciendo de ministro en uno de los bellos dramas de Rubí, de los que representan el mismo papel en la escena cortesana?—En que aquel lo ejecuta una semana, mientras estos lo desempeñan acaso un mes.—Hay una diferencia sin embargo, y es que el primero lo figura siempre bien, y entre unánimes aplausos, y estos suelen hacerlo bastante mal, ó por lo menos no gustar á los señores, y reciben por recompensa silbidos y saetillas, sátiras y libelos, ó los aplausos de la claqué que es todavía peor.

EL CRONISTA.

LAS TRES REINAS.

CAPÍTULO IV.

Renard se conmovió al pronto, pero no tardó en recobrar su serenidad, y cruzó los brazos. El duque, incapaz de contener su indignación, exclamó, arrojando al suelo su sombrero y desvainando la espada: «Señor Renard, sois un traidor.

—¿A quién hago traición, milord? preguntó el embajador con sosiego.

—A mí... á la reina. —Si los enemigos de Vuestra Gracia son precisamente traidores, declaro que soy uno de ellos; mas os advierto que no soy traidor á S. M.

—Habeis mentido, pues sois el peor y el mas peligroso de todos sus enemigos: si la santidad de este sitio no opusiera un freno á mi venganza, ya estaria vengado.

Renard contestó sonriéndose desdeñosamente:

—Vuestra Gracia aventura amenazas, cuando conoce que estas no ponen sus dias en peligro.

—¡Insolente! repuso el duque furioso; defiéndete ó caes muerto á mis pies.

—Envainad vuestra espada, milord, gritó Juana poniéndose entre los dos: habeis olvidado delante de quien estais.

—No, replicó Northumberland; no lo he olvidado; estoy delante de una reina que me debe su corona; el hombre que ha tenido bastante poder para colocarla en vuestras sienes, puede quitársela tambien, cuando le agrade.

—Vuestra Majestad puede juzgar ahora cual de nosotros es el traidor, observó irónicamente Simon Renard.

—Si, dijo Juana; ya sé lo que debo pensar. Milord, os mando que salgais inmediatamente de la capilla.

—¿Y qué sucederá si me niego á obedecer?

—Vuestra Gracia no me obligará á un extremo violento... Obedeced, ó preparaos á las consecuencias de vuestra rebelión...

—Pero ¿cuáles serán esas terribles consecuencias?

—Vuestro inmediato arresto, respondió el conde de Pembroke, acercándose á él con la mano puesta sobre el pomo de la espada. Si, señora; si su Gracia no obedece las órdenes de V. M. sabremos obligarle á hacerlo.

—Juana, dijo el duque volviendo en sí, daos por advertida, pues mas tarde ya no será tiempo. Estais entre los que anhelan vuestra caída.

—No, replicó Renard; todo lo contrario, señora: de la caída de su Gracia depende que V. M. se salve.

—Ni una palabra mas, caballeros, repuso Juana con viveza; si, como decís, sois mis fieles súbditos, abjurareis de todas vuestras disensiones.

—¡Jamás! exclamó Northumberland, que viva el señor Simon Renard sobre sí.

—Si proferís otra amenaza como esa, milord, contestó la reina, mando que os arresten.

—¡Oh! murmuró Simon Renard; los hombres amenazados pueden vivir mucho tiempo, y así ruego á V. M. que deje á su Gracia libre de que obre como la plazca.

—¿Se dignará V. M. concederme un momento de audiencia? preguntó el duque envainando su acero.

—Ahora no, milord: mañana en el consejo direis todo cuanto os parezca, y por la fidelidad que me debeis, os prevengo que hasta entonces suspendais vuestra hostilidad. ¿Me dais vuestra palabra de caballero?

—Os la doy.

—¿Y la vuestra, señor Renard?

—Supuesto que el duque ya la ha dado, no debo negarla yo; mas no quiero ocultar que la doy con repugnancia.

—Supongo, dijo la reina á Northumberland, que vuestra Gracia asistirá mañana al Consejo.

—Lo haré si V. M. lo desea, aunque mi presencia allí es inútil, ya que mis opiniones tienen la desgracia de desagradar á V. M.

—Asistireis, milord, pues lo deseo y os lo mando.

—Basta con que lo deseéis, señora...

—Hemos concluido. Señor Renard, dadme vuestro brazo hasta mi estancia.

Al salir el embajador siguiendo á la reina, vió en el suelo el sombrero de Northumberland, y dijo á este:

—Vuestra Gracia ha olvidado el sombrero... y añadió en voz baja, aunque no tanto que dejase de oírse:

—¡Lástima es que no le acompañe en ese sitio la cabeza.

—¡Ah! gritó el duque echando mano á la espada; pero... hasta mañana sois inviolable.

Simon Renard se hizo el sordo como buen diplomático, y acompañó á la reina.

Al siguiente día á las doce se reunió el consejo bajo la presidencia de la reina; pero las alarmantes noticias que se recibieron durante la noche habían modificado mucho el objeto de la sesión, pues se trataba ya de tomar inmediatamente serias medidas contra los rebeldes.

No bien se sentó Juana en su trono, cuando el conde de Pembroke habló de este modo:

—Con el mayor disgusto pongo en conocimiento de V. M. que Sir Eduardo Hastings, al frente de cuatro mil hombres, ha tomado partido por la princesa María. Además, han enarbolado el estandarte de la rebelión cinco condados. Ya sabia V. M. que los condes de Sussex, de Bath, de Oxford, lord Wenworth, Sir Tomás Cornwallis y Sir Enrique Jerningham han sublevado á los campesinos de Suffolk y de Norfolk: pues bien; lord Windsor, Sir Edmundo Peckham y Sir Roberto Drury acaban de hacer lo mismo con los de Buckinghamshire. Por todas partes se agita la tea de la discordia, y los rebeldes se dirigen hácia Framlingham-Castle, residencia actual de lady María.

—Es preciso, contestó Juana, reprimir sin perder tiempo la insurrección poniendo un ejército en campaña.

—¿Y á quién piensa V. M. confiar su mando? preguntó Pembroke.

—A quien merece mi mas completa confianza: á mi padre, el duque de Suffolk.

—Mi dictamen es que se elija al duque de Northumberland, pues siempre ha hecho que triunfen nuestras armas, y el recuerdo de la derrota de los rebeldes en Dussindale será para él un auxiliar poderoso. Su Gracia posee títulos incontestables para ponerse al frente de nuestras tropas, y además es tan hábil negociador como valiente capitán.

—Voto por Northumberland, dijo Cecil.

—Yo tambien, añadió Humtingdon.

—Hay unanimidad, observaron todos los vocales.

—Ya lo veis, dijo Juana al duque. ¿Aceptais el mando de las tropas?

—No, replicó él bruscamente: estoy dispuesto á derramar toda mi sangre por V. M.; pero penetro las intenciones de

esos hombres artificiosos, y no seré su juguete: su único objeto es alejarme de aquí. Lo que conviene es que el duque de Suffolk tome el mando de la expedición y que yo conserve el de la Torre de Londres.

—No ceda V. M., murmuró Renard al oído de la reina, pues se conseguirá rechazar á María y libertaros del yugo de Northumberland. Si marcha el duque de Suffolk y se queda en la Torre el teniente general del reino, nunca será V. M. verdaderamente reina.

—Teneis razon, caballero... Señores, adopto definitivamente la opinion del consejo, que no podia haber hecho mejor eleccion, y ruego al duque de Northumberland que acceda á sus deseos y á los míos.

—Sin embargo, V. M. ha sido la primera en proponer al duque de Suffolk.

—Si; pero he reflexionado; y supuesto que mi esposo tiene por conveniente abandonarme en estas circunstancias, necesito buscar en otra parte el apoyo y ayuda que me niega. Vuestra Gracia entregará por lo mismo las llaves de la Torre al duque de Suffolk.

—Permitame V. M...

—No os admito la menor excusa; no consentiré en que mi padre se separe de mí, y exijo que acepteis.

—Si V. M. persiste en ello, veo que será necesario hacerlo; pero al mismo tiempo debe tener presente la imprudencia...

—El consejo, dijo lord Arundel, aguarda con impaciencia la decision de Vuestra Gracia.

—¿Mi decision?... Pues oidla: ya que todos se empeñan, partiré sin dudar de vuestra decision en favor de la reina, cuya defensa confío á vuestra lealtad.

—¡Está perdido! murmuró Simon Renard al oído de Noailles, frotándose las manos.

—Va á firmarse la comision para Vuestra Gracia antes de que se levante la sesión, dijo Juana, y os recomiendo la mayor premura y diligencia en la reunion de fuerzas contra los rebeldes.

—Mi estado mayor, respondió el duque, irá hoy mismo á reunirse en Durham-Housse, y haré que la artillería se ponga en marcha antes del día.

Después de un momento de silencio, todos los miembros del consejo firmaron el acta que conferia sus poderes al general en jefe. En seguida le dijo el conde de Pembroke:

—Hé aquí vuestra comision, sellada con el gran sello del Estado.

—Es su sentencia de muerte, dijo Renard á Noailles.

El duque se levantó entonces y se espresó con la mayor dignidad de este modo:

—No me es licito resistir á los votos reunidos de la reina y de su consejo. Por graves que sean mis preocupaciones en cuanto al efecto posible, durante mi ausencia, de ciertas influencias funestas, hay casos en que la voz del honor debe hacer callar á la de la prudencia. Además, el desconfiar demasiado de los hombres y de las cosas, es desconfiar uno de sí mismo, es desconfiar de la providencia. Por otra parte, abrigo la esperanza de que este mismo sentimiento de honor, que me obliga á marchar contra nuestros enemigos declarados, me protegerá aquí contra mis enemigos secretos. Debeis considerar, señores, que el golpe que se me aseste irá hasta la reina, y que la reina ha recibido vuestros juramentos. Tambien tendreis presente que la causa de la reina es la causa de Dios, porque el sostenimiento de la reforma está unido al del poder soberano de S. M. Por último, señores, no olvidéis que vuestra traición, aun cuando llegue á consumarse al abrigo de la venganza de los hombres, no podrá huir de la venganza del cielo.

—Las sospechas de Vuestra Gracia son injustas, protestó el conde de Arundel.

—Nada mas diré sobre ese asunto, repuso Northumberland: pero en tiempos tan borrascosos os quisiera ver con gran rectitud de corazón, con gran firmeza de ideas y de opiniones, y que al mismo tiempo hicierais abnegación de toda malevolencia, de toda envidia y de todo interés personal.

—Esas son las disposiciones que todos abrigamos, respondió Cecil.

—Ruego al cielo que así suceda, replicó Northumberland.

—Y yo, dijo Pembroke á Renard, que no vuelva el soberbio.

—Suffolk, añadió el duque, os entrego el mando de la Torre de Londres, encargándoos que veis mucho en ella, si queréis que vuestra hija conserve la corona. Y ahora, señora, exclamó con altivo acento, tomo la venia de V. M.

—Dios bendiga vuestras armas, contestó Juana con no menor altanería.

—Adios, milord, dijo el conde de Arundel: siento mucho que no me sea posible hacer la campaña con Vuestra Gracia, pues hubiera deseado esponer mi vida en defensa de la vuestra.

—¡Judas! murmuró el duque entre dientes.

Levantóse la sesión y se retiró la reina, acompañada de su padre, de los dos embajadores y de otros muchos conjurados.

—Felicitémosnos, dijo Pembroke á Renard, pues nos hemos desembarazado de Northumberland; en cuanto á Suffolk, ya daremos cuenta de él.

—Antes de que llegue la noche de mañana, respondió Simon, la princesa María será proclamada en Londres reina de Inglaterra.

El duque de Northumberland, seguido del marqués de Northampton, de lord Grey y de otros señores, se metió en su barca y se dirigió á su palacio de Durham-Housse.

Después pasó revista á las tropas y se dispuso para entrar en campaña.

Al siguiente día pasó con sus fuerzas expedicionarias por Shredith entre un gentío inmenso, que le acogió con un silencio sombrío y amenazador; entonces dijo á lord Grey, que cabalgaba á su lado:

—El pueblo se apresura á vernos partir, pero no oigo una voz que nos desee buen viaje.

(Continuará.)

EL RELOJ DE LA CATEDRAL DE STRASBURGO.

Este famoso reloj, obra maestra de un arte naciente; fué inventado por dos matemáticos célebres, Daripadins y Wolkins tenius en el año de 1571. Entre otras cosas verdaderamente

curiosas, resalta un inmenso globo celeste en el que se ven tres distintos movimientos: el del globo mismo que gira de Este á Oeste en veinticuatro horas; el del Sol que tarda un año en atravesar el signo del zodiaco, y el de la luna en fin que hace su revolucion en veintiocho dias. Las máquinas que ponen en movimiento á este globo, se hallan escondidas en el cuerpo de un pelicano. El polo está señalado por una estrella dorada, y el cénit por un ángel colocado en mitad del meridiano.

ESCIPIÓN EL AFRICANO.

No hay que asustarse de este título, pues no se trata en esta historia de Publio Escipión, ni de Cneo, su hermano, los cuales fueron muertos en el año 211 antes de Jesucristo. Tampoco se trata de Publio Escipión, hijo del precedente, y que á la edad de veinticuatro años declaró á los procónsules de Roma que se hallaba dispuesto á vengar la muerte de su padre y la de su tío, y que en cumplimiento de su palabra arrojó de España á los cartagineses, corriendo después á África, donde derrotó á Asdrubal, á Syphax, y en fin al gran Anibal, quien furioso y colérico abandonó la Italia para ser deshecho junto á Zama.

Empezaremos sin mas preliminares diciendo que en 1822 Guitarrilla, sargento de granaderos de un regimiento de infantería francés, entraba á las seis de la mañana en casa de su capitán.

El capitán se hallaba en cama, y despertó al ruido que el sargento hizo al entrar; incorporóse al momento, y restregándose los ojos, dijo precipitadamente: «¿qué es eso, Guitarrilla, hay alguna novedad en el cuartel?»

—Absolutamente ninguna, mi capitán, sino que Magdalena me ha regalado esta noche un robus ó chicuelo.

—¿Cómo! ¿ha parido tu esposa?

—Sí, mi capitán: salvo el respeto que debo á V., ha parido un soldadillo que mientras no le dan el pan de munición empuja la bota materna, como si jamás hubiese hecho otra cosa: si continua así, se me antoja que ha de ser un buen bebedor.

—Te doy la enorabuena, y si quieres sacar de ese armario que está á la derecha de la chimenea una botella de rom y dos vasos, beberemos á la salud de la madre y del hijo.

—Esto no puede causarles perjuicio, y así obedezco, mi capitán.

El sargento ejecutó lo que le habia dicho su capitán, del mismo modo que si hubiese sido una consigna, llenó los dos vasos, y empujando el suyo, dijo: «¡por la salud de V., mi capitán, y por la de su ahijado!»

—¿Cómo mi ahijado?

—Sin duda. ¿A quién diablos quiere V. que le pida que sea el padrino de mi hijo, sino es V., mi capitán? No conozco á ningún otro en el mundo, porque he nacido en el regimiento, he sido educado y mantenido por el regimiento, he crecido y me he hecho viejo en el regimiento: ya vé V., mi capitán, que el regimiento es para mí el mundo, mucho mas, pues es mi patria, mi bandera y mi parroquia. Todos Vds. son mi familia, y en esta gran circunstancia vengo á rogar á V. que sea padrino del que no solo es mi hijo, sino del regimiento.

—Con mucho gusto, camarada; supuesto que es así, cuenta conmigo.

—Bien seguro estaba de que no me desairaría V., mi capitán; y ahora á mí me toca brindar por su salud.

—Como quieras: ¿y cuánto se verificará la ceremonia?

—Mañana, capitán, si acepta V. una condicion indispensable.

—¿Una condicion! ¿consiento en lo que me pides y te vienes con condiciones?

—Una sola, mi capitán, pero es esencial; y si no la acepta V., me verá obligado á rehusar la honra que quiere V. dispensarme.

—Vaya una cosa particular! ¿Y cuál es esa condicion sine qua non?

—Que mi hijo se llamará Escipión.

—¿Escipión? ¡qué nombre tan singular has buscado!

—Sí, es verdad que he ido á buscarlo algo lejos; pero es igual; me mantengo en lo dicho; y si V. supiese por qué, mi capitán, V. sería de mi dictamen. Es una deuda sagrada, una deuda de corazón la que quiero pagar de este modo; pero la historia es larga de contar, y tal vez le fastidiaría á Vd.

—No, dame mi pipa, y habla.

—Diré á Vd. pues, mi capitán, que era en 1812, en tiempo del otro: con mucha tranquilidad y el fusil al hombro íbamos á saber si los helados cuestan tan caros en Moscou como en los cafés de París. Ya habíamos andado mucho camino sin que nadie se hubiese opuesto seriamente á nuestro paseo, cuando al fin encontramos en las orillas de la Moskowa á esos rusos que hacia tanto tiempo buscábamos por el país donde brotan.

Quando nos vimos al frente de los rusos, dijo el emperador: «ya están ahí, esto no será largo.» Fue un poco largo, pero bien hecho. Yo, mi capitán, yo que hablo á Vd., tenía la honra de formar parte de cierto batallón escogido que trabajó muy bien. La prueba es que el emperador y rey al darme esta cruz que nunca me he quitado, nos dijo: «soldados, si algún dia os preguntan qué habeis hecho por la patria, responded: ¡me hallé en la gran batalla que se dió bajo las murallas de Moscou!»

Esto era muy lisonjero; ¿no es verdad, mi capitán?

—Sí, sí; vamos, por tu salud!

—Y por la del emperador, dijo el veterano levantándose y llevando la mano al s. hako.

—A lo menos bebamos á su memoria. Pero continúa, pues toda la no veo por qué tu hijo...

—Vamos al caso. A la mañana siguiente, en aquellos momentos, que no son los mas hermosos, en que despues de una accion cada uno busca inquieto á su vecino de la vispera, en que al ver tantos muertos, se pulsa uno para saber si todavía está vivo, arrojé una mirada triste hacia un barranco en cuyo fondo estaban amontonados los uniformes rusos y los uniformes franceses, hombres de todas edades y de todos países, y lamenté la suerte de tantas víctimas, porque le juro á V., mi capitán, que habia cierta cosa bien formidable; bien triste,

en el silencio y la inmovilidad que me cercaban en medio de aquella multitud inanimada!

De pronto veo moverse una cosa entre aquellos muertos... me arrojé... tal vez es un infeliz á quien podré salvar... Llegó... era un perro... todavía podia moverse él solo; pero estaba herido y tendido junto á un oficial de coraceros que sin duda habia sido su amo. Como por desgracia no habia ningun camarada á quien socorrer, me apoderé del perro, lo vendé, partí con él mi pan, y por cierto que el pobre animal lo necesitaba no poco; estaba tan débil, que se dejó llevar, aunque dando algunos quejidos.

Quando me vieron volver al vivac con aquel pobre perro, se burlaron de mí. «¡Ah! ¡ah! me decian todos, ¿quieres hacer tu entrada en Moscou montado en esa perra? ¡Cómo! cuando el sol mirándose en esas doradas cúpulas, nos dice cuán rico es el botín que vamos á recoger, te encargas de semejante bagaje? ¡Oye, crees que faltan perros en el Kremlin? Puesto que te gustan, los tendrás por docenas.» Otras cosas por el estilo me dijeron mis compañeros; mas yo nada oía. El pobre perro tenia una cara tan buena, que conocia que lo amaba á pesar mio, y no queria dejarle. Tenia en el cuello un collar de cobre con un letrero que yo no podia leer, porque entonces no conocia las letras; pero mi furri, que era uno de los mas sábios del regimiento, me descifró todo aquello de corrido. Decia en el collar *me llamo Escipión y pertenezco á...* La bala que habia herido al pobre animal se habia llevado lo que seguia. Quedéme pues con Escipión, y los dos entramos en triunfo en Moscou á los gritos de viva el emperador!

—Ay mi capitán! ya lo sabe V., nuestro triunfo fué corto. No le contaré á V. todo lo que allí pasó; solo se trata de Escipión, y no quisiera al hablar del pobre perro recordar á V. todas nuestras desgracias, lo cual por otra parte sería una historia muy larga.

Diré únicamente que cuando todo ardió en aquella ciudad que de ia proporcionarnos tantos gozes; cuando fué preciso tocar retirada en medio de la nieve sin pan y sin recursos, Escipión que habia sanado de su herida, fué mi fiel compañero. Ni los reiterados ataques del enemigo, ni el rigor de la estacion cien veces mas peligroso, pudieron separarle de mí. Durante la marcha trotaba á mi lado, indicándome con maravilloso instinto el buen sendero que era preciso seguir. Si nos atacaban, se lanzaba conmigo, mordía las piernas de los hombres ó los caballos, y no se contenia hasta que el enemigo daba media vuelta.

Mas no paraba aquí la cosa; sino que cuando la fatiga nos obligaba á hacer alto; cuando vivaguéabamos en la nieve, Escipión se echaba á mis piés para calentarnos, lamia mis manos encogidas, y mas alerta que nuestros centinelas á quienes cegaban el frio y la nieve, nos avisó muchas veces en medio de la noche la llegada de los cosacos.

¡Bravo Escipión! dijo el soldado pasándose el revés de la mano por los ojos; oía un kalmouk desde un cuarto de legua.

—Ahora, dijo el oficial, empiezo á comprender por qué te gusta el nombre de Escipión.

Guitarrilla continuó: —El cañon nos metrallaba desde todas las alturas inmediatas, y las cargas de caballería, hábilmente repetidas, nos obligaban á retroceder; pero defendíamos el terreno palmo á palmo. Al rechazar uno de aquellos ataques recibí este sa-lblazo que me divide la frente.

Apenas habia recibido este golpe, se me puso la cabeza como un globo: mis mejillas y mi frente se hincharon de tal manera que se cerraron mis ojos y me volví ciego. En medio de aquella espantosa derrota, debia yo sucumbir cien veces contra una, y así habia tomado mi partido, despidiéndome de la Francia y resignándome con mi suerte. De pronto sentí que me tiraban por un pico del capote, y me dejé arrastrar: nada veia, pero oía gritos y juramentos, por lo cual comprendí que todavía me hallaba entre franceses, y seguí con confianza al que me guiaba. Hubo momentos de tumulto, durante los cuales nada sentia, porque la calentura me impedia tener frio: caminaba pues como una máquina sin saber adónde iba ni dónde estaba, lo cual duró dos dias; pero al fin poco á poco fué disminuyendo la hinchazon; volví en mi acuerdo, abriéronse mis párpados, y ya no estaba ciego.

Lo primero que ví al abrir los ojos, fué á Escipión, que aun tenia en la boca la punta de mi capote, y no la soltó hasta que nuestras miradas se encontraron. ¡Oh! ¡si hubiera Vd. visto su alegría entonces! como saltaba, cómo se arrojó á los brazos que yo le tendí! Sí, mi capitán, búrlese V. de mí si quiere; pero le tendí los brazos, le abracé, le estreché contra mi corazón, porque al fin él era quien me habia salvado, guiándome de dia y de noche; él era el que habia encontrado un medio, no sé cual, de cruzar la Berezina; y gracias á él, yo que nada veia, habia pasado aquel rio que fué el sepulcro de tantos camaradas míos!... ¡Oh! ¿no es verdad, mi capitán, que debia abrazar á mi libertador, á mi guia? ¡Lo juro á fé de Guitarrilla! si hubiese sido un hombre, le hubiera dado mi cruz de honor, pues la merecia mejor que yo.

Hé aquí, mi capitán, por qué pongo una condicion al servicio que he pedido á Vd.

—Y yo consiento de muy buena gana; tu hijo se llamará Escipión.

—Y cuando se bautiza?

—Mañana si le parece á Vd. bien.

—Corriente, á la salud de mi ahijado!..

—Y á la memoria de mi valiente Escipión!...

Bautizado Escipión, crecia á ojos vista, y su padre habia puesto en su educacion todo el cuidado de que era susceptible. Luego que vió libre á Escipioncillo de su faja y pañale, Guitarrilla exigió que llevase el pantalón de raya, el capote militar y la gorra de cuartel, acechando con atencion el momento en que empezaba á andar para hacerle salir con el pié izquierdo segun lo prevenido en la ordenanza. A los cuatro años conocia Escipión perfectamente la posicion del soldado, y todas las mañanas iba á colocar e frente á su padre, con ambos talones sobre la mi ma linea, los piés algo menos abiertos que la escuadra, el cuerpo á plomo sobre las caderas, y un poco inclinado hacia adelante, el pecho saliente, los brazos caidos sobre los costados, las palmas de la mano entreabiertas, el dedo pequeño á lo largo de la costura del pantalón, la barba junto al corbatin, in cubrirlo, y los ojos fijos y mirando rectamente. En esta posicion tenia que sufrir

un severo exámen, después del cual Guitarrilla, con tono no menos dramático que el del gran sacerdote cuando se dirigia á Joas, le decia: «Escipión, aprende, y nunca olvides que la vida es una guardia que es preciso hacer con honor y salir sin mancha alguna!»

—Sí, papá, repondió Escipión.
—Vete á comer tu arropo, y no olvides lo que te he dicho.
(Continuará.)

ADVERTENCIA.

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros lectores que pronto advertirán en LA ILUSTRACION mejoras muy notables; aparte de lo que disponemos para amenizar el texto, esperamos en todo el presente mes magníficas y grandes láminas que hemos adquirido en Inglaterra y en Alemania, y vamos á tener un taller de grabado para el servicio del periódico, que por este medio y con la colaboracion de numerosos corresponsales, estará en posicion de consignar con el buril cuantos acontecimientos importantes ocurran en España. Por hoy basta este anuncio; luego juzgarán nuestros suscritores del valor de los trabajos que estamos haciendo.

MATRIMONIO DEL DUQUE DE BRABANTE.

Hé aquí la publicacion que se hizo en Bruselas del matrimonio del duque de Brabante con la archiduquesa Maria Enriqueta, cuyos retratos damos en este número. El burgomaestre, como oficial del estado civil, dió lectura en la puerta principal de las casas consistoriales de la siguiente comunicacion, que después se fijó en los sitios de costumbre:

«En el año de 1853, el 7 del mes de agosto, á las diez de la mañana, nos Carlos Maria José Ghilan de Broukere, comendador de la orden de Leopoldo, burgomaestre, oficial del estado civil de Bruselas, hemos leído, conforme con la ley, en la puerta principal de las casas consistoriales, la primera proclama del matrimonio que se celebrará en el palacio de Bruselas, entre S. A. R. Monseñor Leopoldo Luis Felipe Maria Victor, duque de Brabante, príncipe heredero de Bélgica, duque de Sajonia-Coburgo-Gotha, etc., etc., natural y domiciliado en Bruselas, hijo menor de S. M. Leopoldo Jorge-Cristian-Federico, rey de los belgas, domiciliado en Bruselas, y de su difunta majestad madama Luisa Maria Teresa Carlota Isabel de Orleans, reina de los belgas, de una parte, y S. A. I. y R. madama Maria Enriqueta, archiduquesa de Austria, natural de Buda (Hungria), domiciliada en Viena (Austria), hija menor de la difunta A. I. y R. monseñor José Antonio Juan, príncipe real heredero de Hungria y de Bohemia, archiduque de Austria, palatino, lugarteniente y capitán general del reino de Hungria, y S. A. I. y R. madama Maria Dorotea Guillermina Carolina, archiduquesa de Austria, natural de Wertenber, domiciliada en Viena, de otra parte.—Es copia.—El burgomaestre oficial del estado civil, C. DE BROUKERE.

LAS ALAS DE UN ANGEL.

A mediados del mes de junio de 1796 tres personas se hallaban reunidas en el salon de una de las mas bellas casas de la calle de Beautreillis; eran madama Dupuis, viuda de cuarenta y cinco ó cuarenta y seis años, su notario maese Clavelin, y su médico el doctor Frepillon. Clavelin, hombre de treinta años y de una hermosa figura, realizada por su traje maravillosamente espléndido para la época, parecia perseguir á la viuda con sus tiernas miradas, en tanto que el doctor que se hallaba ya lejos de la edad de los amores, mordía el puño de marfil de su baston, y con los ojos medio cerrados como un hombre sumergido en profundas meditaciones, aparentaba no observar los ataques del notario.

La viuda era una mujer delgada y débil, con la cara en forma de cuchillo y los ojos ardientes, que no abandonaba el médico con la mirada, y que causada en fin del silencio de M. Frepillon, tomó vivamente la palabra y dijo:

—¿Estais pensando sin duda en el teniente Esteban Dupuis?

—En efecto, señora, pienso que los soldados de los generales Beaulieu, Wurmster, Quasnodovich y otros, tienen el brazo muy pesado; de modo que vuestro hijo político se halla á estas horas con la cabeza rota.

—¡De veras! dijo madama Dupuis con una alegría mezclada de inquietud.

La viuda cubrió con su pañuelo sus ojos secos, y añadió: —Doctor, ese pobre mozo, aunque no es mas que hijo político, me interesa en extremo: le quiero como si fuera su madre... Cuando se ha educado á una criatura!...

El doctor pegó con el puño del notario sobre sus dientes. —¡Con la cabeza rota! repitió el notario Clavelin; y ¿cómo puede ser eso?

—¿Cómo puede ser eso, maese Clavelin? dijo bruscamente el doctor; hé aquí cómo: el cráneo es una cavidad huesosa que encierra el cerebro, y que puede ser dividida en dos partes por un sable alemán.

—¿De modo que considerais esa herida como mortal?

Era Clavelin quien hablaba. El doctor Frepillon se volvió hacia la viuda Dupuis y la dijo con acento firme:

—Señora, el cerebro es el órgano material de la inteligencia... Oídme atentamente... Inmensas experiencias han probado que el moral se pervierte cuando este órgano se halla alterado de un modo directo ó simpático... de modo que si el teniente vuestro hijo se cura... lo que ignoro absolutamente, es probable que se quedará...

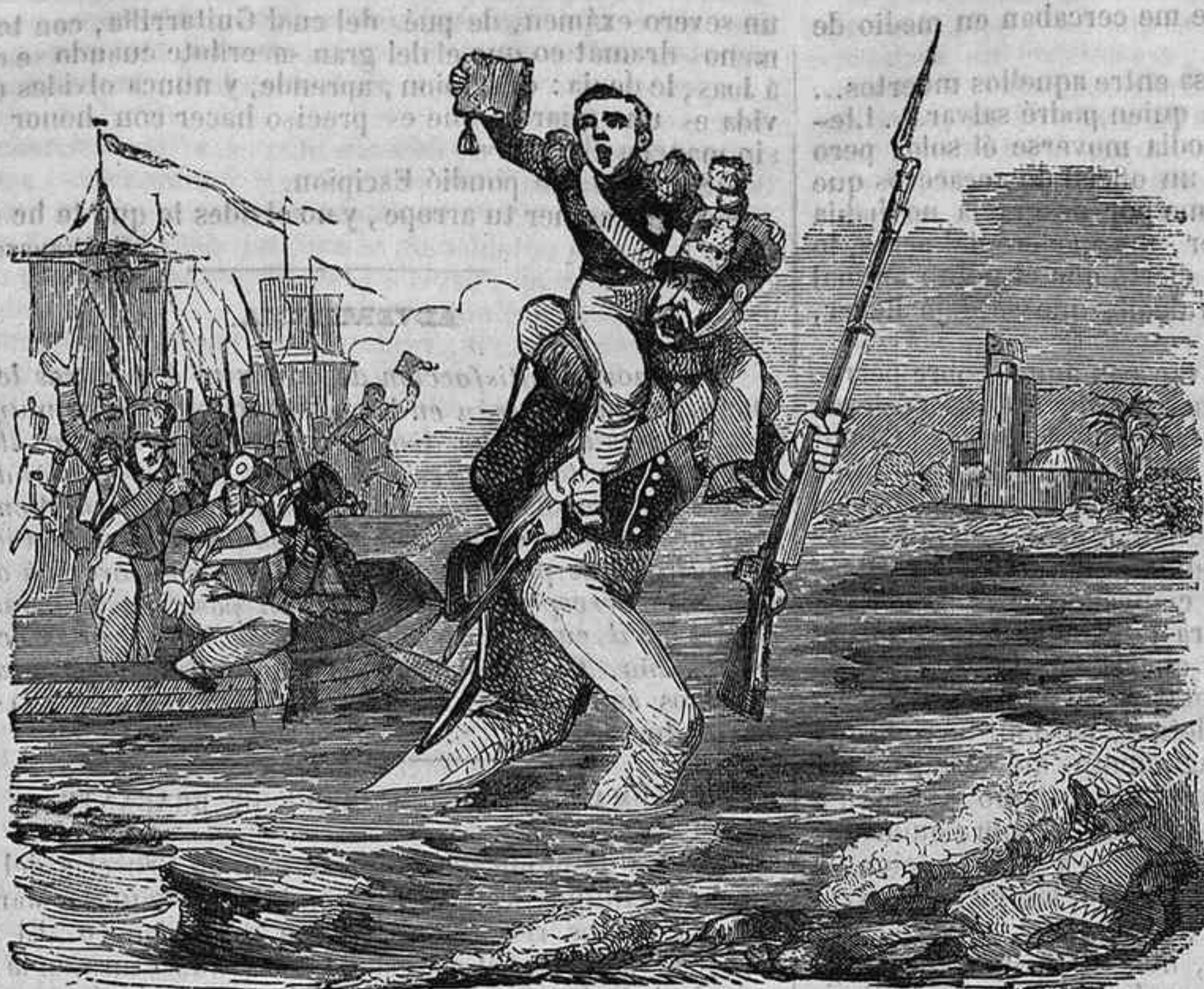
—¡Idiota! exclamó el notario.

—Hé ahí le que yo no queria decirlo, dijo el doctor, hablando siempre con madama Dupuis.

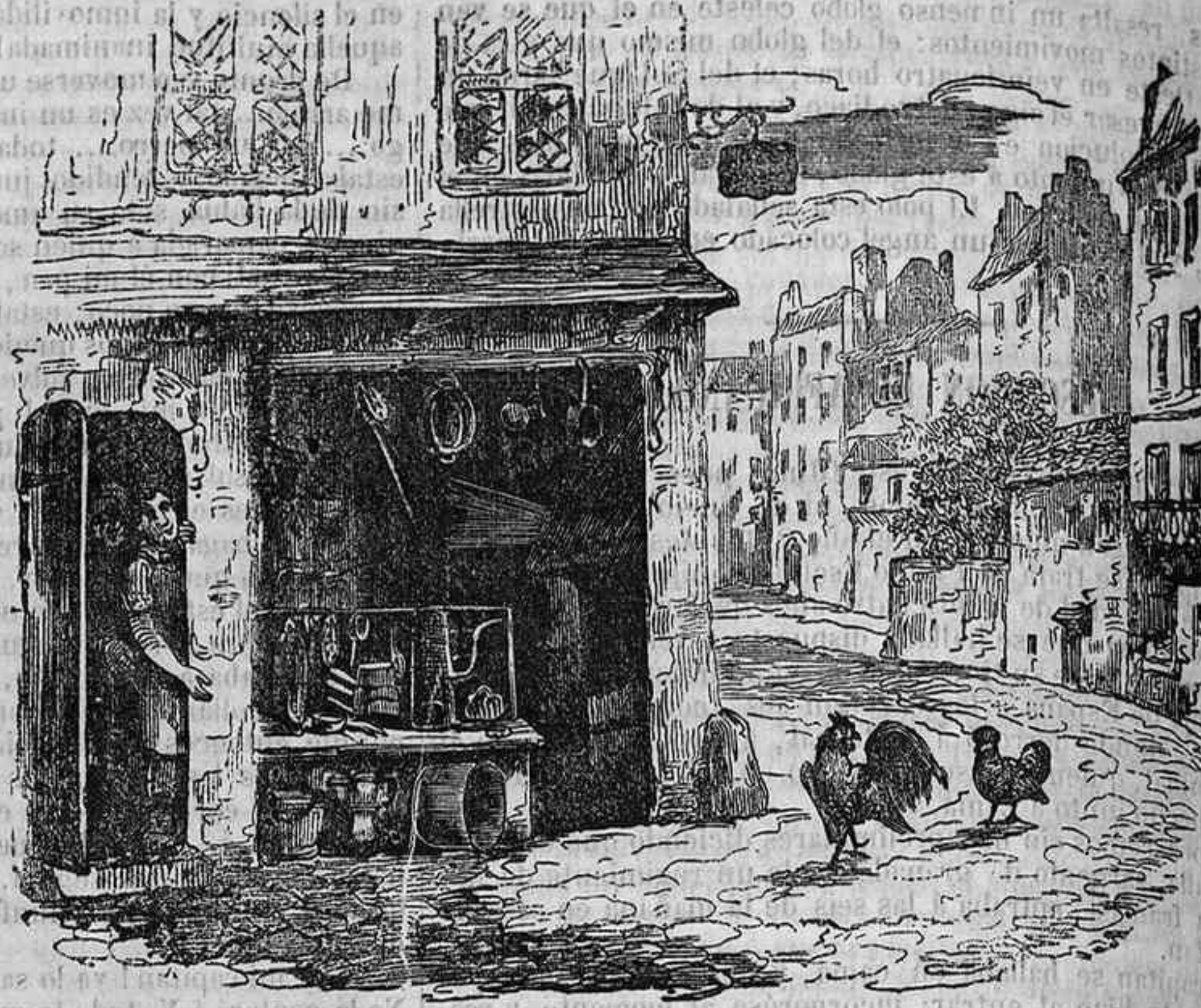
M. Frepillon se levantó, tomó su sombrero y rompió la conferencia.

La viuda y el notario se quedaron solos y se entregaron á una conversacion íntima, á la que volveremos cuando hayamos dicho lo que era el teniente Dupuis, el que tenia la cabeza rota.

Esteban Dupuis, hijo único de un rico parisiense, perdió á su madre muy joven, y su padre se volvió á casar con una



Escipion el africano.



La herencia.

muchacha sin fortuna, y murió poco después dejando á su hijo Estéban apenas en la adolescencia. La viuda se quedó pues encargada de un niño muy rico, cuando ella solo poseía una viudedad muy limitada. La vida de Estéban era preciosa para la madrastra, que, después del niño, debía pasar á parientes lejanos.

Madama Dupuis se consagró pues con toda su alma, primero á granjearse la amistad de aquel niño, y luego á dirigirle en la vida, de modo que pudiese ella gozar lo mas posible de los bienes paternos. Aunque joven todavía y bastante bonita, no quiso casarse de nuevo, para que nada en el mundo, decía ella, la distrajera de los cuidados que debía á Estéban, legado precioso de un marido á quien había idolatrado. Estéban, joven de un carácter dulce y de temperamento algo melancólico, crecía lejos del mundo y no salía nunca del colegio sino para pasar algunos dias con su madre política, que le elogiaba á diestro y siniestro, sobre todo delante de la gente. La albanza es el camino del corazón, y á su beneficio se alejaba al joven de las disipaciones del mundo. El proyecto de la viuda consistía en hacerle cura, pues pensaba y con razón que la primera virtud de un ministro de los altares es la abnegación de las cosas de la tierra, y que jamás un vicario de Cristo la pediría cuentas de tutela, y la dejaría disfrutar, hasta su muerte, de una fortuna que ella consideraba hacia tiempo como propia. Estéban, dotado de un corazón tierno y de una piedad ejemplar, consentía en entrar en la vida que le indicaban; los corazones tiernos se hallan naturalmente inclinados al recogimiento de la religion. Estéban envidiaba la suerte del levita que presenta al suino sacerdote el incienso ó la sal; en los sueños de su imaginación se veía en el púlpito, pronunciando con unción las palabras sagradas y anunciando á los fieles atentos las misericordias infinitas del Omnipotente.

Así, quedó decidido que sería sacerdote, y bajo este concepto al salir del colegio entró en el seminario; de modo que si no hubiese llegado á 89, es probable que el joven al cabo de tres ó cuatro años de estudios habría formado parte del clero de París. Pero á partir de 89, todo debía cambiar en Francia, posición y vocación; una fiebre marcial se apoderó del país, y el joven Dupuis, sea porque hubiese experimentado en el seminario alguna contrariedad secreta, sea porque se produjese en él uno de esos cambios repentinos que se ven en la juventud, lo cierto es que, no habiendo pronunciado ningún voto que le ligase todavía, se quitó bruscamente el alzacuello, y se presentó un dia en la calle de Beautreillis vestido con el uniforme nacional, y el mosqueton al hombro.

La madrastra permaneció un instante atónita de sorpre-

sa, y después se figuró que el levita arrancado al altar se había disfrazado de aquel modo para salir con bien de algun peligro. Pero una segunda mirada la desengañó de todo punto. El ojo marcial de Estéban, el fuego de sus miradas, y los bigotes que principiaban ya á sombrear su abio superior, todo



decía que la patria iba á tener un defensor mas, y el altar un ministro de menos.

Madama Dupuis se disponía á elevar su voz contra la apostasia y el sacrilegio; pero una reflexion justa y repentina la detuvo; la guerra prometia ser larga y sanguinaria, y las

balas hallan por lo regular donde meterse. Estéban podía morir en el campo del honor, y esto nunca podria ser malo para la viuda, con tal que antes hiciese testamento.

Madama Dupuis se arrojó pues en los brazos de Estéban, y vertiendo un torrente de lágrimas, le dijo con una voz entrecortada por los sollozos:

—Mi querido hijo, nada es tan dulce ni glorioso como morir por la patria.

Horacio había dicho lo mismo. Pero continuó la viuda, ¿qué harán las pobres madres en tanto que sus hijos sucumben bajo el plomo enemigo?

Estéban la tranquilizó, diciéndole que partía guiado por una inspiración divina, que una voz celestial le llamaba al combate como otro Macabeo. Además, hacia algun tiempo que espe imentaba su corazón pasiones tan violentas, que se sentía demasiado débil para resistir siempre á tan peligrosas emociones. Había comprendido en fin que su verdadera vocación no le llamaba al sacerdocio.

En tanto que el nuevo soldado esplicaba con candor el estado de su alma, madama Dupuis, que todavía no había enjugado sus lágrimas, daba tormento á su imaginación para buscar una buena transición á lo que la ocupaba exclusivamente.

—¿Y qué me quedaria en el mundo si llegara á perderte, Estéban?

—Las balas me respetarán, querida madre, y me volveréis á ver con el uniforme de general.

—¡Ay! esas son ilusiones locas de la juventud. Estéban, ¿has pensado un poco nuestros asuntos?

La muerte de Estéban no podía ser provechosa para la viuda, si este no hacia un testamento; de otro modo, ya hemos dicho que la fortuna de los Dupuis pasaba á parientes lejanos.

—Tanto he pensado en nuestros asuntos, respondió Estéban con voz firme, que he hecho mi testamento.

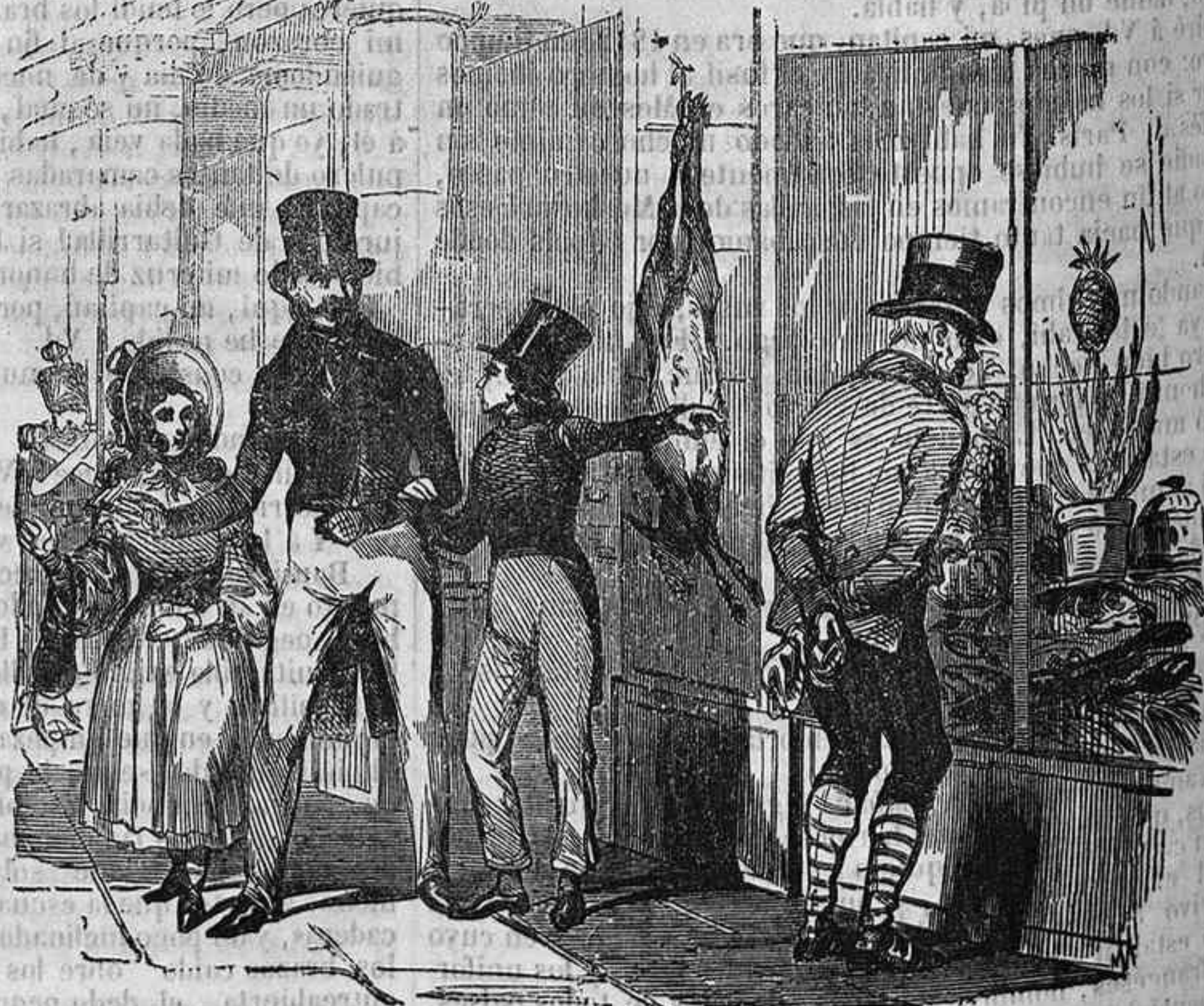
Madama Dupuis se quedó blanca como un papel, y Estéban prosiguió diciendo:

—Teneis una viudedad decente, pero quiero que tengais el doble. El resto de mis bienes pasará después de mi muerte á una persona de mi nombre á quien queria mucho mi padre.

Cuando Estéban acababa de pronunciar estas palabras, resonó en la calle de Beautreillis el redoble de cinco ó seis tambores; soldados, mujeres y niños corrian detrás de la banda lanzando gritos de alegría. Estéban dió un abrazo á la viuda de prisa y corriendo, tomó su mosqueton, y haciendo el saludo militar, fué á unirse con sus compañeros los voluntarios que acababan de engancharse. Con ellos partió para la fron-



La herencia.



Los titeres en Francia.

tera, y no le seguiremos nosotros en una carrera que debia recorrer con honor; únicamente diremos que bien luego dejó el mosqueton para ceñir la espada. En marzo de 1796 era teniente en el ejército de Italia, bajo el mando del general Bonaparte.

Estaban se halló en Montenotte, en Mondovi, en Millesimo y en Dego, y por último entró en Lodi, detrás de su general.

Lodi es una pequeña poblacion bien edificada y rodeada de baluartes que la defendieron mal en los tiempos de que hablamos; es rica, porque en las vastas praderas que se extienden hasta Plasencia, pasta el blanco ganado, cuya leche sirve para fabricar el rico queso de Parmesan. Estaban fué alojado en casa del señor Pescaya que vivia solo con una hija única llamada Julia. El padre de esta jóven recibió bastante bien al francés, aunque habia padecido mucho con los desastres de la guerra, siempre fatal para los pueblos que la sufren.

Los austriacos se llevaron en su retirada las vacas de Pescaya, dejándole arruinado. Julia contaba llorando todas sus desgracias al oficial francés; su boca sonrosada murmuraba sus quejas con un dolor tan dulce, las lágrimas que se escapaban de sus hermosos ojos tenian tanto encanto, que Estaban, enternecido y subyugado, experimentó un sentimiento desconocido. Habia pasado sin transicion del abrigo del santuario al tumulto de las guarniciones, á la fatiga de las marchas y al choque de las batallas; la felicidad perenne y apacible que disfrutó por primera vez junto á la jóven encantó su mente y se dio su corazon; una pasion violenta se apoderó de él, y bien luego, seguro de que Julia no le miraba como un enemigo, resolvió casarse con ella.

Ni un instante se le ocurrió el pensamiento de seducirla. Estaban era religioso en medio de un ejército poseido del fanatismo de las batallas, y conservaba las costumbres puras y aun una parte de las piadosas prácticas del seminario, lo que le habia granjeado el cariño del padre y de la hija.

Una vez convencido del amor de Julia, Estaban habló de casarse; y como era rico y amado, no hubo dificultad en acceder á su demanda. Sin embargo, el general Bonaparte no contaba dejar ocioso su ejército en Lodi, y le importaban poco los amores de sus oficiales.

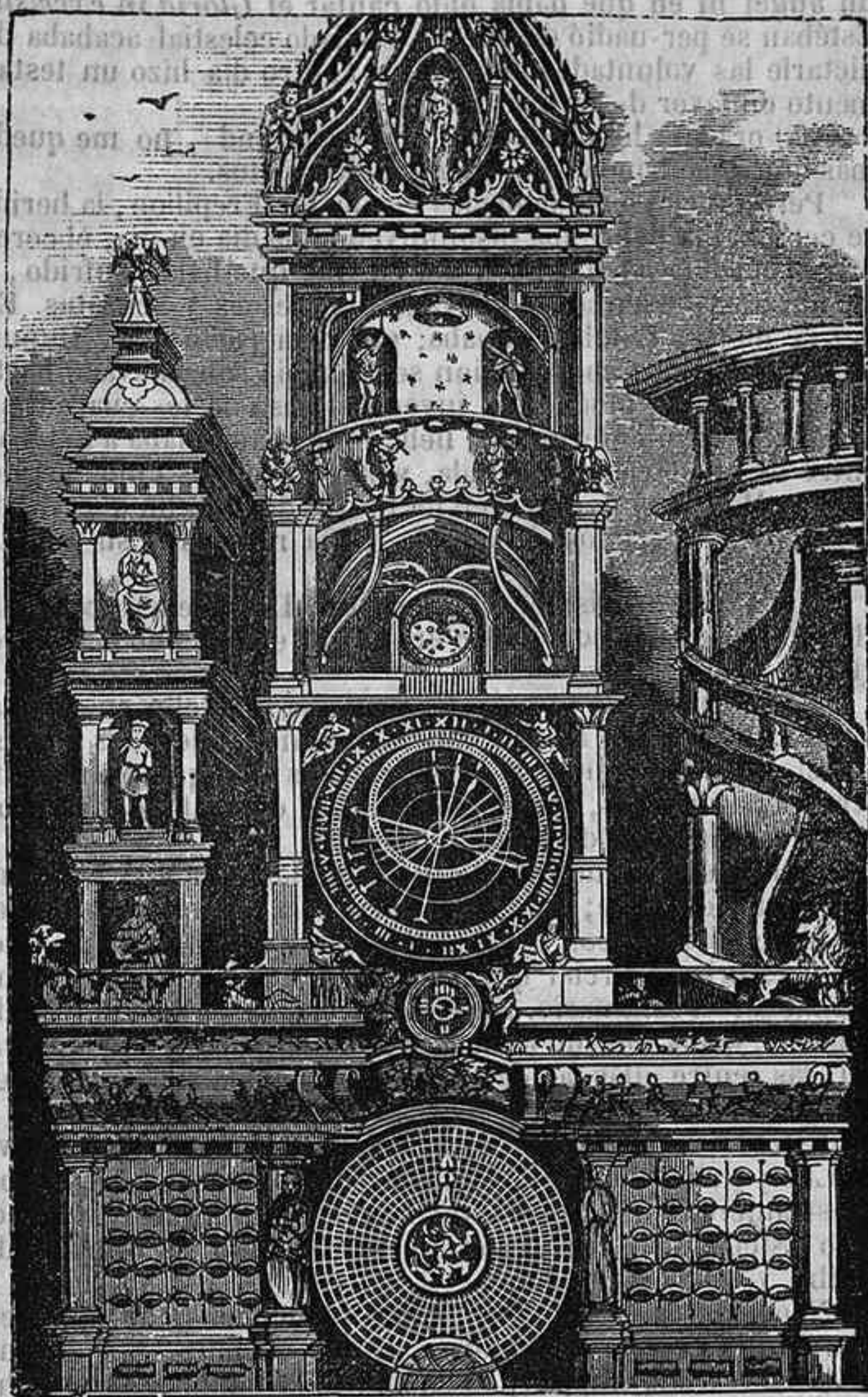
Soy dueño de toda la Lombardia, escribió al directorio, y dentro de un mes es preciso estar en las montañas del Tirolo, para unirme con el ejército del Rhin y encender la guerra en la Baviera.

Sabido es que todo lo que dependió de él se cumplió en esta profecía. Estaban no debia seguir entonces á su general hasta tan lejos. La brigada de que formaba parte fué atacada por los austriacos en la ciudad de Crema, pequeña poblacion á algunas leguas de Lodi, y un sablazo le abrió allí la cabeza. Estaban moribundo é inanimado volvió á la casa de donde habia salido con palabras de amor en la boca, y esperanzas de felicidad en el fondo del corazon. Después de haber pasado un mes entre la vida y la muerte, pareció que se mejoraba un poco, y pudo abrir los ojos: Julia estaba á su cabecera, el señor Pescaya preparaba una venda, y un cirujano del lugar, de pié junto á la cama, vaticinaba su próxima muerte.

Esto último no era muy lisonjero. Sin embargo, Estaban recobró ánimo encontrándose con la mirada triste, pero simpática de Julia, y confiando poco en las luces del siniestro doctor que le curaba, resolvió venir á París á ponerse en manos de M. Frepillon, el antiguo amigo de su padre y el oráculo del barrio entero del Marais en que habitaba.

El viaje era bastante peligroso, y además habia que separarle de Julia; pero era para recobrar la salud, y para volver al punto al lado de la jóven lleno de fuerza, de porvenir y pro-

bienes, habia muerto hacia uno ó dos años; de modo que el teniente debia testar de nuevo, si es que no lo habia hecho ya en favor de Julia. En todos casos, era preciso no abandonar al enfermo, apoderarse de sus últimos instantes, é interesar su conciencia para enriquecer á la viuda de su padre mas bien que á una italiana, á una extranjera objeto de un amor profano, de un amor que á las puertas de la muerte era preciso olvidar para ocuparse de pensamientos mas graves y serics.



El reloj de la catedral de Strasburgo.

Esta era la opinion de Clavelin el notario, cortesano asiduo de madama Dupuis, que dejaba entrever á la viuda una aficion bastante interesada.

En esto estaban las cosas, cuando el doctor Frepillon dijo á madama Dupuis y á M. Clavelin después de haber pronunciado la sentencia que condenaba á muerte al teniente, ó á lo menos á la pérdida de su inteligencia:

—Y bien, mi querida Agustina (el notario habia llegado á familiarizarse mucho con la viuda), habeis oido al doctor;

hallo persuadido de que en este instante la italiana de Lodi está muy lejos de sus pensamientos. Ahora ve los cielos abiertos, oye los conciertos de los ángeles... mi querida Agustina, es preciso que haga un testamento... ya me comprendéis, amiga mia.

Madama Dupuis no deseaba otra cosa; un testamento era la dulce seguridad de su próximo matrimonio con el apetitoso notario; pero la pobre no estaba muy segura de su caletre, y no se atrevia á entablar un asunto tan delicado con Estaban.

—No le conoceis, decia á Clavelin, es testarudo como una mula, y nada podré obtener de él.

—No desesperemos, respondió el notario, busquemos un sesgo para llegar á nuestros fines, Agustina. ¿Quereis que vayan á parar á manos de una italiana esta hermosa casa de la calle de Beautreillis y las tierras soberbias del Brie? Es imposible.

A este punto llegaba la conversacion, cuando se abrió la puerta de la sala y se presentó una jovencita de unos doce años, que saltando locamente, se arrojó entre las piernas de madama Dupuis. La viuda no estaba para chanzas, de modo que la dió un buen puntapié, y la dijo:

—Sal de aquí, Cochetut, ya sabes que no quiero que nadie me incomode cuando estoy con M. Clavelin.

En todos los regimientos hay criaturas que los soldados adoptan y alimentan y se llaman hijas del regimiento. Cochetut era la hija de todos los inquilinos de la casa. Se ignoraba si tenia padre; pero su madre habia muerto en una de las bohardillas de la casa cuatro años antes, y habia dejado á su hija casi desnuda y sola en el mundo. El portero, la portera, las cocineras y las doncellas, tuvieron compasion de la huérfana y la tomaron bajo su proteccion. La pobre criatura dormia en un rincon en el cuarto piso, almorzaba en el tercero, la vestian en el segundo, y en el principal la cocinera de madama Dupuis la suministraba la comida. En los regimientos instruyen á los hijos adoptivos, pero en casa de madama Dupuis se contentaban con atestarla de golosinas y con arreglarla hermosos vestidos de trapos y de cintas que ya no servian.

La viuda, que no tenia ni perros ni gatos, cobró alguna amistad á Cochetut, que era una criatura fea, con una nariz en forma de gancho que amenazaba su barba, unos ojos redondos y una frente que, á pesar de ser grande, no la embellecia; pero, sin embargo, era muy blanca, y sus ojos redondos tenian un color azul como un cielo de primavera. Alegre, familiar, graciosa, dotada de la suficiente penetracion para adular á tiempo á sus numerosas protectoras, la Cochetut vivia bien con todo el mundo, gracias á una sagacidad natural y á una discreccion á toda prueba.

Cuando Mad. Dupuis la recibió del modo que hemos dicho, Cochetut, que se habia caido al suelo, se levantó y corrió á besar la mano de la viuda sin ira ni vergüenza, y aun entonó una cancioncilla que le gustaba mucho á su protectora.

Clavelin miraba atentamente todo esto. De repente se levantó, sacó una cajita del bolsillo, dió una pastilla á la muchacha, y la echó fuera.

—Sé lo que hemos de hacer, dijo á la viuda; dentro de algunos dias heredareis todo... con tal de que ese imbécil de Frepillon deje vivir al jóven algunos dias mas.

—Explicaos, Clavelin.

—No, necesito todo mi tiempo; mas tarde me dareis las gracias.

Y el notario, sin querer satisfacer la curiosidad de la viuda, la dejó bruscamente.

El doctor Frepillon habia visto nacer al desgraciado Estaban.



¡Lo que son los jóvenes!

blemente capitan, porque Estaban sabia que debia ascender un grado.

—Julia, dijo á la jóven estrechándola contra su corazon, no me olvides... voy á Francia para prolongar una vida que te pertenece á ti y á mi patria.

El viaje aumentó los padecimientos del teniente y el peligro que corria todavia. La supuracion se cortó, la herida se inflamó de nuevo, y por último, Estaban llegó á la calle Beautreillis tendido sobre un colchon colocado en su carretela y privado de conocimiento.

Ya no fué una italiana cariñosa la que se sentó á su cabecera, sino una madrastra ávida, que sabia su amor á Julia y que inclinada al suelo por maese Clavelin, trataba de ver en los apagados ojos de Estaban los síntomas de una muerte próxima.

La persona en cuyo favor habia dispuesto el jóven de sus

el jóven está perdido, de modo que es preciso hacer algo.

—¡Hacer algo! respondió la viuda; es bien difícil con un jóven que desde hace siete años no ha pedido jamás un consejo.

—Teneis razon, dijo el notario.

—Y que al salir del seminario, prosiguió la viuda, hizo un testamento en favor de una parienta lejana, en vez de pensar en mí, y que hoy, enamorado...

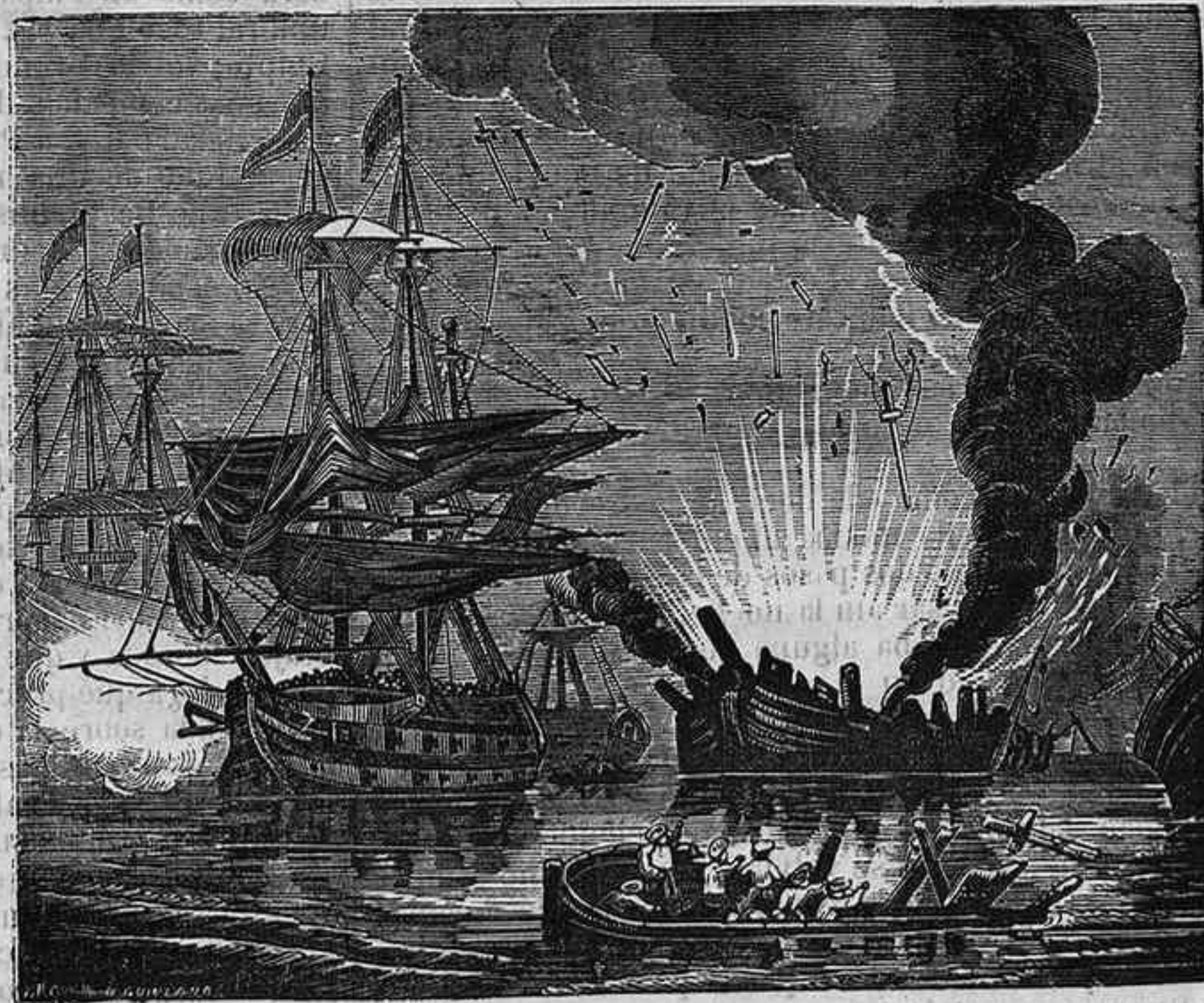
—¡Enamorado! repitió el notario; ¿quién está enamorado en la agonía?

Madama Dupuis lanzó á Clavelin una mirada que queria decir:

—¡Ah querido Clavelin! creo que yo os amara hasta en el sepulcro.

El notario continuó:

—Yo hablo de Estaban, que es un jóven piadoso, y me



Incendio de un buque en alta mar.

ban Dupuis, y habia cerrado los ojos á su padre, de modo que se interesaba por el enfermo mucho mas que una viuda avarienta, y que un notario interesado. Al dejar á Mad. Dupuis, se volvió á ver al enfermo, y examinó la herida con nueva atencion. La inflamacion disminuia; una esquirra, cuya presencia impedia probablemente el que se unieran los bordes de la llaga, habia salido, y desde aquel momento el mal le pareció mas pequeño al médico, que concibió la esperanza de curar á Estaban.

—Te curaré, hijo mio, dijo el doctor, y tu *sensrium* estará tan intacto dentro de quince dias como lo estaba en el seminario cuando preparabas tu tesis de teologia.

El enfermo, aletargado por una somnolencia de que no podia desembarazarse todavia, no oyó estas palabras consoladoras; pero principiaba á experimentar vagamente ese bienestar que vaticina el despertar del alma. Sus sensaciones se iba

haciendo poco á poco mas distintas. Al otro día ya reconoció á la cabecera de su cama á la viuda Dupuis, que le estrechaba entre sus brazos derramando abundantes lágrimas y murmurando palabras de amor maternal.

—¡Oh Estéban! le decía, eres mi solo bien, mi único apoyo, eres mi hijo, me recuerdas á tu querido padre... ¿qué sería de mí si el cielo cortase el hilo de tus días? ¡Ay! todo el mundo olvidaría al pobre Estéban Dupuis; únicamente yo conservaría su recuerdo.

Y arrojándose junto á la cama, la viuda rogaba á Dios fervorosamente.

Estéban no tenia fuerzas para responder á estas señales de amistad; pero veía y oía perfectamente á la viuda. Dentro de algunos días, ó quizás de algunas horas, su boca se abriría para hablar y para sonreírse.

Llegó la noche, y con ella la calma y el reposo. Estéban se durmió profundamente, y soñó que estaba en Lodi, entre el señor Pescaya y su querida Julia. La italiana gozosa le sonreía, y Pescaya juntaba las manos de ambos jóvenes. Nada faltaba á la felicidad de aquella familia... pero de repente la vision desaparece. Estéban abre los ojos, porque acaba de oír un ruido singular, un ruido de alas, como si una paloma mensajera hubiese descendido sobre él con un balsamo supremo. Las colgaduras de la cama se abren por sí mismas, y Estéban descubre, no una paloma, sino un ángel verdadero, un trono, un serafín, ó quizás el arcángel Gabriel, cuyas estrepitosas alas pegan en el techo: esas preciosas alas formadas de hermosas plumas blancas y rosadas con las puntas azules, habrían apagado la lamparilla que ardía á la cabecera del enfermo, si un fanal no hubiese protegido la trémula llama. La cabellera del divino mensajero caía en bucles rubios sobre sus hombros, y llegaba hasta su túnica azul sembrada de estrellas. En la mano llevaba una flor de una blancura tal que no podía venir mas que del cielo. Los olores del monte Oreb ó del Sinaí, el olor de la mirra, presente de los reyes Magos, los perfumes del rico incienso llenaban el cuarto, y el ángel dando vueltas en medio de una nube embalsamada, puso en el suelo sus pies blancos y desnudos, colocó un momento su mano divina sobre la cabeza del enfermo, y acercado su rostro radiante á la cara de Estéban murmuró en sus oídos palabras misteriosas. El enfermo sintió el aliento del ángel, respiró su hábito perfumado, y le escuchaba, no con recogimiento, sino con terror. Por último, las alas celestes se movieron de nuevo, el ángel se lanzó al techo, las colgaduras volvieron á cerrarse, y cansado por el espanto de una vision inesperada, y por el penetrante olor de los perfumes que quedó en la alcoba, Estéban cerró los ojos involuntariamente y cayó en una especie de letargo.

Al día siguiente el doctor Frepillon estaba furioso.

—¿Qué ha pasado esta noche? decía á madama Dupuis estrechando en su mano huesosa la mano flaca de la viuda; ¿quieren matar á mi enfermo? Ayer estaba bien; pulso sosegado y tranquilo, rostro sereno, y hoy tiene una calentura de caballo, las facciones alteradas, abatidas... Parece que sueña, que ve visiones, ángeles con alas y con azucenas: ¿qué significa todo eso?

—¡Ah Dios mio! respondió madama Dupuis espantada con la violencia del doctor; no sé lo que queréis decir...

—Pues yo lo sé muy bien; pero, ¿qué ha sucedido?

Estéban se habia despertado con la imaginacion poseida de la vision celeste; creia estar viendo todavía unas alas blancas y azules que pegaban en el techo; sentia el aliento embalsamado del ángel, y oía resonar á sus oídos sus misteriosas palabras... Pero estas palabras le desesperaban, le anunciaban una muerte próxima, le prohibian que amara á Julia, y le ordenaban que dejara todos sus bienes á la buena madama Dupuis, madre cariñosa y atenta. A estas condiciones se le abrian los cielos, y el hermoso ángel le esperaba en el umbral de la mansion eterna, para poner en sus manos la azucena sin mancha é introducirle en la santa milicia de los escogidos. Estéban deliraba, y las palabras incoherentes que pronunció descubrieron al médico la singular vision de aquella noche.

—En el fondo, se dijo M. Frepillon cuando dejó á madama Dupuis, hago mal en acusar á esta mujer que no creo tenga ángeles á su disposicion; y en el estado en que se encuentra Estéban, es natural que se halle atormentado por apariciones nocturnas... *agri somnia...*

El doctor recetó anti-espasmólicas, é hizo tomar al enfermo un alimento ligero, pero mas sustancioso que el del día antes.

La viuda, sensible, como ella decía, á las reconvenciones del doctor, quiso velar ella misma al enfermo, y con este fin se estableció en un sillón á dos pisos de la cama con un libro en la mano, resuelta á pasar allí la noche, para poder ayudar á Estéban, si se le escapaba alguna queja. Cuando todo el mundo se habia recogido en la casa, madama Dupuis principió valerosamente su tarea.

A través de sus cortinas entreabiertas, Estéban la vió volver las hojas de su libro y leer con atencion para conservarse despierta. Poco á poco la página se fué haciendo mas larga de leer; luego las hojas ya no se volvian, y por último el libro se escapó de las manos de la viuda que se quedó dormida como una piedra.

Estéban creyó oír entonces á pocos pasos de él una voz infantil y ligera que cantaba:

Gloria in excelsis Deo...

Un instante despues se presentó el ángel consabido; de un brinco llegó al pié de la cama, abrió las cortinas con violencia, y sus alas se replegaron con un suave estremecimiento. Era el mismo ángel de la noche anterior; pero no llevaba una azucena en las manos, sino una espada desnuda cuyo acero relucía á la claridad vacilante de la lamparilla; era la espada con que Dios hirió á los primogénitos de los egipcios, y que despues redujo á polvo los ídolos Gog y Magog.

El ángel alzó el hierro fatal.

—Estéban, Estéban! dijo, no te casarás con la extranjera... harás salir su imagen de tu corazón, y tu boca no volverá á pronunciar su nombre... Hé ahí, dijo, estendiendo un brazo hacia la viuda, hé ahí la única que debes enriquecer y amar.

La espada cayó sobre las manos trémulas de Estéban, que sintió el frio del acero estremeciéndose; las alas se desplegaron, los anillos de cobre rechinaron, y las colgaduras quedaron cerradas: el ángel habia desaparecido.

—¡Madre mia! madre mia! gritó Estéban.

Madama Dupuis, en vez de responder, soltó un ronquido sonoro.

—¡Madre mia!

—¿Qué es eso? quien me llama? dijo la viuda despertándose.

—Soy yo, madre mia; ¿no habeis visto el ángel? ¿no habeis visto la espada que llevaba en su mano?

—¡El ángel! ¡el ángel! Perdoname, Estéban, me he dormido... Soñaba que estabas bueno, y que habias ascendido á coronel en el ejército del general Bonaparte.

Jamás madama Dupuis quiso convenir en que habia visto un ángel ni en que habia oido cantar el *Gloria in excelsis*. Estéban se persuadió de que un enviado celestial acababa de dictarle las voluntades de Dios; y al otro día hizo un testamento en favor de su madrastra.

—Ahora que he obedecido, dijo suspirando, no me queda mas que dormir con el sueño de los justos.

Pero gracias á los cuidados del doctor Frepillon, la herida se cerraba, la fiebre iba disminuyendo de dia en dia, el cerebro se reponia poco á poco del choque que habia sufrido, y las ideas se presentaron nuevamente frescas y sensatas. En vez de morir, Estéban sanaba; por otra parte Mad. Dupuis que, gracias á su constitucion seca, habia sobrelevado hasta entonces de un modo asaz juvenil el peso de los cuarenta y seis años, cayó enferma. La fiebre que abandonaba á Estéban entró en el cuerpo de la viuda, y á pesar de los cuidados del doctor, Mad. Dupuis murió en los brazos de Clavelin que, desde la fructuosa aparicion del ángel, habia redoblado su amor y sus zalamerías.

¡Oh vanas previsiones del hombre! La heredera precedia al sepulcro al testador, y esto era lo que el ángel no habia previsto.

—¡Vaya al diablo ese jóven! se decía Chavelin en su mal humor; diase que mata á aquellos á quienes deja sus bienes.

El enamorado notario trasportó sus obsequios á casa de otra viuda sin hijos, y cuya fortuna no dependia de las promesas de un ángel de carne y hueso.

—Los desiguos de Dios se han cambiado, se dijo Estéban, á lo ménos en parte; tengo que hacer otra vez mi testamento.

Sin embargo, con la salud Estéban fué sintiendo de nuevo el espíritu marcial que siete años antes le habia hecho abandonar el seminario. Su general estaba en la cumbre de la gloria; habia tomado á Mantua, habia ganado cinco ó seis batallas, entre ellas las de Arcole, é imponia sus voluntades al Austria.

Estéban corrió á Italia en busca de su brigada, y se detuvo en Lodi; y aunque el ángel le habia dicho—no te casarás con la extranjera, harás salir su imagen de tu corazón—el enamorado Estéban arrebatado por la pasion desafió las órdenes de arriba, y se casó con Julia.

Napoleon no era hombre, como ya hemos dicho, que dejaba largo tiempo á los amos de sus oficiales. Apenas entrado en el lecho nupcial, Estéban oyó el tambor de marcha y debió precipitarse en Alemania con el cuerpo de ejército de que formaba parte.

En cuanto el jóven esposo estuvo lejos de los ojos encantadores de Julia, cayó en una profunda melancolía. Habia desobedecido las órdenes del cielo, se habia casado con la extranjera, la amaba y la adoraba... felizmente cada paso que anoaba le alejaba de ella. ¡Estraña posicion!... amar con ardor á la mujer propia, y regocijarse por estar lejos de ella! Tal era la posicion de Estéban. Se echaba en cara su matrimonio como una falta grave, y lo consideraba como un acto criminal. Un hijo de Judá que hubiese llevado á su tienda una Madanita ó una Amalecita, no habria padecido tanto.

La voz del ángel vibraba sin cesar á los oídos del teniente, que habia ascendido á capitán; por eso se unió á su bandera como un culpable que huye del lugar de delicias cuyo umbral tocó una vez con el pié. Estéban siguió á Bonaparte á Egipto; volvió coronel, ganó la cruz en Polonia, y despues hizo todas las campañas de Alemania. Por último, en 1806 volvió á la ciudad natal, á París, siendo ya brigadier, y cada vez mas enamorado de una mujer apenas entrevista, debia hallarla en la calle Beautrillis donde Julia, que habia salido de Lodi á la muerte de su padre, habia venido á establecerse.

No estará de mas el recordar aquí la edad de ambos esposos. El brigadier habia cumplido treinta y siete años, y Julia iba á tener veintiocho. La italiana se hallaba en toda la flor de la belleza; su estatura elevada, su fisonomia distinguida, su cutis blanco y dorado por el sol del Mediodia, hacian de ella una de esas mujeres que no se pueden ver sin admiracion, y que no se pueden amar con tibieza. Al brigadier le pareció mas hermosa aun que en la época de su casamiento, y no pudo verla sin experimentar ese estremecimiento amoroso que hace nacer el objeto de una primera pasion, una mujer adorada y que os pertenece.

—¡Ay! ¿á qué precio Julia te pertenecia? La espada estaba suspendida sobre la cabeza de los dos esposos, y quizás Dios habia conservado hasta entonces al general y le habia permitido volver sano y salvo al hogar doméstico, con el único fin de poner á prueba su obediencia, y para ver, si culpable una vez, perseveraba en el mal camino.

Julia ó mas bien madama Dupuis, despues de tan larga ausencia, no podia cansarse de contemplar á su marido, tan jóven aun, y cuyo rostro marcial realizaba todos sus sueños. Una cicatriz que partia de la coronilla y se terminaba en medio de su frente, acababa de embellecer al general, y probaba que si habia sido herido por el enemigo, era porque habia resistido cara á cara. La jóven se sorprendió al pronto de la frialdad de su marido, y se acabó de sorprender cuando supo que el aposento de Estéban estaria separado del suyo por medio de un tabique.

—¿Y por qué no trae á la alemana que así le aleja de mí? se dijo la ardiente italiana en sus furiosos celos.

No queda aun otra persona de quien debemos hablar, y no es por cierto del notario Clavelin, casado hacia tiempo con su segunda viuda, sino de la pobre Cochelut. La criatura de once años se habia vuelto una mujer de veinticinco, hermosa, aunque no alta, bien hecha, con los ojos, la barba y la nariz un poco reformados en su actitud amenazadora, y dotada de una cabellera rubia que adornaba una lisonomia algo maliciosa, y realizaba el brillo de su cutis fino, blanco y rosado. Con algo mas de carnes, Cochelut habria sido una jóven bastante bonita; pero la pobre era delgada, lo mismo que su antigua protectora la difunta viuda.

Despues de la muerte de madama Dupuis, Cochelut habia continuado viviendo en la casa, siempre querida de los inquilinos que se propusieron no abandonarla, enternecidos al que á veces solia dejar escapar el secreto de sus lloros.

—¡Ah! si madama Dupuis hubiera vivido, yo habria sido rica!

Cuando quisieron darla alguna educacion y una industria que pudiese un dia facilitarle el sustento, tropezaron con grandes dificultades. Cochelut ya consentia gustosa en aprender á leer y escribir; pero jamás pudieron obligarla á coger una aguja. Descifraba toda clase de escritos con tanta facilidad como un escribano; pintaba como el famoso Rosignol, escribtor jurado cerca de los tribunales, y calculaba como Barréme; pero era incapaz de echar un remiendo á sus enaguas, y de coser un punto en sus medias.

A los diez y nueve años, cansada en fin de la vida errante que llevaba en la casa de la calle Beautrillis, fué á hacer una visita á maese Clavelin, cuya escribanía pasaba entonces por una de las mejores del Marais. ¿Qué pasó en la larga entrevista que tuvieron juntos la huérfana y el notario? Nadie lo habia en posesion de un estanquillo, y habia alquilado una tienda en casa de Estéban Dupuis para vender el virginia y el rapé, cuyo uso era entonces mucho mas limitado que en nuestros tiempos.

Al llegar á su casa, el brigadier supo por su administrador que Cochelut formaba parte de los inquilinos de su casa, y que no pagaba sus alquileres; el administrador habia querido poner en la calle á una jóven que daba tan pernicioso ejemplo; pero habia hallado una viva oposicion tanto en la insolvente inquilina como en los demás habitantes de la casa.

Cochelut se las tenia tiesas, como suele decirse.

—Que os pague, me decís? si madama Dupuis viviese todavia; no os atreveriais á hablarme de ese modo... Esta casa es mia, y si saliese de ella, no tendria mas que hacer una señal para que todos los inquilinos os dejasen plantado... Debais dar gracias á Dios porque yo no reclame dinero por vivir en ella.

Y Cochelut llenaba de rapé la caja del administrador, y luego con un ademán imperioso le mandaba salir de su tienda.

De este modo pagaba sus alquileres.

El brigadier no habia oido hablar jamás de Cochelut, cuya existencia ignoraba completamente; además tenia otras cosas mas importantes en su cabeza; de modo que de pidió á su administrador diciéndole que otro dia resolveria el asunto. Lo que le preocupaba era su mujer, su único cuidado y su único amor.

Dios no ha concedido el libre albedrío; poseemos la ciencia del bien y del mal, y por otra parte no merecemos que el orden natural de las cosas se turbe por nosotros. Sin embargo, el hecho ha sucedido. Josué tuvo sueños proféticos, la pitonisa de Eudor evocó ante Saul un fantasma misterioso, y un ángel acompañó al jóven Tobias que iba á reclamar á cada una cantidad de dinero.

To to esto trastornaba el juicio al brigadier.

—¿Por qué no he muerto como quedó convenido con el ángel? se decía paseándose por la noche en medio de su aposento solitario; ¿ó por qué no he perdido la memoria como le anunciaba el doctor Frepillon?

Y volvia involuntariamente sus pasos hacia la alcoba de su mujer, subia la escalera que le separaba de ella, se detenía ante la puerta nupcial, y aplicaba el oído á la cerradura. A punto ya de sucumbir, el recuerdo del ángel le rechazaba lejos de Julia, y el brigadier se volvia triste y desolado á su aposento.

Era entonces la estacion del año en que son mas largos los dias; cansado de una lucha que no tenia mas salida que una derrota criminal ó una separacion, el general vió llegar gozoso los primeros resplandores de la mañana. Al punto se vistió y salió á distraerse un rato paseándose por la Bastilla, que no estaba lejos de la calle Beautrillis.

Al volver á su casa vió reducir un objeto á los rayos del sol; era una inmensa zanahoria dorada fija á la puerta de una tienda, que constituia la muestra del estanquillo de Cochelut, llamado la ZANAHORIA DE ORO.

El brigadier, impelido por el deseo de ver á una inquilina que no queria pagar sus alquileres, entró en el estanco y pidió un cigarro.

Cochelut no le conocia, pues nunca le habia visto.

—¿De la Habana ó de Manila? dijo la estanquera alzando sus ojos azules sobre el brigadier, y echando hacia atrás sus cabellos rubios.

El sonido de esta voz hizo estremecer al brigadier, é iba á continuar su conversacion, cuando su portero, que le habia visto en casa de Cochelut, entró en la tienda.

—Aquí estan los albañiles que os aguardan, le dijo.

Estéban Dupuis salió del estanquillo diciendo al portero que tenia un administrador para todas esas cosas, y que por consiguiente á él debian dirigirse los albañiles.

—Pero es que se trata de un cuarto que no se ha abierto nunca desde la muerte de Madama Dupuis, y dicen que os debeis hallar presente á la operacion, contestó el portero.

No hubo mas remedio que seguirle.

El brigadier, maldiciendo las incomodidades que tiene que sufrir un casero que ha estado ausente largo tiempo, subió los cinco pisos de su casa y entró seguido de sus obreros en un cuarto bajo el tejado donde habia varios muellos que efectivamente podian contener objetos preciosos, quizá valores considerables.

El tejado necesitaba algunas reparaciones, pues caian en el cuarto anchas goteras á través de las pizarras. En tanto que los obreros examinaban el daño, un armario cuya cerradura estaba casi desprendida por la humedad, llamó la atencion del brigadier, que al primer tiron le abrió de par en par.

—¡Ah cielos! exclamó Estéban Dupuis; y metiendo la mano en el armario sacó de él una especie de túnica de gusto azul sembrada de estrellas de papel dorado, dos grandes alas pintadas de rosa y azul, y por último una espada sin vaina, cuya hoja estaba tomada por la humedad.

Una idea súbita se apoderó de Estéban, que cerró el armario y bajó corriendo al estanquillo de Cochelut.

El brigadier, aunque muy piadoso, se hallaba lejos de tener la dulzura y mansedumbre de un seminarista; los hábitos del

campo de batalla y de la vida de soldado se le habian pegado un poco, y solia ser voluntarioso y brutal. A los soldados no se les habla como á los levitas.

—Estanquera, dijo cogiendo por el rodete á Cochelut, cántame al instante el *Gloria*; pronto cántale.

Cochelut tuvo una especie de presentimiento de lo que iba á suceder, y respondió:

—¿Sois el brigadier Dupuis?

—Canta, canta, repitió el brigadier con los ojos inflamados de ira; canta, ó te hago añicos en mis manos...

Cochelut alzó al cielo sus ojos azules, abrió su boca sonrosada, y con una voz clara y argentina entonó el *Gloria* con una imperturbable serenidad.

—Ah ¡ah! ¿conque eras tú el ángel Gabriel hace diez años?

—Sí, brigadier.

—Y quién te lo mandó?

—Clavelin, que queria casarse con Madama Dupuis si la nombrábais vuestra heredera... Todo el mundo creia que ibais á morir.

—¿Y la túnica azul y las alas que se desplegaban y pegaban una contra otra?

—Clavelin.

—Pero Clavelin no te daba el poder de volar como un grajo en mi cuarto, y de aparentar que bajabas del cielo.

—Al contrario, esto lo hacia por medio de una vara de hierro que servia para colgar la araña del techo y que se adaptaba al corpiño de donde partian mis alas. El mismo Clavelin me alzaba en el aire.

El brigadier no necesitó mas. Un poco confuso, pero ebrio de amor y de alegría, corrió al aposento de su mujer. Julia le halló tan enamorado y ardiente, como la víspera le habia parecido indiferente y frio.

—¿Qué ha pasado, mi brigadier? le dijo la italiana en el lenguaje familiar de su país. Ayer parecia que huías de mí, y esta mañana llegas en alas del Amor.

—Las alas del Amor, Julia, siempre quisieron acercarme á tí.

—Y qué te retenia, pues?

—Las alas de un ángel.

El notario Clavelin recibió la visita del brigadier, y el pobre señor sufrió una reprimenda de que no habló á nadie jamás.

El brigadier no quiso ejercer la menor venganza contra la estanquera; pero Cochelut pagó los alquileres vencidos sin hacerse esperar.

M. A.

¿LO QUE SON LOS JÓVENES!

No hace muchos años que dos jóvenes compatriotas nuestros entraron en un célebre colegio de París, porque sus familias, no poco acaudaladas, hallábanse dispuestas á no perdonar medio alguno para que los dos colegiales recibiesen una educacion digna de su clase y su nacimiento. Por desgracia los mancebos no eran muy dados al estudio, y sin un suceso que pudo costarles muy caro, tal vez habrian vuelto á España tan ignorantes como traviesos.

Es el caso que Emilio y Ramon, valiéndose de una supercheria, habian alcanzado el premio en un exámen general, y un día antes de que se les adjudicára, dijo Emilio á Ramon:

—«Creo que van á preguntarnos de nuevo; ¿estás dispuesto á contestar á los examinadores?»

—No; le respondió su digno camarada, porque ese tonto de José no estará á mi lado para decirme en voz baja lo que debo responder.

—Y entonces qué vas á hacer?

—Me entretendré en comer, contestó Ramon, enseñando á Emilio unos pasteles.

—¿Y después?

—Miraré á las moscas volar.

—¿Te divierte eso mucho?

—No; pero á falta de otra cosa mejor...

—La hay.

—¿Cómo!

—¿Quién nos impide, en medio del barullo que hoy reina en el colegio, salirnos á tomar el aire?

—Escaiente ideal! exclamó Ramon entusiasmado.

—¿Es decir que la adoptas?

—¿Pues no!

—¿Y á dónde iremos?

—A cualquier parte.

Y cogiendo lo primero que encontraron á mano, los dos mancebos abandonaron el colegio, dándose á vagar por las calles de París.

Los dos colegiales, cuando estuvieron cansados, entraron en una fonda.

Se sentaron á una mesa y á poco de estar allí vieron acercarse á un grupo del cual salia un rumor siniestro.

Semejante espectáculo les intimidó y resolvieron marcharse á buen paso; pero el grupo que los creyó culpables de un delito que se perseguia, trató de cogerlos.

Solo lograron alcanzar á Ramon; pero Emilio arrepentido de haber abandonado á su compañero, volvió pié atrás y abriéndose paso por medio de la multitud, vió á Ramon conducido entre cuatro soldados, y ocultándose con las manos el rostro bañado en lágrimas. Acercóse desalado á la tropa, y empezaba á rogarles soltaran al mancebo, pues era inocente, cuando se oyó detrás una voz que decia:

—«Que lo suelten, que aquí está el ladrón!»

El que decia esto era el que habia acusado al pobre Ramon, y que por una casualidad descubrió al verdadero autor del hurto. Caminaba con la comitiva cuando vió caer á sus piés una cochera, y como cerca de él estuviese una de las viejas que habian bailado con nuestros desgraciados amigos, sin mas ni mas la echó mano al cuello, gritando como un desesperado. Sobrecogida la bruja, declaró el hurto, entregó delante de la tropa los cubiertos, y fué conducida á la cárcel en medio de una numerosa pilleria que la colmaba de denuestos y la perseguia con sus ahullidos.

Ramon y Emilio fueron conducidos al colegio por un dependiente de policía, y esta leccion fué para ellos mucho mas pederosa que cuantos castigos hubiera podido imponérseles por su desaplicacion y holgazaneria. Dados desde entonces al

estudio con estraña asiduidad, alcanzaron varios premios en los exámenes generales, y terminado su curso han vuelto á España, siendo en el día la admiracion de cuantos los tratan.

EL HUÉRFANO.

Residian en la Mancha el marqués de Valrisueño y su familia, los cuales solian pasar algunos meses del año en un pueblecillo de la mencionada provincia. Nada mas árido que esa parte de la Península, ni mas desagradable que viajar por ella, pues los caminos (hablamos de los del interior) empiezan, pero no concluyen, de tal modo, que el pobre forastero que cree viajar por un camino abierto, tiene repentinamente que atravesar ásperos senderos é incultos eriales.

Existe otro inconveniente, y es, que como los habitantes escasean en aquella comarca, recorre el viajero leguas enteras sin descubrir aldeas ni chozas; y cuando encuentra á algun ser viviente, le da indicaciones vagas, porque carecen de señales seguras, como por ejemplo las torres, ya que no hay caminos.

Tal es, ó á lo menos era no há muchos años, el estado del marquesado de Valrisueño, cuando los ilustres marqueses, acompañados de sus dos hijos y de un secularizado que corria con la educacion de estos, quisieron visitar algunas de sus posesiones. Es verdad que no se esponian á todos los inconvenientes de que hemos hablado, porque el cochero era natural del país; pero tenian que ir por en medio de las campiñas, y corrian el riesgo de romper el carruaje ó de volcar en alguna barranca.

Después de una larga y asaz pesada correría, descubrieron en medio de un inculto valle y entre espesos matorrales una manada de ovejas, guardadas por un niño de fisonomía inteligente. Hay seres privilegiados, cuyas facultades puede decirse que se desarrollan por sí solas, y cuyas ideas no necesitan ponerse en contacto con las de otro para hervir en la cabeza que las encierra. Tal era el pastorcillo, cuyo retrato verán nuestros lectores al frente de esta especie de biografía.

Los objetos que sus ojos habian encontrado desde la infancia eran sencillos hasta rayar en monótonos; arena, pinos, brezos, juncos, y muy de tarde en tarde alguno que otro rudo campesino. Los únicos seres vivientes para él eran sus carneros, y nada le ayudaba, nada despertaba su pensamiento ni su inteligencia.

Sin embargo, gracias á una disposicion feliz que solo debía á la naturaleza, habia mirado con atencion cuanto le rodeaba, recogiendo multitud de observaciones sobre el cielo, las estaciones, los árboles y acerca de sí mismo. Habia notado, por ejemplo, que cierto viento traía la lluvia, y otro la sequia; que la llegada de tal pájaro anunciaba los calores, y su partida las escarchas. Otras muchas deducciones habia hecho por lo que advertia en sus carneros. Cuando los veía malos, trataba de indagar la causa, y conocia que su malprovenia de que habian roído tal ó cual raiz dañosa, tal ó cual planta peligrosa, y tenia cuidado de alejarlos de allí en lo sucesivo. Tambien se daba cuenta de las araciones que algunas veces experimentaba su propia salud; y aunque ignoraba, el remedio, precavia la vuelta del mal con juiciosas precauciones, sin sospechar siquiera el pobre chico que de este modo ejercia una parte de la medicina llamada *higiene*. En una palabra, su pensamiento no estaba parado; y aunque falto de todo socorro, habia encontrado mas materia en que ejercitarlo que los niños de nuestras ciudades, en medio de los recursos de la ciencia y el aparato de la enseñanza.

Viva fué la impresion que produjo en nuestros ilustres viajeros la fisonomía del pastorcillo, y así parando el coche, le preguntó el secularizado cómo se llamaba.

—Victor, respondió.

—¿Qué edad tienes?

—Diez años.

—¿Dónde está tu padre?

—Lo mataron los facciosos.

—¿Y tu madre?

—Murió á poco.

—¿Pobre chico!... ¿Y quién te sostiene en el día?

—Una viejecita que vive en el pueblo inmediato.

—¿De quién es este ganado?

—Del señor marqués de Valrisueño.

—¿Cuánto ganas?

—Veinte reales.

—¿Al mes? dijo la marquesa.

—Es claro, dijo el marqués.

—No, no, un duro al año, respondió Victor.

—¿Al año! exclamaron todos con voz conmovida.

—Te darán de comer, prosiguió el ayo.

—No señor, pero me dan albergue; me acuesto con mis carneros.

—¿Y con qué vives?

—La viejecita me hace un gazpacho por las noches, y me da pan por la mañana cuando lo tiene.

—Pocos días después, Victor se hallaba en casa de los marqueses, vestido de piés á cabeza, y jugando con los dos hijos de estos. El buen eclesiástico se dedicó á enseñarle, y nuestro amiguito se instruyó rapidamente. Al cabo de algunos meses declinaciones, conjugaciones, sintaxis, todo lo habia devorado, y por la noche se dormia con los autores clásicos en la mano, viéndose al romper el día leyendo ó aprendiendo de memoria algun trozo de Ciceron ó de Virgilio.

Luego que volvieron sus protectores á Madrid, fué mas fácil al huérfano saciar su sed de saber, y dedicado al estudio de la medicina y la botánica, ha permanecido en esta corte hasta mediados del mes anterior que ha salido para el extranjero. Mientras que Emilio, el hijo mayor de Valrisueño, ocupa un grado eminente en la milicia, y su hija brilla en los salones de la aristocracia, tanto por su hermosura como por su finisima educacion, Victor Udaeta, que este es el apellido del huérfano, va á instruirse en las naciones donde las ciencias estan mas adelantadas que en España.

Veintidos años cuenta hoy el joven manchego, y penetrado el marqués de la cordura de su protegido, ha puesto á su disposicion los medios necesarios para que pueda perfeccionarse en sus estudios. Es regular que dentro de algunos años torne Udaeta á su patria, rico de conocimientos y con un tesoro de amor y gratitud para con sus generosos protectores.

LOS TITERES EN FRANCIA.

¿Qué son las *marionetas*? preguntó Agustina, niña de unos seis años, á D. Juan de Roda, su padre, que con ella, otro niño y un criado se hallaba en París.

—Son, respondió D. Juan, figuras de madera vestidas con no poca propiedad, á las cuales da de palos Polichinela.

—¿Quién es Polichinela? demandó á su vez el criado, hombre maduro y de bonísima pasta.

—Polichinela es un gran señor, dijo Roda sonriéndose, que tiene una joroba por delante y otra por detrás.

—¿Estará bonito ese señor!...

—Tiene la nariz retorcida, y su traje es de muchos colores: lleva un sombrero en forma de pirámide, y zapatillas de badana encarnada: por último, pega á todo el mundo, y siempre se está riendo... ¿Queréis verlo?

—Sí, exclamó Cleto, pues así se llamaba el hijo de Roda: lléveme V. á los primeros asientos.

—¿A mí tambien! dijo Agustina.

Y los cuatro se encaminaron á los *Campos Eliseos*, dirigiéndose á una barraca cuadrada, cubierta de viejos tapices. La parte superior de la barraca, sobre uno de sus frentes, presentaba una abertura cuadrada, que era nada menos que un teatro. Un telon que representaba una ciudad entera con sus campanarios y sus edificios, y un sol con este mote filosófico: *brilla para todo el mundo*, cerraba aquella abertura.

Alzado el telon, oyóse un grito penetrante, un grito extraño, y aparece Polichinela saludando á la sociedad con la cortesania propia de quien sabe vivir bien. El drama empieza, y Polichinela llama á un tabernero, el cual llega haciendo cortesias; pero Polichinela le da de palos. Muy poco satisfecho nuestro hombre de semejante acogida, se apodera del palo de Polichinela y quiere pegarle á su vez; mas cuando da á la derecha, Polichinela está á la izquierda, haciendo gestos como el diablo; cuando pega á la izquierda, Polichinela está á la derecha haciendo contorsiones. Al fin Polichinela arrebató el arma á su enemigo, y descarga tantos golpes sobre la cabeza del tabernero, que el pobre espira, y Polichinela entona el himno de la victoria con gran contentamiento de los espectadores, que aplauden la gracia, la agilidad, la flexibilidad y el ánimo del vencedor.

Pero Polichinela, que tiene el alma de guijarro, continúa cantando; mas hete aquí que después de unos cuantos dimes y diretes con un comisario de policía grave y severo, al cual, sin miedo á sus largos bigotes, aplica media docena de palos, los esbirros prenden al asesino, y el público queda tan satisfecho.

El verdugo se presenta con su cara repugnante, y planta en medio de la escena una horca. Polichinela llega poco después, tan alegre, tan indiferente como siempre, engañando al verdugo, le induce á que ponga la cabeza en el nudo de la cuerda: así lo hace aquel, y Polichinela le ahorca con el mejor salero del mundo, llevándose el instrumento del suplicio y el cadáver del tonto del verdugo.

Empero no tarda en salir armado con su palo y cantando una cancionci la amorosa. Sin temor ni remordimientos, creia que su buena fortuna no le abandonaría, cuando aparece un grave personaje y trata de prenderle: Polichinela no encuentra aquello muy arreglado á política, y regala al recien venido una dosis no pequeña de palos: el recien venido tiene la cabeza y la espalda muy sólidas, y todo lo recibe sin decir una palabra; pero Polichinela se arroja sobre su enemigo con tanto furor, le derriba con tanta violencia, y le pega con tal rabia, que el infeliz sucumbe y muere, y Polichinela le corta el pescuezo con su baston, y sin tener piedad de un cadáver, le insulta, le lanza lejos de sí, y le deja en la ensangrentada arena.

Esta infame victoria de Polichinela escita la indignacion de los espectadores, los cuales llaman sobre su cabeza la venganza del cielo.

Al fin llega esta, y el diablo en persona es quien aparece negro y velludo, y con una lengua de fuego. Sin asustarse Polichinela, le aguarda á pié firme, y el diablo le anuncia políticamente que viene á buscarle, á fin de conducirlo á los profundos infiernos. Polichinela, que no sufre ancas de nadie, incluso el demonio, le responde con un garrotazo; pero á pesar de dar á derecha é izquierda, el diablo se escurre como una sombra, y el asesino da golpes en vago. Mas el diablo se cansa de aquel manejo, quita el palo á Polichinela, le vuelve con usura cuantos porrazos ha dado en toda su vida el pícaro, se apodera de él al fin, y se lo llevó á las regiones infernales para hacerle espíar sus maleficios, cayendo entonces el telon.

Los espectadores quedan satisfechos, la justicia triunfa, y el culpable es castigado. Pero ese mismo culpable era tan mono, tan prudente, tan amable, que consagran algunas lágrimas á su memoria.

BOCETOS PARISIENSES.

CUADROS FISIOLÓGICOS QUE COMPRENDEN CIERTA CLASE DE ANIMALES RAROS NO CLASIFICADOS HASTA HOY, AUNQUE PERTENECEN Á LA HISTORIA NATURAL DEL GÉNERO HUMANO.

EL TIGRE (Le Tigre).

«El tigre!—No hay que asustarse, carísimos lectores: el animalito que lleva este nombre permanece en la jaula que le han destinado en el Jardin de Plantas; no se ha escapado ni cosa que lo parezca; en su mismo sitio bufa como un condenado, mas ansioso de respirar el aire puro de los campos, que de ser libres cuantos hasta el día se han roto y rompen el bautismo por la mágica palabra *LIBERTAD*!... Tigres hay en París, nos codeamos con ellos sobre el *boulevard* de los Italianos, en las iglesias, en los Campos-Eliseos, en las Tullerías, en todos los paseos exteriores é interiores, en los sitios mas públicos, en fin; pero en honor de la verdad debemos asegurar que no tienen nada de feroces; por el contrario, su cualidad ingénita, proverbial, es la mansedumbre: con mas propiedad ha debido llamárseles carneros. El tigre, por otro nombre *groom*, es un tipo de la sociedad parisiense, y como si dijéramos el pasaporte de la elegancia para las familias de

buen tono: quien quiera conocerle puede distinguirlo de la masa comun de los individuos que bullen en la gran sarten que se llama París, porque lleva un uniforme peculiar:

Sombrero con cucarda.

Chaqueta encarnada, ó levita negra de talle bajo.

Chaleco de fondo amarillo y listas encarnadas.

Cantalon colan corto.

Botas por fuera con vueltas.

En cuanto á la edad en que pueden desempeñar legítimamente las funciones ajenas á su ministerio, se ha convenido ya por punto general en que ni les falten los ocho años, ni escedan de los veinte.

Como todas las cosas en este mundo, siguiendo el ejemplo de las Bolsas, tienen sus altas y sus bajas, el tigre las ha sufrido tambien; hoy podemos decir que su uso está en baja: no hace muchos años que esta clase de *ad lateres* habia llegado á su apogeo; porque en todas las cocheras ó establos particulares, donde se alquilan coches de *Remise* (carruajes mas elegantes que los simones que se estacionan en las calles y plazas, y por consiguiente mas en oposicion con el bolsillo de los aficionados á la vida arrastrada), se anunciaban tambien tigres de alquiler, á seis sueldos por hora si el tigre pertenecia á la raza blanca, y ocho sueldos por hora, cuando era negro, Africano *pur sang*, esto es, legítimo de Mozambique ó de la Nubia.

Y esto nos esplica que la raza africana progresa, puesto que para la clase de tigres han tenido y tienen especial preferencia los negros, á pesar de las sociedades negrófilas de ambos mundos y de las elucubraciones sentimentales de Miss Henriette Stowe.

Quando esa especie de furor *tigresco* invadió la sociedad parisiense, los pobres saboyanos, los huérfanos y todos los pillastres que vagan de Herodes á Pilatos por las calles de esta capital, andaban mas azorados que los perros cuando les atan algun cacharro á la cola: para ellos fué una epidemia desoladora; el cólera habria sido una parodia risible, tortas y pan pintado en comparacion de ese mal. Obligar á un muchacho á que renuncie á sus diversiones de la infancia, á que se prive de la amable sociedad de los de su clase, á sus entretenimientos pueriles para presentarse constantemente con el uniforme de *groom*, ha sido y es generalmente para él un martirio de los mas graves que se le puedan imponer. Es verdad que el tigre come bien, viste con aseó, duerme á sus horas regulares y se pasea mucho á caballo y á pié en la parte anterior ó posterior del coche; pero es muy monótona su vida; preferiria mejor un pedazo de pan negro y una manzana de las que entran tres en sueldo, siempre que pudiese gozar á sus anchas de su libre albedrío. Eso de ponerse dogal al cuello, vulgo corbata, cuando jamas ha conocido el uso de botones en el de la camisa, le es mas sensible que un vegigatorio en la columna vertebral: un muchacho, matemáticamente hablando, es á su inspiracion como una jóven guapa al espejo: y este problema tiene la solucion mas conocida. No hay bucéfalo de coches de alquiler, enfermo en el lecho del dolor, viajero sorprendido por ladrones, vieja coqueta, gorrion prisionero, que se considere tan desgraciado en lo íntimo de su conciencia, como un pilluelo cuando de *hospite in salutato* le ponen la investidura de tigre.

La severidad de los hábitos que exige el traje de tigre es tan terrible respectivamente á la persona que padece, como pudiéramos decir la ordenanza general del ejército para los militares españoles. La falta en los primeros se castiga con la degradacion; fuera chaqueta y algun torniscon por añadidura, cuando no rueden la escalera contra su voluntad á beneficio de un atento puntapié en toda regla; en los últimos suele ser menos agradable el método curativo; cuatro tiros por la espalda... y abur Perico.

Por lo que va esplicado se comprende que el oficio de tigre está reservado regularmente á los huérfanos pobres que tienen la desgracia de ser una carga demasiado pesada para sus parientes, á los chicos que suele vomitar la miseria de la Saboya, y que traen ya consigo la consigna de elegir entre limpia-chimeneas, oficio no muy limpio, ó vagabundo, y á los pilluelos en general.

Aristócratas hay en París que en los tres dias de Longchamp ó en las temporadas de baños, paseos y otras diversiones, fundan todo su orgullo y su placer en ostentar tigre-

miniaturas, proyectos de tigres, tigres Tom-Poucés; y en esto se prueba que los corre-ve-y-dile dependientes del alto jefe que tiene su trono en el Palacio de la calle de Jerusalem, miran con indiferencia los males del prójimo, pues lo regular seria que la policia prohibiese que ejerciesen el oficio de tigres los que no tuviesen los ocho años cumplidos: y en efecto, cuantas veces el pobre niño embutido en su uniforme, si por desgracia le condenan á ir colgado de los tirantes en la parte posterior del coche, y este sufre un encontronazo, accidente demasiado comun, ó aquel se distrae, ó le faltan las fuerzas, cae como un lio de ropa sucia para revolcarse en el lodo y el cochero hace alto, porque gritan al dueño alguno de los mil y un *flaneurs*:

— ¡Eh, caballero! que pierde V. alguna cosa!

Y el pobre tigre no se ha perdido, pero ha tomado un baño del barro, que no lo conoceria la madre que le parió.

Quando nuestro tipo raya en los diez y siete años, como cuenta por lo menos nueve en la hoja de servicios, ya es mas listo que la campanilla de un presidente de Asamblea.

Conoce regularmente las casas de las principales Loretas, porque ha ido y llevado *petitsponlets* (billetes amorosos) á cuantas han descollado en su género; ha visto por sus propios ojos escenas demasiado cómicas las uñas, dramáticas las

uniforme se simplifica; ya en lugar de botas lleva botines; la levita le acaricia los talones, y puede cubrirse mejor de los hielos y del granizo; desempeña las funciones de ayuda de los mara: no se ve forzado á escuchar á las puertas, tiene el competente permiso para penetrar en todos los aposentos, para el último escalon de su carrera, PORTERO. Quando ha pasado por esta posicion de amo-criado, archivo de runes, biblioteca ambulante de vidas ajenas, entonces muere, ó como un bendito ó como un renegado; es animal que no goza el privilegio de la mariposa; de la crisálida en que se envuelve, segun ciertos autores mortaja ó sudario, se descompone en átomos de materia; y entonces, si él no oye el *requiem*, dias despues del viaje al valle de Josafat, esclama lleno de compuncion: ¡LA TIERRA LE SEA LIJERA!

II.

EL LION (Le Lion.)

Con la mano izquierda colocada cómodamente sobre el papel, péñola en ristre, y mas limpio el bolsillo que el yelmo de Mambrino, juro delante de los que quieran escucharme,

que aunque tengo el humor mas negro que la columna de la plaza de Vendôme, he de colocar sobre la mesa y bajo mi escarpelo el cadáver del Lion para hacerle la autopsia, sacándole los trapillos á relucir, no obstante que alguno de los que me lean se dé por aludido y me eche al diablo, ó como pudiera suceder sin ser milagro, hallase su retrato en mis pinceladas; y cuando digo cadáver, exijo que no se tome la palabra en su genuina significacion, pues á pesar de mis años y las visitas que tengo hechas á los anfiteatros, por otro nombre carnicerías humanas, y á los cementerios de los diterentes pueblos que llevo vistos, jamas he podido familiarizarme ni entablar relaciones de ninguna clase con los que han hecho la tontería de cerrar el ojo; última tontería, y como tal la peor que puede cometerse. Lo dicho no pasa de ser una figura; y como genio y figura, dice el refran, hasta la sepultura, voy á ocuparme del genio y figura del individuo en cuestion; que por lo que hace á los demás, vivos, muy vivos han de ser mis amigos ó conocidos; en el concepto que solo admito en la categoria de los primeros á los que cuentan por lo menos VEINTICINCO MIL FRANCO DE RENTA todos los años; á los que no tienen ese privilegio, por buenos y honrados que sean, por virtuosos, generosos, cariñosos, afectuosos, industriosos y cuantos mas calificativos acabados en osos puedan dárseles, y que les alhaguen, no por esto dejan de ser menesterosos; soy muy humano si se quiere, pero no puedo resistir á la natural tentacion de decirles *nescio vos*, no os conozco: el hombre necesitado y yo somos dos polos diametralmente opuestos; dos principios en oposicion, como si dijéramos el fuego y el agua, porque opino que todo buen filósofo debe trazarse en la vida el silogismo siguiente, y escribirlo en su cartera para que no se le olvide:

«El que no tiene un sueldo, es una nulidad, nula, nula, nula... Juan no tiene un sueldo; ergo, Juan es una nulidad, nula, nula, nula...»

Y como de estos Juanes pululan tantos por el mundo, y las nulidades, por mas vueltas que se les den, y á pesar de sus ínfulas, son entes enteramente nulos, cantidades negativas, cero á la izquierda de cualquier cifra, justo es que se les despidan, cumpliendo con el proverbio «mientras menos bultos mas claridad.»

Hé ahí el por qué yo no tengo ningun amigo ni conocido en la clase de los Liones: siempre que les veo en los teatros ó en el *boulevard de Gand* (por otro nombre de los italianos), en los bailes ó tertulias, en la *Maison d'Or* ó en casa de *Vachette*, entre los parroquianos de *Very* ó los concurrentes á *Tortoni*, es para estudiarles, para conocerles mejor, y siempre á distancia como á Mlle. Rachel ó á la *cancaneadora* *Ripre* golette; con la misma admiracion que causa á un recién lanzado en esta Babilonia, cuando de manos á boca tropieza con los cuadros de muelas, dientes y mandíbulas artificiales que están en diurno movimiento en los pasajes de *Jouffroy* y de los panoramas: en efecto, el Lion admira, merece tambien



María Enriqueta, archiduquesa de Austria.

otras, y todas bastantes á despertar inspiraciones truhanescas que suele poner en práctica con las *bonnes* doncellas de labor, camareras y otros animales con fallas; por lo que suele tener el rostro lleno de señales, mejor dicho arañazos, y alguno que otro cardenal en los brazos ó las piernas debido á los delicados dedos de alguna Maritornes, enemiga de mimos, ó de alguna nodriza que se ha propuesto ser una Lucrecia, como en espacion de su primera falta.

De los diez y siete á los veinte, el tigre es una fiera temible para las criadas. ¡Guay de las que se dejen seducir por el palmito y la arrogante apostura de nuestro Lovelace!

Así que cumple los veinte años, hasta que llega á los treinta, recorre nuestro tipo otra faz en el meridiano de su vida; entonces canta al son de otra nota de la escala cromática por que pasa, y se llama *valet de pierd*, lacayo; rodrigon en el siglo XVII: entonces le vemos encargado de cepillar los vestidos de la familia, abrir las portezuelas del coche, acompañar á las señoras á visitar tiendas, se sienta en el pescante á la derecha del cochero, y tiene otras funciones no menos graves, con un aumento de sueldo que no escede de 30 francos mensuales, pagaderos segun y como; esa es otra cuestion que á veces se queda por resolver.

Á los treinta años es ya hombre de confianza; hasta el

que se le observe, que se le estudie: hay muchos rasgos característicos en esta clase de plantas parásitas.

El Lion, por otro nombre *dandy*, *incroyable*, *muscadin* ó *gant-jaune*, prueba matemáticamente, en el cuidado que tiene de su persona, que se estima tanto como su homónimo del desierto africano; cada uno en su clase se cree el rey de los animales, con la diferencia que al primero le pintan hoy con sombrero acanalado sobre la melena, y al segundo con una corona; en cuanto á esto, el que se crea con justicia para quejarse, que reclame contra los pintores: si bien podremos esponer una verdad que hasta cierto punto abona en favor de aquel, y es, que el Lion bípedo tiene la cualidad *sui generis* sobre el cuadrúpedo, de arreglarse las uñas; en cuyo entretenimiento pierde, por un cálculo prudente, una hora diaria.

Antes que se nos quede en el cerebro, ó llámese tintero de la inteligencia, el relato de todas las cualidades físicas que constituyen un Lion, como asunto muy importante, le entenderemos.

- Edad, desde 18 á 30 años.
- Un sastré.
- Pomada para los lábios.
- Un zapatero.
- Pomada para los cabellos.
- Una lavandera.
- Polvos de dientes.
- Un peluquero.
- Pomada para los ojos.
- Un sombrerero.
- Pomada para los bigotes.
- Una guanterera.
- Pomada para otros

usos.
—Aseo personal llevado al extremo.
—Buenas formas y maneras idem; y un tío ó tia que no sean muy avaros y tengan la bolsa llena y á disposición del sobrinito por algun tiempo, en tanto que nuestro héroe tropieza con la horma de su zapato, ó logra metodizarse y vivir á espensas de otras espensas.

Entremos ahora en las cualidades morales. El Lion en materia de facultades intelectuales posee las siguientes:

- o o o o o o o o o o o
- o o o o o o o o o o o
- o o o o o o o o o o o
- o o o o o o o o o o o

Autoridad muy competente en cuanto á los diversos modos de hacerse el lazo de la corbata, la literatura que conoce es la sección que inserta *Le Petit Messager des Modes* ú otro de los diferentes periódicos consagrados á denunciar las novedades reinantes en el mundo *fashionable*: por consiguiente el Lion es muy abonado para sostener la mas acalorada discusión sobre si los faldones de un frac de etiqueta deben ser cortos ó largos, y si el bigote ha de llevarse recto ó como rabo de alacran; si *Ferry* en el pasaje de *Jouffroy* es ó no una *especialidad* en cuanto á *Fauxcols*, cuellos postizos; y si *Dusautoy*, sastré del emperador *Napoleon III*, á pesar de su celebridad, entiende ó no el manejo de la tijera aplicada al bolsillo del parroquiano. Por lo que hace á ciencias, artes liberales ó no liberales, ya esa es harina de otro costal; se guardará muy bien de iniciarse siquiera en sus misterios: de modo que en cuanto á conocimientos adquiridos por razon de estudio, está más redondo, mondo y lirondo que la O.

Prefiere ser un organillo que obedece al fuelle de lo que de momento dicen los demás; no tiene opinion propia. La vida, y no le falta razon, es muy corta para que el hombre quiera proponerse ser archivo de inteligencias pasadas: los libros, que desempeñen ese oficio si quieren, puesto que algunos viven siglos y siglos; pero él conoce la industria bajo todas sus fases, eso sí, y ya es algo; vejeta á beneficio de la industria, come y viste por industria, enamora por industria, y tiene una suma de goces considerables, industriándose para alcanzarlos.

Oportuno me parece, á fin de que el lector no confunda las especies con las especies presentadas, consignar aquí una verdad, á saber, que entre el Lion y el elegante hay tanta diferencia como entre el pavo-real y el pavo-súbdito ú ordinario; que entre el pecado mortal y el venial, con arreglo al dogma católico; que entre la plaza de la Concordia y la de las *Victoires*: el Lion como el pavo-real está muy satisfecho y envanecido con las plumas que le adornan, y va llamando la atención sobre sí, ya se le vea en coche, á caballo ó á pié; tanto y tan á placer se pavonea; como pecado mortal personificado, debe ir mas derecho que una flecha á tomar unos

cuantos baños rusos en las calderas de *Pedro Botero*, donde por via de postres le tostarán por lo menos los huesos, ya que la carne se la haya arrancado ya el mas simpático de los enemigos que nos rodean; mas claro, los diablillos con enaguas á quienes la generalidad ha apellidado mugeres, y yo en mi particular clasificación llamo ángeles; como plaza de la Concordia, él es ni mas ni menos lo que el obelisco en lo recto, esparciendo á diestro y á siniestro mas flores á las panteras y lionas que se pasean *ad hoc* en los Campos-Eliseos, que agua pueden brotar y brotan al dia las dos magníficas fuentes que se hallan cerca de aquel monumento; y como objeto curioso y si se quiere pintoresco, puede aplicársele ambos adjetivos con la misma propiedad que á la plaza citada.

El parisiense elegante es otra cosa; afiliado en las banderas del buen tono, se presenta modestamente, sin rayar en la exageracion, ni por el corte de los vestidos ni por las telas que usa; es el modelo del buen gusto, y se inclina generalmente á preferir los usos de los que viven del otro lado del canal de la Mancha, aceptando la severidad de sus costumbres y el aseo que los distingue. Empero suele suceder con mas facilidad, que el elegante se vuelva lion, que por el contrario, el lion elegante; como es tambien mas fácil que el que

bajan en los Eliseos, y mediante dos sueldos por cabeza se apoderan cada uno de una silla; en la que se arrellanan cómodamente y echan sus catalejos sobre las lionas ó panteras que recorren aquel sitio desde las tres hasta las cinco de la tarde.

Nuestro *incroyable* es ordinariamente, en lengua gálica, el *valet de cœur*, el Adonis de dos ó tres loretas, alguna grisetá, y especialmente de una ó dos viejas ricas; esto último es condicion *sine qua non*, precisa, imprescindible; siempre los tios no son tan humanos que le rellenen al sobrinito de luises los bolsillos, y en París no se puede ser lion sin monedas corrientes y contantes; de modo que el lion vive como la loretá, *entretenu*, esto es, con proveedor que le cubra las exigencias de su clase.

Cuando el filósofo se entrega á un exámen prolijo y aun profundo sobre los diferentes individuos que pasan como en panorama por este valle de lágrimas, concluye por convenir en que todos los seres mas ó menos vertibrados son enemigos capitales de los de la misma clase que estan condenados á estampar la huella en este pícaro mundo. Por esto vemos que el lobo se zampa á la oveja cada vez y cuando le viene á las manos, con el mismo placer que el lector pudiera embaularse un bizecho; la zorra echa sus miradas, y si es posible las uñas sobre la cándida gallina, y no le perdona ni las patas ni el pico; el milano atisba que se las pela una ocasion propicia para caer impunemente sobre alguna paloma; el cochero de *cabriolet* quisiera de buen grado estrangular al de omnibus, incluso el autor de esta clase de vehiculos: pues bien; nuestro *muscadin* tiene tambien su alma en su almario, y todo su ojeriza, todo su odio, lo tiene reservado y declarado á cierta clase de pájaros que habitan en todos los pueblos, pero con mas abundancia en París; bien quisiera acabar con ellos de todos modos y por todos los medios imaginables: estos pájaros son los árabes, en lengua vulgar acreedores; mas para desgracia de aquel, solo se vuelven á sus nidos cuando se les entregan los escudos, y como no siempre está provisto el bolsillo del *gant-jaune* oportunamente del metal acuñado, suelen ocurrirle mas de un susto desagradable: á poder manejar como Júpiter los rayos á discrecion, algunos caerian sobre el asfalto de los *boulevards*, y ya se puede presumir quienes serian las víctimas.

Si bien es cierto que puede decir al levantarse como oracion matinal «gracias al Todopoderoso que á todos debo y nadie me debe,» tambien es verdad que se ve privado de recorrer una multitud de calles, pasajes y plazas y en la precision de hacer un estudio topográfico especial de París, para sus paseos y visitas. No puede pasar por la calle de *Saint-Honoré*, porque allí vive el sastré; la de *Saint-Marc* le está tambien prohibido atravesarla porque á la entrada vive el cancerbero que le calza, y al final la lavandera que le destroza las camisas: por último, tiene tan mal repartidos los moscones, que á veces por huir el clamoreo, para venir á la Plaza de la Bolsa desde el Palacio Real, tiene que ir rodeando el Sena á tomar las calles *Saint-Denis*, de *Borbon-Villeneuve* y *Notre Dame des Victoires*.

Cuando ha cometido la imprudencia de firmar *pagarés* á los usureros, la posicion es mucho mas crítica; tiene que renunciar á toda clase de diversiones diurnas, como no sea domingo ó dia de festividad entera; cambia en ave nocturna y está forzado á aguardar en su huronera á que el sol se haya acostado panza arriba y que lo atestigüe el alumbrado público en accion; de otro modo se espone á que le pisen los talones los alguaciles contemporáneos, *gardes du commerce*, y como gentes que no gastan bromas le metan en el *fiacre* y lo trasladan por los cinco años de la ley al monumento nacional situado en la calle de *Clichy*, que tiene en su fachada el distico siguiente:

Prison pour dettes.

A. A. ORIHUELA.

Hoy que los asuntos de Oriente tienen suspensos los ánimos de los políticos del mundo, que vacilan entre la guerra y la paz, creemos de interés la siguiente descripcion del teatro



Leopoldo Luis Felipe Maria Victor, duque de Brabante.

toma una copita de rom diaria, concluya por hacer cabriolas en las calles á beneficio de las turcas que tome, (triste influjo de las bebidas! que no ver á un *chispero* reducirse á paladear una copita, habituado que sea á escanciar cuartillo sobre cuartillo.

Nuestro *dandy*, como ciudadano tambien es útil al gobierno, pues además de la contribucion que paga como cada hijo de vecino, es un consumidor de habanos por escelencia; y ya se sabe que el tabaco es uno de los artículos que hacen mas pingües las rentas del erario francés: generalmente lleva en la boca un rico y aromático cigarro-puro, legítimo representante de veinticinco céntimos, y suele fumarse de treinta á cuarenta habanos por dia.

Cuando sale á caballo, ya se sabe que ha de atravesar por lo menos el *boulevard* de la Magdalena, seguir por la *rue Royal*, entrar en la plaza de la Concordia, torcer á la derecha y trotar por los Campos-Eliseos hasta el arco de la Estrella; una vez llegado allí, ó toma por la *avenue* de San-Cloud, ó sigue rectamente la *avenue* de Neully para entrar en el bosque de *Boulogne*. Por de contado si pasea en coche debe sponerse que va en amable consorcio con alguna de las once mil vírgenes del *quartier Breda*; mas si por accidente es algun amigo quien le acompaña, á la segunda vuelta se

en que habrían de representarse las escenas marítimas de aquella: es un artículo geográfico descriptivo que tomamos del *Boletín de Comercio de Bilbao*.

EL MAR NEGRO.

Según los datos que nos dejaron los geógrafos griegos y latinos, parece que el Mar Negro, confundido con el mar Azof, el mar Caspio y el lago de Aral, cubría en otro tiempo las inmensas llanuras situadas al norte de Koubane, de la Taurida, al Este del Cáucaso, cerca del Volga, y todo el territorio que forma el litoral del mar Caspio. El estudio de los lugares parece justificar esta aserción y no dar lugar á la duda sobre el sitio que ocuparon las aguas del Mar Negro.

La expedición de los Argonautas, á pesar de su parte mitológica, es el mas antiguo documento de navegacion en este mar, que entonces llevaba el nombre de Ponto Axeno, ó mar inhospitalario, hasta que los griegos, despues de su tentativa para adquirir relaciones con las hordas bárbaras que poblaban sus orillas, fundaron colonias en ellas. Los primeros romanos se presentaron como conquistadores: los del Bajo Imperio, los venecianos, y los genoveses, hicieron de ellas el teatro de un comercio activo y considerable que se extendia hasta el mismo seno de la India.

Cuando Constantinopla fué conquistada en 1453, Mahomet II cerró á los cristianos los puertos del Mar Negro: desde entonces quedó paralizado, y bastaron tres siglos para perderse completamente las noticias que de este mar se tenían, vuelto á explotar en 1774, á consecuencia del tratado de Kainardji, celebrado por Catalina II con la Puerta Otomana.

Baña el Mar Negro por el Norte y el Oeste á la Rusia meridional y á la Turquía asiática:—por el Norte se liga con el mar de Azof por el estrecho de Zabache ó de Lenikaleh:—su mayor anchura es de 330 millas marítimas desde el pequeño golfo de Penderaklia hasta el Dnieper, y su largo desde el golfo de Bourgas á Pati, mide 629 millas. No abunda en escollos, pero sí en buenos fondeaderos, muy necesarios de conocerse su situación por los malos tiempos que allí frecuentemente reinan.

Son cómodos surgideros los de la costa meridional de Crimea, los de la Anatolia y de Circasia, rodeados de elevadas montañas. En ellos se encuentran comunmente 10, 15, 20 y 24 brazas de profundidad; pero no sucede así en la Romelia en donde no hay mas fondeaderos que en los cabos de Kali-Abri y Emona. Las embocaduras del Danubio y todo el litoral comprendido entre ellas y la parte septentrional de la Crimea son peligrosas, á causa de no poderse descubrir su poca elevacion hasta que se está encima de ellas.

El Mar Negro recoge en su tránsito al Dnieper, el Dnieper, el Kouban, y mas tarde al Kizilarmak y al Sakaria. Estos dos últimos rios pertenecen al Asia. Su corriente, que toma al Don por punto de partida, despues de salir del mar de Azof, se adelanta al Sud-este, siguiendo la costa meridional de la Crimea, hasta cierta distancia del cabo Kersoneso. Las del Dnieper y del Dniester que siguen el Mediodía, se reúnen á él lo mismo que á las aguas del Danubio, para correr unidos hácia el canal de Constantinopla.

Viento y corriente siguen una gran parte del año la misma direccion. Los del N. E. concurren en el Mar Negro con el tiempo claro y el frio en invierno: los N. O. á la inversa, como los del O. van acompañados de nieblas y de humedades. Hácia mediados del estío suele ser comun que se entablen los vientos del N. para mas tarde dejar á los del Sur que soplan con bastante frecuencia durante los meses de enero, febrero y marzo. El viento del Norte muchas veces espone á los buques que navegan desde el Mediterráneo al Mar Negro á permanecer meses enteros en los Dardanelos y en el estrecho de Constantinopla. La proximidad de las costas de Europa y de Asia hacen que sea tan rápida la corriente que imposibilita remontarla bordeándola.

Suelen ser á menudo rigorosos los inviernos en el Mar Negro, sobre todo en sus costas septentrionales. Es fama que los meses de diciembre y enero suelen ser los mas bonancibles de la estacion. Quedan heladas en casi todos ellos con mayor ó menor intensidad las embocaduras del Dnieper, las del Dniester, algunas veces las del Danubio, el puerto de Odessa, las orillas del estrecho de Kertch y el mar de Azof.

Si el Mar Negro representa un papel interesante en la escala política, consiste en que sus aguas bañan las costas de los grandes imperios, la Turquía y la Rusia, colocadas una enfrente de otra, en un estado de rivalidad secular, y en que las posesiones de Rusia sobre esta mar semejan ser tan solo un vasto recinto de observacion que vigila alerta y amenaza á su rival.

El litoral del Mar Negro comprende las costas de la Anatolia, que no se elevan mucho, pero que son muy sanas y que en todas partes ofrecen al navegante buenos fondeaderos.

Señálanse entre las ciudades y puertos que ellas forman, á Sinanope, plaza fuerte donde la Turquía posee un arsenal para la construccion de los navios de guerra; á Gherzé, pequeña ciudad que ofrece una excelente bahía; á Sanzouna, que sirve de escala á las mercaderías de exportacion de Amasia y de Tokate, así como las tierras de Tchapané-Oglou; á Vona considerada como el mejor puerto de Anatolia; á Kirasonde, Lefé, Tripoli, Trebizonda y Batoun.

Las costas de *Gouriel*, de la *Mongrelia* y del territorio *caucasiense* pertenecen á la Rusia. Conforme nos aproximamos á ellas, las montañas se separan del mar y casi se pierden de vista. Al Noroeste y con dias claros, las blancas cumbres del Cáucaso se despliegan á la vista del navegante. Córrese esta costa al Noroeste, casi sin sinuosidades, y apenas se presenta ningun fondeadero seguro, á causa de sus corrientes, porque los buques no pueden entrar en los rios que desembocan.

Sobre estas costas es donde los rusos han edificado numerosas fortificaciones para vigilar á las tribus caucasicas á quienes nunca han podido someter.

Las costas de la *Crimea*. Tambien pertenecen á la Rusia, y su parte meridional termina al Oeste con una pequeña península bastante baja, cuya estremidad lleva el nombre de cabo Kersoneso. Despues de remontar este cabo, se encuentra á seis millas la bahía de Sebastopol, notable por algunos acantilados blancos. Sobre esta costa campean nueve puertos, tres de ellos en la misma bahía de Sebastopol.

Estos puertos constituyen uno de los mas interesantes y hermosos establecimientos marítimos de la Rusia. La ciudad, completamente amuralada, se levanta encima de un enorme banco de rocas, que sale en medio de estos puertos. Fué fundada en 1786 por Catalina II en el sitio que ocupaba la ciudad de Akhtiat. Posee magníficos arsenales, astilleros de construccion y otras obras de defensa dispuestas en grande escala.

Alemás de Sebastopol, se extiende en esta parte del Mar Negro: Theodosia, cuyo fondeadero no tiene rival en ninguna plaza mercante de la Rusia meridional, y Evpatoria, cuyo nombre le tomó de Catalina II, con un puerto muy activo.

Costas entre la Rusia y el Danubio. En esta parte se halla situada Odessa, puerto franco y plaza mercantil de la mayor importancia, edificada sobre las ruinas de una colonia griega. Antes de 1792, Odessa no figuraba sino como una miserable aldea llamada Badji-Bey. En 1796 Catalina II, antes de su muerte, la amplió y dió el nombre de Odessa, en memoria de la ciudad griega Odessa, antiguamente situada no lejos de la orilla del Dniester.

Aumenta la importancia de esta parte de la costa la embocadura de diferentes rios, y en particular la del Danubio, que se precipita en el Mar Negro por cuatro bocas distintas, á saber: la del Kilia, al Norte, y sucesivamente la del Soulina, de San Jorge y de Portisa: se separan entre sí por varias islas muy bajas, inundadas á menudo, y cuyas márgenes en el Mar Negro presentan bajíos, cuya estension varia de dos á tres millas. Crecen en ella árboles y cañas. Los buques que penetran en el Danubio eligen á menudo el brazo de Soulina por su mayor profundidad.

Remontando este brazo del Danubio se pasa á la vista de Toulché, ciudad turca situada sobre la orilla derecha: dirigiéndose al Norte, se llega al frente de Ismail, fortaleza turca situada en la orilla izquierda y en la que hallan muchísimo fondo las embarcaciones. Esta ciudad y Reni, situada á 35 millas mas abajo de la confluencia del Prut con el Danubio, son las plazas mercantiles de mas activo comercio.

La embocadura de los otros tres brazos del rio es poco profunda y obstruida por un gran número de islotes y de bancos.

Desde el Danubio hasta el estrecho de Constantinopla, las costas pertenecen á la Turquía; en ellas se encuentran puertos y ciudades, de las que la mayor es Varna.

Las noticias especiales que acabamos de esponer son poco conocidas en general: demuestran toda la importancia del Mar Negro, que es un verdadero arsenal ruso.

Sin embargo, todos los esfuerzos de esta potencia pueden destruirse, recurriendo á un medio muy sencillo, que la Turquía no ha olvidado. A la defensa del Bósforo en el canal de Constantinopla, que mide cerca de cinco leguas de largo y que es indispensable franquear para salir del Mar Negro. El Bósforo, que reúne ya numerosas fortificaciones, como es sabido, puede ser aun reparado con otras obras de defensa tan formidables, que intentar su paso seria un completo delirio.

LA HERENCIA.

Ni era día de fiesta ni domingo, y sin embargo el tío Diego Celama y Perico iban por la calle mayor de Bembibre, en la provincia de Leon, vestidos con sus mejores trapos, y como si jamás hubiesen hecho otra cosa que pasearse.

Al pasar, algunas viejas se asomaban á las puertas de sus casuchas, diciendo: «buenos dias, tío Celama ¡buenos dias, Perico!»

—Buenos dias, buenos dias! respondian los dos, y seguian su camino.

—¿Qué huecos van!

—¿Y qué tiesos!

—Se conoce que Perico ha dejado de ser pobre, pues ya no reconoce á sus antiguos amigos.

—Siempre lo son, respondia el joven; pero el escribano de Astorga nos espera.

—Debias llevar un costal para traer la herencia.

—Todo no cabria en un costal! contestaba á su vez el tío Celama, y apresuraba el paso.

—Vaya un lance! dijo una de las viejas acercándose á otra.

—Sí, hay gentes que se ponen ricas sin soñar lo siquiera.

—Si el cura no hubiese leído la carta, jamás creeria lo que ha sucedido á Perico.

—Ni yo tampoco.

—¿Quién hubiera dicho que habrían de morir tan pronto el hijo y la hija del señor Grijalba?

—Castigo de Dios, porque dejó sin pan á su sobrino, al hijo de su hermano.

—Siempre he tenido para mí que no podia suceder cosa buena al señor Grijalba. Porque su hermano se casara sin darle cuenta, no habia motivo para dejar á unos pobres un chico que no tenia padre ni madre.

—Sí; pero el tío Celama y su muger serán ahora ricos.

—Eso está por ver: quizá Perico no se acuerde de los que le han criado. ¡Cómo lloraba la tia Juana al saber la suerte de su hijo de leche!

—Que llore ó que no llore, es un buen negocio para el tío Celama!

Otras muchas cosas dijeron las buenas de las viejas al mismo tiempo que hilaban, porque en los pueblos pequeños no se estan las mugeres con las manos cruzadas, y mucho menos tendidas en ricos sofás. El tío Diego Celama y Perico caminaban entre tanto sin decirse una palabra, porque la imaginacion de ambos estaba ocupada. El tío Diego calculaba la suma total que podria reclamar por alimentos, vestido, calzado y demás gastos que el pobre jornalero habia hecho para sostener al huérfano, al mismo tiempo que daba de comer á sus ocho hijos. Mas de una vez el tío Celama pensó en abandonar á Perico, porque le pesaba la carga; mas sin embargo nunca lo ejecutó. Iba pues muy alegre pensando en emplear la cantidad que debian darle en la compra de unas tierras, un mulo y una vaca: las tierras producirian trigo suficiente para la manutencion de la familia; el prado sostendria á la vaca, la cual daria leche y manteca, y el mulo serviria para llevar al mercado los productos de una parte de las tierras. Esto sin perjuicio de que cuando Perico fuese mayor de edad, haria alguna cosa por sus hermanos de leche.

Por su parte el huérfano, de unos quince años, de limitados alcances, y que no comprendia perfectamente lo que significaba la palabra rico repetida por todos cuantos le hablaban, solo pensaba en que, teniendo dinero, sus amigos le respetarían, y todo el mundo le quitaría el sombrero como al cura y sin que nadie le hablase de su antigua ocupacion de pastor. En cuanto al empleo de las riquezas, los sueños de Perico se resentian de su ignorancia acerca de los gozes y diversiones de la clase rica. Así es que como su principal dicha era no hacer nada, se gozaba pensando en que invertiria el tiempo en pasearse, en recorrer las ferias y en concurrir á las romerías, siempre vestido lujosamente, á fin de que en todas partes se supiese que era un señor.

Pensando de este modo cada cual á su manera, el tío Diego Celama y Perico llegaron á Astorga, sin que en todo el camino se hubiesen dirigido la palabra. El escribano acogió á Perico como al heredero de tres mil duros de renta en buenas fincas, y Perico saludaba al escribano con grandes inclinaciones de cabeza, mientras el tío Diego se contentaba con mirar el sombrero y darle vuelta entre las manos.

El escribano manifestó á Perico que no podia salir de Astorga hasta que se reuniese toda la familia para oír la lectura del testamento, y para proceder al nombramiento de una persona que se encargase de la tutela; de todo lo cual dedujo Perico que tendria que vivir en la ciudad, y el primer sentimiento que esperimentó fué el de una viva alegría. Con todo, bien pronto fué á sucederle el vago temor, la hurañada timidez que asalta al niño educado en el campo cuando teme perder el apoyo con que hasta entonces habia contado.

—Yo quiero volverme á Bembibre con mi padre, dijo Perico con voz conmovida, y se acercó al tío Celama, quien respondió:

—Y yo tengo mucho gusto en llevarte á casa.

—Como V. quiera, repuso el notario. Mi deseo era evitar á V. muchos viajes aquí, y acostumbrarlo insensiblemente al cambio de fortuna que le espera. Tambien seria conveniente que se vistiese V. de luto para el día en que tenga lugar la junta de parientes.

—Yo vendré cuantas veces quiera V., respondió Perico; pero lo que es por hoy me marcho á Bembibre.

Y se puso en camino una hora despues con su padre adoptivo.

Al día siguiente por la noche otros vecinos fueron á informarse de lo que podia valer la herencia, y cuando al fin se quedó solo el jornalero con su mujer y Perico, pues sus hijos mayores se estaban colocados en diversas haciendas, y los chicos dormian á pierna suelta, entró el señor cura dando las buenas noches. Los tres se levantaron al momento, y María Juana se apresuró á colocar un banco cerca de la lumbre, cogiendo en seguida la rueca.

—¿Conque eres muy rico? dijo el cura.

—Tan rico como el rey! respondió Perico saltando de placer.

—Tanto mejor, hijo mio, si tienes corazon generoso y mano abierta; porque debes recompensar á los que te recogieron, y te han criado como si fueras su hijo. Sin duda habrás pensado en esto; ¿no es verdad?

Perico bajó la cabeza avergonzado.

—¿No? prosiguió el cura, honrado anciano que se daba á querer de cuantos le trataban. Lo siento por tí; mas espere que en lo sucesivo pensarás en ello, en el concepto de que Dios no quiere á los malos ricos, y si no les castiga en este mundo, lo hará en el otro. Pídele pues que tu corazon no se endurezca, y ocúpate de tu familia. ¿Te ha dicho el escribano si tienes parientes?

—Segun parece, tengo muchos tios y tias y no sé cuántos primos y primas.

—Es preciso que te des á querer de todos ellos, Perico.

—No será esto muy difícil ahora que soy rico!

—Eso no se dice, hijo mio. Si no me engaño, el señor Santiago Grijalba, á quien heredas, es el único de la familia que ha sido afortunado, y debes creer que si los demás parientes nada han hecho por tí, es porque no podian. La religion nos manda perdonar á los que nos ofenden; y tú que eres buen cristiano, aunque de escasa inteligencia, sabrás socorrer á tus parientes, recibiendo la educacion conveniente.

—Ahora sí que aprenderé, señor cura.

—Escúchame, Perico, dijo el sacerdote sonriendo, no es cosa fácil aprender, y sobre todo á tu edad, como no se ponga gran empeño, y lo que es á tí te falta la voluntad.

—Es cierto, señor cura; pero entonces jugaba mucho, y no pensaba en otra cosa que en ser pastor; ahora que soy rico es muy diferente.

—No habrá diferencia alguna, si no pides á Dios todos los dias que te dé valor y perseverancia, y si no te dedicas con entusiasmo á estudiar. Te parece que todo está mudado, y debes saber que en efecto tendrás desde hoy mas que lo suficiente para vivir sin trabajar, buenos vestidos y criados que te sirvan; pero es preciso que el cambio pase á lo interior, pues de otro modo solo serás un rústico vestido á la moda.

No puedes comprar la ciencia como se compra cualquiera otra cosa, sino que es necesario que la adquieras por tí mismo trabajando y aplicándote mucho. Sin la ayuda de Dios te verás atascado á cada paso; y así no descuides tus deberes para con él, y muéstrate digno con tu buena conducta de obtener su auxilio. Pero ya hablaremos de esto otro día, pues presumo que los asuntos de la testamentaria no se arreglarán tan pronto como crees.

—¿Qué es un tutor, señor cura? Mi padre ha querido explicármelo; pero no lo he comprendido bien.

—Un tutor, hijo mio, es un pariente ó bien un extraño, escogido para que haga veces de padre de un huérfano, para que administre los bienes durante su menor edad, y para que cuide de su educacion.

—¿Conque es decir que no será dueño de hacer lo que quiera?

—¿Lo que quieras? ¿y qué harías á tu edad, pobre manco, si no tuvieses quien te cuidara?

—Entonces de nada sirve ser rico. Yo creia que cuando se heredaba, podia uno hacer cuanto se le antojase. Y dígame Vd., señor cura, ¿no podrian elegir á mi padre para ser mi tutor?

—Ciertamente que en sus manos estarian en mayor segu-

ridad tus bienes que en las de otros; pero por desgracia tu padre no entiende de negocios, no sabe leer ni escribir, y necesitas otro tutor que se halle en estado de cuidar de tu educación, y de dirigir tu juventud de otro modo que podría hacerlo el tío Celama.

—Y dígame V., señor cura, ¿puedo tener el dinero que se me antoje, ya que soy rico?

—Tu tutor te dará para alimentos la cantidad necesaria, además de costear tus estudios.

Ninguna otra pregunta hizo Perico, y desde entonces solo tomó parte en la conversacion del cura con el tío Diego de un modo distraído. Aquella noche no durmió, porque las palabras del cura acababan de hacer conocer a Perico que sus sueños de fiesta perpétua, de libertad ilimitada y de una vida alegre y sin trabajo de ninguna especie, no eran mas que sueños. Con cierta inquietud que se aumentaba por momentos, se preguntaba lo que aprendería en Astorga, y por qué había de tener obligación de trabajar, cuando ya era rico... Y en la imposibilidad en que se hallaba de resolver estas cuestiones, se agitaba en su lecho de paja de centeno, cerca del cual dormía sin el menor sobresalto su hermano Ramon.

A la mañana siguiente estaba triste Perico, desanimado y mustio, porque entreveía una existencia enteramente nueva para él y llena de mil dificultades.

En la nueva vida que Perico tenía, no encontraba los encantos que había soñado: el tutor era su sombra, y Perico, poco contento con él, porque le tenía muy sujeto y le obligaba a ir al colegio y a estudiar, pensó en escaparse.

Sin embargo, transcurrieron dos meses en dudas y proyectos, hasta que habiendo tomado una resolución, desapareció Perico una tarde. En vano D. Timoteo le buscó en todas partes; en vano se enviaron las señas del fugitivo a los alcaldes de los pueblos inmediatos; nadie indicaba la dirección que había tomado, y fueron pasando los días, meses y aun años, sin que se supiese la suerte de Perico.

Y en verdad que su suerte no era muy feliz; pero como él mismo se la había preparado, por una falsa vergüenza no se atrevía a escribir a su tutor, que para ser libre había creído que el hijo del capitán Grijalba sería recibido con los brazos abiertos en cualquier buque; que de este modo daría vuelta al mundo, y que así pasaría agradablemente en viajes los años que le faltaban para ser mayor de edad.

Con esta esperanza se dirigió al puerto de Gijón, en Asturias, con la corta suma que había podido reunir economizando el dinero que le daba su tutor cada semana. Viajando solo de noche y por caminos de travesía, Perico, disfrazado de pastor, logró escapar a las pesquisas de D. Timoteo Galán, llegando con toda felicidad a Gijón.

Paseóbase al día siguiente en el muelle, cuando encontró a un marinero de la marina real, quien le aseguró había conocido en la Habana a su padre. Perico le habló de su proyecto, y Camilo Pio, que así se llamaba el viejo marino, prometió recibirlo a bordo del magnífico bergantín el *Trueno*, el cual esperaba viento favorable para aparejar con destino a las Américas. Perico acogió con júbilo la propuesta, y se enganchó de grumete, poniéndose a di posición de Pio.

Jamas había sido Perico tan dichoso como el día en que puso el pie a bordo del *Trueno*. Acababa de fijar el mismo su suerte; acababa de hacerse marino de motu proprio, y algún día volvería a aparecer en Astorga, a lo menos con las insignias de alférez de fragata!

Pero desde la primera semana comprendió Perico que se había echado al cuello una cadena mucho mas pesada que la que había querido imponerle su tutor. Camilo Pio había obtenido con justicia el apodo de *Mal-Genio*, y no era el único del equipaje que lo mereciese: así es que el pobre Perico, a quien tanto le gustaba descansar aun antes de haber trabajado, no podía menos de sentir a cada instante en sus costillas el mallito espeque, que era el único argumento de Camilo.

Mas no paraba en esto su desventura: cuando el bergantín tomaba puerto, casi siempre tenía que contentarse el mancebo con ver de lejos las poblaciones, porque reinaba a bordo la disciplina mas severa, y a ninguno le era permitido dejar el puente del buque, contratiempo que afligia tanto mas a Perico, cuanto que no tenía medio de distraerse.

En Manteideo, que entonces pertenecía a España, fondeó el buque por algun mas tiempo, y Perico al fin pudo saltar a tierra. Se aprovechó entonces del permiso para averiguar la duracion de su enganche, porque se había vendido sin cuidarse del tiempo que estaría privado de su libertad. Siete años era su empeño; ¡siete años! ¡siete años de una vida tan dura! Pero Perico era menor de edad, tenía tutor, y podía este librarle... Escribió pues algunas líneas a D. Timoteo; mas en seguida rompió la carta apenas empezada.

Sin embargo, como hubiese a la sazón en aquellas aguas un buque con dirección a Barcelona, Perico acabó por escribir, y D. Timoteo recibió la carta a los dos meses de haber desaparecido su pupilo, el cual rogaba al anciano le alcanzase licencia a toda costa a fin de volver a sus hogares.

(Continuará.)

De cómo, queriendo chasquear un sobrino a su tío, sucedió precisamente lo contrario, con gran contentamiento del primero.

Es cerca de media noche. Dos hombres se estan paseando por el balcón de una casa del muelle Voltaire en París; el mas joven de ellos escucha con visible impaciencia los períodos de su interlocutor, y logra con dificultad ahogar un bostezo irrespectuoso. El segundo personaje no tarda en con cer que esta predicando en el desierto. En efecto, se detiene el joven para contar las ventanas del Louvre y las girandulas de gas que se reflejan en las aguas del Sena. Terminado su cálculo, y viendo que las amonestaciones siguen su curso, se pone a escuchar el ruido del río al pasar por debajo de los arcos de bronce del puente de los Santos Padres, y finalmente parece absorto en la contemplacion de un magnífico efecto de luna en las olas.

—Conclusion! dijo de repente el sermoneo; Pablo, es menester que te cases sin demora.

—¿Está V. soñando, querido tío? exclamó el joven volviéndose hacia su interlocutor.

—Gracias a Dios que ya me escuchas, dijo entonces el tío

a su sobrino. Vamos adentro; me atormenta mi reumatismo, y podría jugarme una mala pasada.

Nuestro banquero rayaba en los cincuenta. La vida sedentaria que entonces hacia, había aumentado su capital primitivo y desarrollado por demás su abdomen. El uno y el otro seguían las leyes de una progresion geométrica creciente que era necesario contener, so pena de alcanzar el guarismo de la fortuna de Rothschild y de morir de un ataque apoplético.

Mr. Bruno (que así se llamaba el banquero) resolvió aceptar 800,000 francos que se le ofrecían en cambio de su clientela, y comprar en las cercanías de Ingouville las tierras y la quinta de Rocheblanche, deliciosamente situada, en donde podría entregarse al ejercicio de la caza y combatir los progresos de la obesidad.

Quedábase sin embargo un negocio importante por concluir antes de llevar a cabo sus proyectos de retirarse a buen vivir. Las amonestaciones que acababa de dirigir a Pablo no eran otra cosa que un preludio indispensable para llegar a esta terrible conclusion: «Es menester que te cases.»

Tutor de su sobrino Mr. Bruno había escrito su nombre en la lista de los socios de la casa de banco.

Habiendo visto Pablo que en el espacio de cuatro años se había duplicado su pequeña herencia, se mostraba sumamente atento con el precioso tío a quien debía su fortuna.

Hacia sin embargo un mes que parecía decidido a administrar personalmente sus fondos, y se emancipaba hasta el punto de recordar que era mayor de edad cuando se le pedía alguna explicacion acerca de ciertas sumas considerables sacadas de la cuenta de tutela. Pero en esas discusiones suscitadas por su tío, nunca salía Pablo de los límites del respeto.

—Sientate, dijo Mr. Bruno a Pablo, viendo que se quedaba en pie cerca de la ventana. El matrimonio de que te voy a hablar es un negocio magnífico para tí.

—Le agradezco a Vd., tío mio, el cuidado que se toma por mis intereses; sin embargo...

—¡Silencio! Me parece que podrias oirme antes de entrar en el capítulo de las observaciones.

—Le escucho a Vd., dijo Pablo, tomando el semblante de una victima que va al sacrificio.

—Cuando me decidí a sacarte de Dieppe para traerte a París, continuó el tío Bruno, acababa de casar mi hija con uno de los comerciantes mas ricos de Marsella, noble por mas señas, el conde de Montbreuil, que no desdenaba rehacer, por medio de una industria honrosa, la fortuna de sus antepasados destruida por la tormenta revolucionaria. Una muerte prematura disolvió ese matrimonio. Tu prima queda pues libre, es muy hermosa y no tiene hijos; duplico en tu favor su dote primitiva, y serás mi yerno.

—Ni yo conozco a mi prima, exclamó Pablo sobrecogido.

—Cierto que no la conoces. Desde tus mas tiernos años tuve que encerrarla en un colegio, porque además de ser viudo estaba constantemente viajando. Pero poco importa; te aseguro que es jóven y hermosa.

—¿Y quién le asegurará a Vd., querido tío, que yo le agradeceré?

—Quisiera ver ¡vive Dios! que no se enamore locamente de tu persona!

—Pero sin embargo...

—Vamos, calla, prosiguió Mr. Bruno; ya sé que eres modesto. Has de convenir sin embargo en que hasta ahora no has podido quejarte mucho de los rigores del bello sexo. ¿No eres acaso el primero de nuestros leones? En todas partes te citan como un tipo de elegancia. ¿Dónde encontrarás facciones mas nobles que las tuyas, un porte mas majestuoso, una barba mas negra y mejor aliñada? ¡Mala peste! Ni al Apolo de Belvedere le aconsejaria que compitiese contigo! Queda pues convenido que te cases con mi hija.

—No, tío, dijo Pablo con firmeza. Está Vd. persuadido de que siento profundamente no poder acceder a su deseo.

—¿Qué significa ese lenguaje, caballero?

—Significa, querido tío, que en la imposibilidad de hacer feliz a vuestra hija, solo me resta rogar a Vd. elija para ella otro partido.

—Entonces, señor sobrino, se servirá Vd. explicarme los motivos de su negativa.

—Mas tarde los conocerá Vd. Por ahora, no puedo revelar un secreto que no es exclusivamente mio.

—El secreto que me ocultais, caballero, lo conozco.

—¿Usted? tartamudeó Pablo, en cuyo rostro se traslució no poca emocion.

—Yo mismo; y sin mas rodeos es este: ama Vd. a la baronesa de Aurillac.

—¡Dios! Cómo se hace...

—Que tengo tan buenos informes? No me conviene decirselo a Vd., señor sobrino. Hace seis semanas que encontré Vd. por primera vez a esa baronesa.

—Es verdad.

—No descansó Vd. hasta que se hizo presentar en sus salones.

—Lo confieso.

—Agradecida por vuestras constantes atenciones, no tardó la dama en permitirnos las visitas de la mañana. Desde entonces, le comunicó a Vd. todos sus secretos. Le insinuó a Vd. que graves consideraciones políticas exigian que recibiese a muy poca gente; te confesó a Vd. que un pleito con colaterales hambrientos ponía en cierto modo bajo secuestro la mejor parte de su fortuna... ¿Y qué sé yo qué mas? Semejantes cuentos son completamente inverosímiles; sin embargo, hace ocho dias tuvo Vd. la imprudencia de prestar diez mil escudos a esa mujer, cuya solvencia me parece mas que dudosa.

—No titubearia en contiarle cuanto teago! dijo Pablo herido hasta lo vivo por las sospechas que se le querian inspirar.

—En eso consiste precisamente tu imbecilidad. Eres un loco! exclamó Mr. Bruno. Afirma la noble baronesa que ha colocado en una compañía de seguros los pocos fondos disponibles que le quedaban, y es m y natural que haya recurrido a tí para verificar el primer pago del palacio que acaba de comprar en la calle de los Santos Padres.

—Por manera, tío mio, que me habeis hecho espiar, dijo Pablo en tono de vituperio.

—Cierto que sí, señor sobrino. Pero no mas interrupciones, que aun no he acabado. Esta mañana, tu ilustre baronesa manifestó el deseo de ir al Havre. Este deseo era una orden para tí... y siempre porque la dama tiene colocados sus fon-

dos en una compañía de seguros, te propones sacar de mis cajas otros cinco mil francos para costear los gastos de su excursion de placer.

—Ni una palabra os he dicho aun sobre el particular, exclamó Pablo, cada vez mas sorprendido.

El tío Bruno se acercó a una de sus cajas fuertes, la abrió tocando un reorte oculto, y sacó de ella cinco billetes de Banco, que entregó a su sobrino, prosiguiendo en estos términos:

—Tengo la costumbre de no contrariar las inclinaciones de nadie. Mi misma hija, antes de contraer segundo matrimonio, quiere estar segura del futuro de su futuro marido. Ya puedes ir con la señora de Aurillac; y si no te basta el dinero que tienes en tu cartera, dirígete a Fevrel, mi corresponsal en el Havre. Tengo a tu disposición el resto de tu fortuna. Tanto peor para tí si te dejas engañar por una intrigante!

—Ah querido tío! es la muger mas noble, mas llena de cualidades adorables...

—Y la mas diestra para hacer ver visiones a un tonto, sobre todo cuando es tan poco perspicaz como mi señor sobrino.

—Ah! exclamó Pablo furioso, me dareis un esplicacion de esas palabras!

—Poco a poco! ¿Si vendrás ahora a desafiarme?.. Antes de llegar a este estremo con un tío que te quiere, te ruego te informes de cierto individuo que estaba ayer a solas con Madame de Aurillac, y a quien hubieras visto echar a correr a tu llegada si no te cegase el amor.

Una palidez repentina cubrió el rostro del jóven. Había creído ver en efecto, la vispera, la sombra de una persona debajo de una de las ventanas del salon de la baronesa. Antes que sospechar una traicion, había dudado del testimonio de sus ojos; pero el discurso de su tío acababa de saltar cruelmente su confianza. Y sin averiguar cómo había podido saber tantos pormenores, exclamó:

—¡Desgraciada, oh, sí! ¡desgraciada de ella si me engañase!... ¡La mataría!...

Y salió precipitadamente del gabinete de su tío.

—¡Bien! ¡muy bien! exclamó el tío Bruno cuando estuvo solo y riendo a carcajadas; aun no ha llegado al término de sus trabajos! Y ella ¿cómo saldrá del paso? Vaya! el enamorado tendrá la culpa y habrá de comprar muy caro su perdon. Poco importa: mi amable sobrino se casara con mi hija.

En la mañana siguiente, el tren del ferro-carril del Havre se llevaba a Mme. de Aurillac y al sobrino de Mr. Bruno.

Es probable que la baronesa se hubiera justificado, porque el banquero recibió una carta concebida en estos términos:

«Ya se lo había dicho a Vd., querido tío: es la mas noble y virtuosa de las mugeres. Ha convenido en la visita del mencionado personaje y en su fuga a mi llegada. Pero me ha dado a entender que motivos graves le impedian enterarme de las relaciones que existen entre ella y el hombre a quien recibe de un modo tan extraño. No me queda duda de que de todo esto sin causa las razones políticas de que me ha hablado, o quizá el eterno pleito. Y como insistiese todavía después de esa confesion tan franca, me preguntó con arrogancia si yo separaba el amor de la estinacion, y si me hacia el insulto de sospechar de ella. Me arrojé entonces a sus pies, la supliqué que me perdonase mi locura, y la acompañé a los baños de mar. No me acuse Vd. de ingratitude: siento que ya mi destino está unido irrevocablemente con el de la baronesa; me seria imposible amar a otra mujer. — PABLO »

—¡Mi tiburí! exclamó el tío al terminar la lectura de esta carta, ¡y pronto al parador del ferro-carril!

Sin embargo, nuestros enamorados llegaron al punto de su destino. Dos dias después de la llegada de Pablo y de la baronesa, hubo un gran baile en Frascati. Ya se habían refugiado los pelucones alrededor de las mesas de juego, y la orquesta tocaba una contradanza de Musard, cuando las bailadoras se miraron de repente con cierta inquietud llena de celos. Apoyada en el brazo de Pablo, Mme. de Aurillac entraba en el salon. Todos los hombres la acogieron con un murmullo lisonjero y la proclamaron reina del baile. Es menester confesar que la baronesa estaba encantadora.

Pablo y su compañera aun no se habían presentado en la sociedad de los banistas; quisieron ver primero el Havre y sus cercanías. La vispera se habían ensillado en el patio del hotel dos magníficos caballos ingleses, y Mme. de Aurillac, graciosamente vestida de amazona y acompañada de Pablo, había echado su corcel a galope alrededor del puerto y en la playa. Subieron en seguida al cabo de la Heve, y bajaron en dirección a Ingouville por estensas avenidas bordadas de elevados alamos y tilos. Habían dejado ya atrás a Ingouville y estaban enfrente de la quinta de Rocheblanche. Conmovió desde luego a la amazona el aspecto pintoresco del punto; y echando en seguida al jóven una de esas miradas que nunca dejan de producir efecto, añadió con voz conmovida:

—He soñado a menudo que habitaba en un sitio como este, lejos del tumulto de las grandes ciudades, lejos de las intrigas del mundo. Veía desde mi ventana el mar, cuya inmensidad hacia pensar en Dios. En torno de mí retiró, grandes árboles como los de ese hermoso parque me enviaban su frescor con mil cantos de pajarillos.

—¿Y en ese delicioso retiro vivía Vd. sola, señora? preguntóle su compañero.

—No siempre, contestó aquella. Un hombre cuya ternura había sometido a las pruebas mas duras, me acompañaba algunas veces bajo las bóvedas de los árboles del parque, que cobijaban con su sombra nuestras largas pláticas. Meciábase nuestra barquilla en las olas de la mar, y toda la naturaleza celebraba con su sonrisa nuestra felicidad... ¿No es verdad, amigo mio, que era encantador mi sueño?

—¡Oh! ¡lo realizaré! ¡lo realizaré! exclamó Pablo.

Una hora después se presentó al corresponsal que le había indicado su tío, anunciando a Mr. Fevrel que cuando mas tarde dentro de cuarenta y ocho horas necesitaba 250,000 francos que aun le quedaban en las cajas de Bruno.

Pero antes de la visita de Pablo, el corresponsal del Havre acababa de recibir otra, la del tío Bruno en persona. Por poco no se encuentra cara a cara el banquero y su sobrino.

—¿Cree Vd. que su tutor aprobará el uso que va Vd. a hacer de este dinero? preguntó Mr. Fevrel al jóven.

(La continuación en la pagina 308.)

TRIO. *Scherzoso.*

The musical score is arranged in three systems. Each system consists of a piano part (bottom staff) and a violin part (top staff). The key signature is one flat (B-flat), and the time signature is 3/4. The score includes dynamic markings such as *F.* (Forte), *P.* (Piano), and *mf.* (mezzo-forte). Pedal markings are indicated by 'Ped.' with a circle below the staff. The music is characterized by rhythmic patterns and triplet figures.



—Estoy fuera de tutela, respondió Pablo.

—Sin duda; pero no queda Vd. exento de las consideraciones que debe á su tío. Soy uno de sus antiguos amigos, y me tomo la libertad de hacerle á Vd. algunas observaciones. Si son exactas mis noticias, quiere Vd. comprar la quinta de Rocheblanche, para ofrecerla en seguida á una mujer que le engaña á Vd.

—¡Caballero!...

—Permita Vd.; tengo pruebas. Ayer, Mme. de Aurillac dió una cita en el pabellón situado al extremo del jardín del hotel en que Vd. se ha hospedado.

—Es imposible. Dejé á la baronesa á las nueve, y se retiró entonces á su aposento.

—Sin duda; pero una escalera escusada le permitió salir de él sin ser vista.

—¡Calumnia!

—Quizá esta esquela escrita por ella le convencerá á Vd., dijo el corresponsal entregando á Pablo un papel. El jóven conoció la letra de la baronesa, y leyó consternado las siguientes líneas:

«Nos ha seguido Vd.; está muy bien. Podremos vernos hoy y los días siguientes, de nueve á diez de la noche.»

«Viva Vd. oculto hasta nueva orden.—BARONESA DE AURILLAC.»

Cinco minutos después, Pablo, pálido de furor y devorada el alma por todas las serpientes de los celos, entraba en el aposento de su novia, cuya traición se hacía evidente.

—¡Dios mío! ¡qué miradas de Othello me lanza Vd.! dijo la baronesa, dando algunos pasos hacia él. ¿Si irá Vd. á tratarme como á la pobre Desdemona? Estoy segura de que sabe Vd. de mi paseo nocturno al pabellón del jardín...

—Sí, señora, merced a esta esquela! dijo el jóven concentrando su ira.

—¡Miré Vd. qué imprudencia cometí!... Esta es mi firma; lo confieso con toda humildad, y espero que pronuncie Vd. mi sentencia.

—Justifíquese Vd., señora; ¡oh! ¡justifíquese Vd.! dijo Pablo juntando las manos y en tono deúpica.

—Si exige Vd. que le dé la llave del enigma, respondió la baronesa, será menester que se despida Vd. para siempre de mí, porque considero como un ultraje las sospechas de Vd. Ya por segunda vez me juzga Vd. por apariencias engañosas. Ordene Vd., caballero; estoy pronta para darle á Vd. todos los pormenores que me pida.

—¡No! ¡no! ¡nada quiero saber! exclamó el jóven haciendo pedazos el escrito acusador.

—Sin embargo, dijo la baronesa con tranquila y suave sonrisa, hay una cosa que no puedo permitir ignore Vd., y es que le amo á Vd. y que soy digna de su amor.

¿Cómo resistir á semejantes palabras? Confundióse Pablo en protestas de amor y adhesión. ¿No era este el mejor camino que podía seguir?

Durante las veinticuatro horas que trascurrieron antes de que se presentasen en el baile, ni la mas leve nube se interpuso entre los dos amantes. En el rostro de Pablo brillaba el contento cuando entró con la baronesa en los salones de Frascati.

Luego que los vió, un personaje de notable obesidad, que hacía media hora estaba sentado á una mesa de whist, se levantó de repente y dijo á su compañero:

—¡Diablos! ya es tiempo que me eclipse. Temo que me reconozca, á pesar de la venda negra con que tengo cubierto un ojo. Vamos, mi viejo Fevrel, sigue representando tu papel.

Apresuróse á salir el tío Bruno, y el corresponsal aprovechó la primera contradanza en que Pablo no servía de caballero á Mme. de Aurillac, para llevarse al jóven á uno de los salones que no llenaba la multitud.

—Aquí tiene Vd. los 250,000 francos, dijo, presentándole una cartera.

—¡Esto es maravilloso! exclamó Pablo. Debió Vd. recibir la orden de pagar por el telégrafo eléctrico.

—Sin duda, contestó Fevrel. ¡Ah jóven! hay quien se queja amargamente de las locuras de Vd. Pero me complace en creer que escuchará Vd. el lenguaje de la sana razón, que se casará Vd. con su prima...

—¡Nunca! exclamó Pablo con fuerza.

—¡Hum! Quizá cambie Vd. pronto de parecer. La suma contenida en esa cartera ha llegado tarde: se le ha anticipado á Vd. otro comprador.

—¿Qué dice Vd.?

—Y es evidentemente la persona á quien Mme. de Aurillac da una cita todas las noches. ¡Vamos! ¡modérese Vd.!... Su astuta baronesa tenía dos cuerdas en un arco. Le engañan á Vd., querido, le engañan á Vd.!

—¡Caballero! exclamó Pablo, cogiendo con violencia el brazo de Mr. Fevrel.

—Vive Dios... que si le miento á Vd. en lo mas mínimo, mañana nos batiremos hasta la muerte. Queda esto convenido. ¿Ahora, quiere Vd. oírme?

—Escucho, murmuró el jóven.

—Dentro de poco, la señora va á fingir jaqueca ú otra indisposición, á fin de tener un pretexto para salir del baile. Cabalmente, mire Vd., prosiguió Mr. Fevrel, que acababa de volver con Pablo al salón principal ¿no la ve Vd. apoyarse en el brazo de su bailador? Se lleva la mano á la frente; le busca á Vd. con su mirada antes de desmayarse... Comedia, mera mojiganga!... ¡Estése Vd. aquí, qué diablos! necesita Vd. pruebas para confundirlos. Ya se aleja. Muy bien! Dentro de diez minutos la encontraremos en el jardín del hotel. Alí se le debe entregar el título de propiedad de la quinta.

—¡Infamia! exclamó Pablo. Miente Vd., caballero. Le repito á Vd. que miente!

Y corriendo donde estaba Mme. de Aurillac, se apresuró á sostenerla y á llevarla al hotel.

—Me siento mala, amigo mío, dijo la baronesa cayendo en un sillón. He ido al baile únicamente por complacerle á Vd. porque esta mañana recibí de París una carta muy extraña. El que me vendió la casa de la calle de los Santos Padres duda ahora de la solvencia, y me amenaza con un pleito si á vuelta de correo no le remito el resto de la suma que le debo. Y me es imposible realizar tan pronto 250,000 francos.

—Permitame Vd. que se los brinde, dijo Pablo, poniendo su cartera encima de un velador inmediato.

—¿Será verdad? exclamó Mme. de Aurillac, en cuyos ojos brilló la alegría.

—Pero entonces, cont'nuó Pablo con voz temblorosa, es menester renunciar á la compra de la quinta de Rocheblanche.

—Ahora sobre todo que queda Vd. arruinado, amigo mío, dijo la baronesa, tranquilícese Vd., la quinta será mia esta misma noche.

—¡Ah, luego era verdad! exclamó el jóven con desesperación.

Y sin responder á esta exclamación, Mme. de Aurillac se levantó de su asiento y dijo con sangre fría:

—Espero, caballero, que será Vd. bastante cortés para acompañarme al pabellón misterioso, que tanta inquietud le inspira. Dará Vd. el brazo por última vez á la baronesa de Aurillac. «Aun no se ha cumplido el mas doloroso de vuestros sacrificios.»

—Pecho al agua! dijo para sí el sobrino del banquero, siempre me quedará el recurso de levantarme la tapa de los sesos.

Bajaron al jardín. A medida que se acercaban al pabellón, espermentaba la jóven ligeros estremecimientos, que se comunicaban al brazo de su caballero como otras tantas chispas eléctricas.

Preguntábase Pablo á sí mismo el sentido de estas palabras: «Aun no se ha cumplido el mas doloroso de vuestros sacrificios.» Pablo no pudo resistir por mas tiempo á la lucha mortal de la duda y de la esperanza. Habían llegado debajo de una bóveda de árboles, en donde reinaba el silencio. Ningun testigo podía oírlos.

—Piedad, señora! exclamó; me muerdo si sigue Vd. rodeándose de misterio. Un espíritu infernal, celoso de mi dicha, trata constantemente de denigrarla á Vd. á mis ojos, y da á vuestros pasos una interpretación páfida. Oh! si aun debe durar la prueba á que le place á Vd. someterme, ya me siento sin fuerza para vencer los celos que me corroen el alma.

—Pablo, respondió Mme. de Aurillac elevando la voz, ¿será menester repetirle á Vd. que le amo y que soy digna de su amor?

Apenas había pronunciado estas palabras cuando una luz, tan rápida como resplandeciente, sacó toda la extensión del jardín. Lanzábase á las ramas agitadas de los tilos serpientes de fuego, que corrían por el césped inmediato y se enroscaban en torno de las columnas del pabellón. Ilumináronse de repente como por encanto las cercanías, y Pablo no pudo contener un grito de sorpresa.

Llevóle Mme. de Aurillac hacia una especie de cobertizo construido á poca distancia, y cuyos pilares estaban adornados con guirnalda de verdura. Debajo del cobertizo estaba alumbrada con una multitud de luces una mesa ricamente servida, á la cual acababa de sentarse el tío Bruno para hacer los honores de una cena espléndida á un gran número de convidados, entre los cuales figuraban el corresponsal y uno de los principales escribanos del Havre.

El novio de la baronesa estuvo por creer que era juguete de un sueño.

—Ah! ah! ¿es Vd., señor sobrino? le dijo el banquero. Venga Vd. acá, que le quiero echar un buen sermón!

—Ya sabía Vd. mi determinación, tío mío, y me dejó Vd. libre de ejecutarla.

—Sí, lo mismo que dejaría libre á un loco para correr al río. Y mis proyectos, caballero, ¿se figuraba Vd. que había de renunciar á ellos? Desengañese Vd. La señora baronesa ha tenido la bondad de comprenderme; sabe que le tengo destinada á Vd. mi hija, y le ruego acepte una de mis mas hermosas propiedades de estas cercanías, en recompensa del consentimiento que da á este matrimonio. Le pertenece desde hoy la quinta de Rocheblanche, con la condición de darme en ella un alojamiento cualquiera y el derecho de cazar en sus tierras.

—¿No se lo había dicho á Vd.? murmuró el corresponsal al oído del jóven.

La compañera de Pablo leía mientras tanto con toda calma el título de propiedad que acababa de entregarle el tío Bruno.

—¡Conque, señora, la conducta de Vd. no era sino una odiosa perfidia! exclamó el jóven, cuya voz se estremecía de indignación. También ha aceptado Vd. como recompensa...

—Dispéñeme Vd., caballero; su tío de Vd. le dirige la palabra, interrumpió la baronesa sin manifestar la mas mínima turbación.

—Ni mas ni menos, muchacho, dijo Mr. Bruno; trátase de estampar buenamente tu firma en este papel. Es tu contrato matrimonial con tu prima. Despacha, que me muerdo de hambre!

—¡Antes la muerte! exclamó Pablo rechazando con desesperación el contrato que le presentaban.

A esta trágica exclamación, una ruidosa alegría hizo resonar todos los ecos del jardín.

El jóven, que se veía indignamente burlado, quiso hacer nuevos cargos á Mme. de Aurillac; pero esta tomó la pluma que le presentaba el escribano, firmó el contrato, y la ofreció en seguida á Pablo.

—A Vd. le toca ahora, caballero, dijo sonriéndose.

Pablo creyó que se iba á morir de gozo al leer estas palabras al pie del contrato del escribano: «CLEMENCIA BRUNO, condesa viuda de Montbreuil.»

—Vamos, prosiguió la graciosa jóven, veo que perdona Vd. á la baronesa de Aurillac el que haya tomado este seudónimo para saber hasta qué punto sería amada su prima de Vd.

—Harto tiempo hace ¡vive Dios! dijo entonces Mr. Bruno, que los bribones de los sobrinos chasquean á los tios: justo es que los tios los chasqueen á su vez.

—¡Ah! querido suegro, ¡ojalá fuesen como este todos los chascos! respondió Pablo cubriendo de besos la mano de su prima.

LOS MORLACOS.

De un artículo sobre viajes tomamos la siguiente descripción histórico-geográfica de la Morlaquería.

En la parte meridional de la Croacia, entre la Istria y la Dalmacia, á lo largo del golfo de Venecia, se encuentra el país de los morlacos, cedido al Austria en 1814, y agregado en el día á la Hungría.

Erizado de rocas y cubierto de bosques, presenta al via-

jero vistas siempre variadas, alternando los llanos con los valles, que forman las cadenas de montañas que lo cruzan en todas direcciones.

Según Plinio, producía en su tiempo oro en abundancia, que cogían los habitantes en la superficie misma de la tierra; esta riqueza ha desaparecido, porque en el día su suelo es estéril y miserable.

La Morlaquería, propiamente dicha, tiene unas 25 leguas de largo por 10 de ancho.

Varias inscripciones y medallas que se han conservado manifiestan que este territorio fué ocupado alternativamente por diferentes naciones: en siglos remotos lo poseyeron los griegos; después fué colonia del Imperio romano; posteriormente los slavs ó slavones, que en dialecto céltico vale como decir independientes, amigos de la libertad, se apoderaron de la Iria, y sus oradores fueron á ocupar algunos de sus distritos. Ultimamente, la Morlaquería ha ocupado algunos de los albañeses, que huyendo del yugo de los turcos, han encontrado independencia y paz entre sus asperezas.

La Morlaquería está dividida en dos provincias, Lica y Corbacia, que toman su nombre de dos rios que las bañan: la capital de la última es Segni ó Segne, en latín Senia; tiene silla episcopal desde el año de 1180, situada en una eminencia; es fuerte por naturaleza; además la defiende una ciudadela: su puerto es bueno y seguro.

Apenas se cuentan dos ó tres ciudades de alguna consideración en estas provincias: los habitantes viven en aldeas diseminadas, tan pobres é insignificantes, que no han llamado la atención de los geógrafos. Zara, llamada por los romanos Jadera, y en la edad media Diadora, fué la capital de la Liburnia: á la decadencia del Imperio romano, continuó siendo de una provincia mucho mas estensa.

El tiempo, que no ha dejado vestigio alguno de la mayor parte de las ciudades que existieron antiguamente, parece haber respetado á esta: según una inscripción grabada en una piedra preciosa, el fundador de esta colonia fué el Emperador Augusto. Trajano mandó construir un acueducto que surtía de agua á sus habitantes; es residencia arzobispal: Ladislao, rey de Nápoles, la vendió á los venecianos en el año 1409; Bayaceto II se apoderó de ella en 1498; pero aquellos la reconquistaron y poseyeron hasta fines del siglo.

Las ruinas de Non, que debían presentar un vasto campo de investigaciones á los amantes de la antigüedad han desaparecido casi enteramente: ningún monumento, ningún vestigio que anuncie la grandeza del Imperio romano, ni el esplendor de los reyes slavons ó croatas, que posteriormente tuvieron en ella su corte.

Biograd ó Alba-marítima debió ser en tiempos pasados ciudad muy considerable por haber sido residencia de varios soberanos, entre otros Cresimiro, que fundó un convento en 1039: en el día está reducida á unas cuantas chozas muy miserables: el puerto sin embargo es muy capaz y seguro.

Pascotane, situado á corta distancia de aquella, no merecería nombrarse, á no ser por la prodigiosa abundancia de anguilas que se crían en un vecino lago llamado Vrana, que tiene doce millas de extensión: en una de sus estremidades se elevaba antiguamente un castillo perteneciente á los templarios: el gran maestre de la orden tenía allí su residencia, ejercía un poder despótico, é influía poderosamente en todos los actos del gobierno. Uno de ellos tuvo la audacia de hacer prisionera á la princesa Isabel, viuda de Luis, rey de Hungría, estendiéndose su crueldad hasta el extremo de hacer ahogar en el lago á la indefensa y desgraciada señora; mas no quedó impune tan inhumano atentado, porque Segismundo, esposo de la reina María, hija de aquella, tomó una venganza estrepitosa.

Una pequeña aldea situada en las inmediaciones del lago es notable por la aversión que tienen sus habitantes á las ranas: preferirían morir de hambre mejor que comerlas: si algun vecino miserable las lleva á vender al mercado de Zara, se le considera como envilecido y oprobri del país.

Pod-Grada (esto es, sobre la ciudad) toma este nombre por la que antiguamente estaba situada en aquel terreno, en el día ocupado por unas infelices casucas. Sus habitantes respetaban y conservaban cuidadosamente las lápidas, chapiteles, urnas y demás restos arqueológicos que descubrieron sepultados al labrar las tierras; pero cuando vieron que, lejos de reportarles utilidad alguna, se les obligaba á conducirlos hasta las costas del mar sin satisfacerles su trabajo, juraron destruir cuantos objetos encontrasen de esta clase: así es que luego que descubren alguna antigüedad, la hacen pedazos ó la sepultan de nuevo á mayor profundidad.

Coslobar es estremadamente pobre, como todas las aldeas de este cantón, á pesar de estar sus inmediaciones pobladas de fresnos que darían maná en abundancia si se hiciesen en regla las incisiones competentes; pero sus habitantes, lejos de aprovecharse de esta riqueza natural, la despiden y aun miran con horror, porque consideran esta preciosa sustancia como nociva y venenosa.

Siberico, situada á unas 12 leguas de Zara, es una de las ciudades mas considerables del país de los morlacos; se cree fueron los croatas sus fundadores: entre los edificios que la decoran merece particular atención la catedral; su atrevida y elevada bóveda, adornada con mármoles, en nada cede á las mejores obras de la antigua Roma.

Sparatro se considera como la capital de la Dalmacia: su población es numerosa respecto á su extensión, que es poco mas de una milla de circuito: reside un arzobispo, que se titula primado del país de los Dálmatas; su puerto es excelente y al abrigo de los vientos. Algunos etimologistas pretenden que su nombre se deriva de la palabra latina *Palatium*, respecto á que antiguamente esta ciudad era únicamente un vasto palacio del emperador Diocleciano, natural de Salona, que solo dista dos leguas.

Las truchas que se pescan en un rio inmediato se reputan las mejores del mundo, lo que dió lugar á que un crítico dijese que Diocleciano había renunciado el imperio del universo al placer de vivir en un retiro y regalar diariamente su paladar con una trucha.

Buques de todas las naciones frecuentan su puerto para exportar las producciones de la Bosnia, en especial hiebro, cuero, cobre, seda, lana, algodón, cera y oropimente. Este es una sustancia mineral imprugnada de arsénico, de color amarillo verdoso, rojizo ó cetrino: tiene muchos usos, par-

E. DE M.

De un artículo

de un artículo

particularmente en la pintura y vidriería: en estado de óxido da una tinta de simpatía muy curiosa, y es también un excelente reactivo para descubrir si los vinos están adulterados.

Penetrando en lo interior del país, no hay monte, lago, bosque ó calle de alguna consideración que no deba el nombre á alguna tradición popular: todavía se conserva una antigua balada, que refiere el triste fin de un enamorado manco, que perdió á su querida atravesando una montaña: penetrado del mas vivo sentimiento, no dejó sitio, quebrada ni rincón, por oculto que fuese, que no escudriñase, llamando á grandes voces: moya Anka, moya Anka (¡Anka mia!) hasta que perdida toda esperanza de encontrar al objeto de su cariño, espiró de dolor: este suceso ha dado nombre á la Moryanka (Kenski-Klanaz: el paso de la dama).

El origen de los morlacos que pueblan los risueños valles de Kotar á lo largo de los rios Kerca y Naventa, así como los que habitan en las montañas de la Dalmacia interior, y aun en las mismas costas del golfo de Venecia, está envuelto en la oscuridad de los tiempos: lo mismo sucede respecto á otros pueblos que se estienden desde dicho golfo hasta las costas del mar Glacial, que por su idioma, costumbres y semejanza parecen formar una sola nación; pero un ojo observador distingue fácilmente la notable diferencia que media entre estas castas, que aun dado caso que procedan de un mismo origen, el trato y comunicación con otros pueblos, las continuas guerras con lejanas tribus, y otras muchas causas, han contribuido á alterar su carácter nacional.

Los habitantes de Kotar son generalmente rubios, los ojos azules, blanco el cutis, cara ancha y chata la nariz, lo mismo que los de las llanuras de Seing y Kuin: al contrario los de Duaré y Vergoraz; su cabello es castaño, color aceitunado, la cara larga, ojos garzos, y á la estatura: la misma diferencia se observa en el carácter: los primeros son afables, dóciles y hospitalarios; los últimos, al contrario, son feroces, altivos, atrevidos, propensos al robo y á la rapiña, que ejercen con la mayor sutileza.

Los que habitan en las montañas son intrépidos; su gesto terrible y amenazador; van siempre armados con sable y carabina, aun para llevar á vender sus géneros en los mercados: una parte de estos pueblos sigue el rito griego: los de las costas son católicos romanos; el idioma común es el esclavon: More Ulaah (por corrupción morlaco) quiere decir conquistador invencible procedente del mar.

El morlaco que vive lejos de las costas y de las ciudades populosas, en nada se parece á los que habitan en estas, corrompidos por el lujo y exceso de civilización: su sinceridad, buena fé y probidad en el trato ordinario de la vida y en sus particulares negocios le perjudica no pocas veces: los astutos italianos, que comercian con ellos, abusan con frecuencia de su simplicidad: mas este abuso de confianza no impide al hospitalario montañés que preste toda clase de auxilios al viajero que se presenta en su rústica cabaña, sin aceptar recompensa alguna.

Sus hijos pasan los primeros años de su vida en los bosques cuidando del ganado; en aquellas soledades se ocupan en labrar la madera con un simple cuchillo, y no es extraño ver salir de sus manos cucharas, vasos, tazas y otros utensilios adornados con bajos-relieves y esculturas que no carecen de mérito, y que anuncian su disposición para las artes. Su despejo y natural ingenio se echa de ver en sus dichos agudos y satíricos: uno de Seing presenciaba un cange de prisioneros entre venecianos y turcos, y observó que se daban muchos soldados musulmanes por un oficial cristiano: uno de los comisionados dijo mofándose que los venecianos eran unos imbeciles que se dejaban engañar, á lo que contestó el morlaco: sabed que mi soberano acostumbra dar siempre cien asnos por un buen caballo.

Sin embargo de sus buenas disposiciones, están estos pueblos muy atrasados en las ciencias y artes.

Dejan el ganado vacuno y lanar espuesto á la intemperie, al frío y á todas las variaciones de la temperatura, y aun á veces carece del indispensable alimento. Toda la habilidad de un sastre se limita á cortar un vestido con la misma forma y hechura que usaron sus antepasados: una tela que sea un poco mas ancha ó estrecha lo embrolla de manera que echa á perder la obra sin remedio.

Rara es la mujer que no sabe tejer y bordar, y sus obras de malha son tan delicadas que no han podido imitarlas todavía las italianas.

En ninguna parte se perpetúan mejor los fastos de la nación como en las reuniones campestras que se verifican siempre en casa del que tiene hijas casaderas: nunca falta un cantor que acompaña su voz con un instrumento (guzla) de una sola cuerda, hecha de crines de caballo á modo de cordón: este hombre, á semejanza de los antiguos bardos ó trovadores, hace resonar su lúgubre y monótona voz, cantando los heroicos hechos de sus antepasados en versos de diez sílabas y sin rima: su acento nasal está en perfecta armonía con el áspero chirrido del instrumento: sin embargo, la poesía morlaca abunda en pinturas fuertes y enérgicas que escitan profundas impresiones en el alma de los concurrentes: sus instrumentos músicos son la gaita, el flageolet y caramillo, y si suenan reunidos, hacen el encanto y delicias de los filarmónicos del país.

Las canciones contribuyen poderosamente para que se perpetúen sus antiguas costumbres: de aquí proviene que las ceremonias que observan en sus fiestas, sus juegos y bailes son las mismas que en los primeros tiempos de su origen.

Su danza favorita es el kolo ó rueda: hombres y mujeres cogidos de las manos forman un círculo: en un principio dan vueltas muy despacio; mas á medida que se anima la música se aumenta la velocidad hasta lo sumo, terminando el baile con los saltos mas grotescos y extravagantes que dan, así como los hombres, á pesar del desorden que causan sus vestidos.

De este violento ejercicio resultan algunas veces fiebres inflamatorias que se curan ellos mismos, porque en aquellos cantones no hay médicos. Cuando se sienten atacados, la primera poción medicinal es una buena dosis de rakia ó aguardiente, en la que echan pimienta ó pólvora: si no cede la dolencia, aumentan la cantidad, y después de beberla se arropan bien con una manta, si es invierno, ó se tienden á los mas ardientes rayos del sol, si es en verano, para sudar el mal, como dicen ellos.

Para las tercianas tienen otro método: el primero y segundo día toman un gran vaso de vino mezclado con un polvo de pimienta; en el tercero y cuarto triplican la cantidad, y es raro que no cedan á esta medicina.

Los dolores reumáticos los curan dando ásperas friegas por toda la columna vertebral hasta levantar la piel, con una piedra enrojada, envuelta en un lienzo humedecido. Sin conocimientos anatómicos curan las fracturas y dislocaciones de un modo seguro y sorprendente.

Entre las enfermedades á que están afectos, puede numerarse la picadura de un insecto muy parecido á la tarántula de la Calabria, que llaman los naturales pauk, nombre genérico con que se designa toda clase de arañas en dialecto ilirico.

Los paisanos que cultivan las tierras durante la calorosa estación del estío están espuestos á su mordedura: para hacer desaparecer ó mitigar la acción del veneno colocan al doliente en un columpio y lo mecen durante cinco ó seis horas; remedio que tiene mucha analogía con el baile de los calabreses que han sido picados por la tarántula.

El método de vida frugal y sencilla de los morlacos les proporciona una salud constante y vigorosa: dignos descendientes de los antiguos scitas ó tártaros, su principal alimento consiste en leche preparada bajo diversas formas: cuando quieren regalar á un amigo, le sirven un plato con queso reciente, frito con manteca, que es su manjar predilecto: hacen el pan con una masa compuesta de mijo, maíz, cebada y sorgo, con la que forman tortas, que cuecen diariamente sobre unas piedras enrojadas.

Para asar un cordero ó cabrito, después de desollado, lo ensartan en un asador de palo, encienden fuego alrededor y lo sostienen hasta que está en su punto: su especia favorita son los ajos y puerros; los manteles son de lana, y rara vez hacen uso de servilletas: todo su servicio de mesa consiste en algunos platos de madera: no hay mas tenedores que uno para el amo de la casa: las familias que observan con todo rigor las costumbres antiguas, no se sirven mas que de un gran vaso de madera en que beben todos por su turno.

Los muebles de las habitaciones están en armonía con la rusticidad de sus banquetes: las sábanas del morlaco mas bien acomodado son unas groseras mantas de lana; el lecho de casi todos el duro suelo, sobre el que estienden un poco de paja: en verano prefieren dormir al raso. Se considera magnífica una casa si está cubierta con tejas ó pizarra: los travesaños hacen veces de armarios y guarda-ropa común, y el dueño se cree estar alojado espléndidamente: para ser completo el lujo, la señora de la habitación duerme sobre una tarima.

En los parajes distantes del mar y de grandes poblaciones las habitaciones son unas simples cabañas techadas con paja y ramas de árbol, medio muy común en las montañas en que se carece de pizarra, y donde es de temer que el impetuoso viento derribe el techo y sepulte bajo sus ruinas á los habitantes: las paredes exteriores las concluyen con piedra seca: en una misma habitación se alojan las personas y el ganado, separado únicamente por un endeble tabique hecho con ramitas entretregadas y revestido con barro y boñiga de vaca. En el centro está el hogar, y la única salida para el humo es la angosta puerta: así toda la habitación está como si la hubiesen barnizado con olin: durante la fría estación, toda la familia come y duerme alrededor del fuego: para alumbrarse se sirven de teas.

El traje de los hombres es tan sencillo como económico: su calzado consiste en unas abarcas de cuero crudo (opanke) botines de pño que llaman naba-kaza, sujeto al tobillo con una correa; estos llegan hasta el calzon que es de jerga blanca muy grosera, y lo sujetan á la cintura con un grueso cordón de lana; sobre la camisa, que es muy corta, visten una ropilla con manga llamada jouraen; se rapan la cabeza excepto un mechoncillo que dejan á manera de los tártaros, y la cubren con un gorro cilíndrico que llaman karpak: dejan crecer largos mostachos; sobre el cordón que sostiene el calzon ciñen una ancha faja encarnada de lana ó de malla de seda, en la que llevan dos pistolas y un largo cuchillo con vaina de latón, un frasquito de estaño con grasa para dar á las armas y preservarlas de la humedad, y también para curar las heridas que se hacen en los pies andando por las asperezas del terreno: de la misma faja va pendiente una bolsa con eslabon y el dinero que poseen, y además una vejiga con tabaco: si á todo esto se añade el fusil colgado á la espalda, la pipa, un sable, se tendrá una cabal idea del traje y armamento del morlaco.

El vestido de las mugeres es tan extraño como pintoresco: el de las solteras se diferencia del de las casadas en que las primeras adornan la cabeza con varios dijes, en tanto que estas la cubren y sujetan el cabello con un simple pañuelo blanco ó azul: las solteras usan un birretillo ó gorro de color de fuego, del que pende un velo que les cubre la espalda, símbolo de su inocencia; el birretillo está guarnecido con medallas, cadenillas de plata, piedras falsas, plumas de colores y flores artificiales; las mas pobres lo adornan con conchitas, cuentas de vidrio ó piezas de estaño.

Las camisas que usan en sus festividades están bordadas con seda encarnada ó con hilo de oro; las ajustan al cuello con dos corchetes que llaman maite, dejándolas abiertas por el pecho como los hombres; y unas y otras llevan al cuello collares de vidrio de varios colores, los dedos con sortijas de latón ó plata, y los brazos con brazaletes del mismo metal: les son desconocidos los corsés armados con ballena y barras de hierro, tan perjudiciales á la salud de nuestras elegantes: sujetan únicamente el talle con un simple justillo bordado con abalorio: sobre este ajustan el zagalejo teñido de azul, que baja hasta la pantorrilla, con un ancho cinturón de lana ó de cuero. Las medias de las solteras son siempre encarnadas, y los zapatos (opanke) semejantes á los de los hombres, con la diferencia de que aquellos van sujetos graciosamente con correitas de colores hasta encima del tobillo; á ninguna doncella por rica que sea le es permitido usar otro calzado: las casadas pueden llevar babuchas (papuzze) á estilo turco.

Todos sin distinción de sexo ni edad se besan amistosamente, y en sus festivas reuniones se permiten algunas libertades que parecerían poco decentes al europeo civilizado, pero que escusa su inocencia.

Cuando algun viajero de su nación se hospeda en casa de un amigo ó de un pariente, la hija mayor lo recibe dándole un abrazo; mas no espere este favor el recién venido si es extranjero: en este caso las jóvenes se ocultan durante su permanencia, y no se dejan ver bajo pretexto alguno.

En tanto que hay comestibles en casa de los ricos, los pobres de las inmediaciones tienen asegurada su subsistencia: por esta causa no hay morlaco por infeliz que sea que se abata á pedir limosna.

Los habitantes de aquellos cantones no entienden de economía doméstica: si se presenta ocasion consumen en una semana lo que bastaría para alimentarlos por espacio de muchos meses; una boda, la fiesta de un santo, la llegada de algun pariente ó amigo, el menor pretexto basta para comer y beber sin moderacion hasta consumir todas las provisiones de la casa.

Mas económicos son respecto á sus vestidos: si un morlaco es sorprendido por la lluvia, se quita el gorro, prefiriendo recibir el agua en la cabeza desnuda; si tiene que atravesar algun paraje pantanoso, se descalza para no deteriorar las abarcas.

La prenda que mas realza su carácter es la amistad: la observan como un deber religioso: cuando dos compañeros desean estrechar para siempre los lazos de esta virtud social, juran solemnemente ser amigos hasta la muerte, defenderse y auxiliarse, y dar la vida el uno por el otro en caso necesario. Mas al paso que su carácter es franco y bondadoso, son terribles en vengarse si se consideran ofendidos; es una violenta pasión que se apodera de su alma, y miran la venganza como un acto de religion: *Ko se ne asveti on se ne posveti* (el que no se venga no se santifica) es su divisa favorita.

Los morlacos creen como artículos de fé en apariciones, hechicerías, sortilegios y vampiros. El mas animoso y valiente huye á todo correr cuando cree ver algun espectro: no se avergüenza de manifestar su pánico terror: «nadie resiste á un poder sobrenatural» da por toda excusa. Las mujeres son infinitamente mucho mas crédulas y visionarias que los hombres: en una de sus veladas oyó una vieja que contaba á sus amigas un terrible suceso con un acento tan animado y solemne como si lo hubiera presenciado.

«Des brujas, decía la sibila, sacaron el corazon á un jóven que estaba durmiendo para asarlo y comérselo: el infeliz no tuvo noticia del atentado hasta que despertó.

«Un reverendo franciscano, acostado en la misma alcoba, vió distintamente tan execrable operacion; mas no pudo impedirlo, porque las brujas le habian encantado: sin embargo, haciendo un esfuerzo invocó fervorosamente el nombre de Dios, á cuyo conjuro, untándose las malhechoras con un ungüento, huyeron volando por el cañon de la chimenea.

«Viéndose entonces el reverendo libre del maleficio, sacó de las ascuas el corazon ya medio asado; lo hizo tragar prontamente al descorazonado y... ¡oh prodigio! en el mismo instante notó que habia ocupado el sitio acostumbrado, y que latia... como si tal cosa.»

No son menos extrañas las ceremonias con que celebran sus casamientos: generalmente se hacen sin conocerse ni aun haberse visto los jóvenes: el padre busca una familia dentro ó fuera del canton, que tenga hijas casaderas: pide una á los padres para su hijo, sea la que quiera, aunque por lo común recae siempre la eleccion en la mayor: obtenido el consentimiento, presenta el novio á su futura, y está terminado el trato.

En el dia señalado para la boda, el jóven, acompañado de sus parientes y amigos vestidos de gala y bien montados, van á buscar á la futura, que, cubierta con un velo, los recibe en la puerta de la casa paterna, y en medio de esta lucida comparsa la llevan á la iglesia. Después de recibir la bendición nupcial, la conducen á su casa ó á la del esposo, si es la mas próxima, entre la algazara, gritos de alegría, salvas de fusilería y otras demostraciones de regocijo. Cada uno de los parientes desempeña algun cargo particular; el mas inmediato va cantando una especie de epitalmio; otro tremola una bandera pendiente de una lanza, en cuyo hierro está atravesada una manzana; los hermanos del esposo, ó en su defecto de sus parientes, van sirviendo á la novia.

El convite del primer dia se celebra en casa del recién casado; el padre presenta á la desposada un tierno niño para que lo tome en sus brazos, y le recuerda los deberes de la maternidad; al entrar en la habitación se arrodilla, besa el umbral de la puerta, en tanto que la suegra esparce sobre los esposos varias semillas, símbolo de fecundidad.

En estos festines reina siempre la alegría y abundancia: todo convidado está obligado á llevar algunas provisiones; la comida principia por las frutas y queso, y concluye con la sopa; se sirven con profusion cabritos, corderos, aves y pescado de toda clase; entre tanto no está ociosa la buskara ó gran copa que no cesa de dar vueltas á la redonda, siendo mucho el consumo de rakia ó aguardiente.

Concluida la comida principian los juegos, el canto y el baile, que se prolonga hasta la noche, terminándose con tres estrepitosos brindis á los novios. Los convidados los acompañan hasta la cámara nupcial, y se retiran, quedando únicamente los dos padrinos que desciñen el cinturón á la novia, y presencian cómo se desnudan los esposos el uno al otro. Verificada esta indispensable ceremonia, salen de la estancia, cierran la puerta, y tiran un pistoletazo al aire, á cuya señal contestan todos los concurrentes con una general descarga.

Al dia siguiente la desposada, despojada ya del velo y bonetillo, hace los honores de la mesa teniendo que sufrir los equívocos que la dirigen los convidados, autorizados por la costumbre en tales casos.

Estas fiestas duran tres, seis y á veces mas dias, segun la posibilidad de las familias: en todos ellos recibe la esposa regalos, en que consiste toda su dote, porque las novias no llevan mas que sus vestidos y una vaca.

Durante las fiestas, todas las mañanas presenta á los convidados agua para lavarse, y estos están obligados á echar una moneda de plata dentro de la jofaina, y hacerle algun presente de despedida, que consiste en camisas, pañuelos, justillos ó otras bagatelas de poco valor.

Luego que nace un niño, la madre lo lava con agua fria, lo envuelve con cualquier andrajo, cuida de él tres ó cuatro

meses; pasado este término deja que se arrastre por el suelo dentro ó fuera de la habitacion, resultando de esta costumbre que los muchachos aprenden á andar muy pronto, se desarrollan sus miembros, y adquieren robustez y el vigor que en lo sucesivo los hace resistir las nieves, intemperies y los mas rudos trabajos; las madres les dan el pecho hasta que un nuevo embarazo les obliga á suspender este precioso deber prescrito por la naturaleza.

De la vida á la muerte no media mas que un paso á veces harto breve: por lo tanto nos ocuparemos ahora de los honores fúnebres que tributa esta nacion á los difuntos: en tanto que permanece el cadáver en la casa, toda la familia llora ó mas bien ahulla de una manera espantosa; pero cuando se presenta el cura con el fúnebre cortejo para llevarlo, se

por algun tiempo, y llevar el gorro de color azul ó violeta: las mugeres se cubren la cabeza con un pañuelo del mismo color, ó negro muy ajustado.

Durante el primer año de duelo, las viudas van todos los dias festivos á renovar sus llantos y esparcir flores y plantas aromáticas sobre la tumba del finado: si algun grave incidente les ha impedido cumplir con este deber, se excusan con él contándole el motivo por qué han retardado la visita, le hacen mil preguntas, y hablan con él como si estuviese vivo.

Terminaremos esta descripcion haciendo algunas observaciones sobre los hiducos indígenas de aquel país. El mayor peligro de los que viajan por los distritos de la Morlaquia proviene de los muchos hiducos que se abrigan en sus bosques

de las cavernas, agitados con continuos sobresaltos y zozobras: espuestos siempre á la inclemencia y careciendo las mas veces del indispensable alimento, su existencia es la mas desgraciada y digna de compasion.

Bien considerada la situacion desesperada de estos seres semi-salvajes, parece que no debia esperarse mas que actos de violencia y crueldad, y sin embargo no es así: nunca atacan ni aun á aquellos que creen ser los autores de sus infortunios.

El objeto principal de sus robos es el ganado vacuno: lo arrastran á sus guaridas, se alimentan con su carne y reservidad; pero solo llegan á este extremo cuando los pastores se niegan á socorrerlos voluntariamente.



La herencia.



El huérfano.

umentan en sumo grado estas demostraciones de dolor: los parientes y amigos se aproximan al finado, le hablan, se despiden de él y le hacen mil encargos para el otro mundo; lo envuelven en una mortaja y lo conducen á la puerta de la iglesia: hacen allí alto las planideras de oficio, y sus intimos amigos cantan en tono lúgubre y solemne sus virtudes y acciones dignas de alabanza.

Luego que lo han sepultado, todo el acompañamiento, con el cura á la cabeza, vuelve á la casa y se emborracha, rogando á Dios por el ánima del difunto, y repitiendo sus alabanzas.

El luto de los hombres consiste en dejarse crecer la barba

y cavernas. En un principio se daba este nombre al cabeza de una familia ó á un jefe de partido; pero en el dia se designa con él á un criminal, á un asesino ó salteador de caminos.

El medio mas seguro para atravesar el país es hacerse acompañar por algunos de ellos: no obstante su mala reputacion, son compañeros fieles, incapaces de hacer traicion, y solo su desesperada situacion les precisa á recurrir á la rapiña y el robo.

Estos infelices viven como bestias feroces, errando de continuo entre precipicios casi inaccesibles, trepando de roca en roca para descubrir su presa desde lejos, sufriendo lo que no es decible entre solitarias quebradas ó en lo mas profundo

El valor de estos bandidos está en proporcion con el duro género de vida que llevan y con sus necesidades. Cuatro hiducos no temen atacar á una caravana de quince ó veinte turcos, que son sobre los que ejercen sus principales robos: los derrotan, hacen huir y se apoderan del botin. Un hiduco se considera hombre de importancia cuando se ha batido ventajosamente con los musulmanes en repetidos encuentros.

En la actualidad estas bandas han desaparecido casi enteramente: indultados unos de sus crímenes, unidos otros por medio del matrimonio con familias pacíficas del país, son habitantes laboriosos, humanos y benéficos, en nada diferentes de los otros morlacos.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

La grande inclinacion que en estos últimos años ha vuelto á despertarse hácia las pinturas y otros objetos de bellas artes entre las clases de la sociedad, y aun en aquellas de escasa fortuna, ha hecho concebir un proyecto que creemos llenará un vacío que se advierte desde luego en esta clase de industria; tal es el de proporcionar en la capital de la monarquía un modo seguro, cómodo y aun económico, de satisfacer cumplidamente los deseos de los aficionados á las bellas artes, poniendo á salvo sus intereses de los grandes fraudes y engaños que son tan frecuentes en esta clase de producciones, y que deseamos ver desaparecer entre nosotros.

El pensamiento es muy sencillo: proporcionar á toda clase de personas que deseen enajenar y adquirir pinturas y esculturas, objetos de antigüedades y otros de esquisito gusto, un local que se ha tomado y que contaba diez y siete años de existencia, habiendo recibido mejoras de mucha consideracion en punto de depósito, en el cual, así el modesto artista, como el hombre acomodado, puedan lograr llevar á efecto sus respectivos pensamientos, sin temor de verse defraudados en sus intereses. Conocido pues el objeto de este establecimiento, hé aquí las bases que establece:

1.ª Toda persona que desee vender cuadros, esculturas, objetos de antigüedades y otros de esquisito gusto, podrá depositarlos en el establecimiento, fijando por escrito el precio mínimo en que desee enajenarlos, recibiendo del encargado de dicho establecimiento el competente resguardo. Si el producto de los efectos realizados no pasase su venta de 20,000 reales, abonará el 6 por 100 de comision, y el 4 si escudiese de dicha cantidad.

2.ª Todo objeto que se deposite pagará por via de depósito la cantidad de 20 rs. anuales si su valor no pasa de 10,000, y 60 rs. por aquellos de mayor suma.

Todos los artistas que quieran llevar sus producciones á este establecimiento para darlas á conocer y enajenar, podrán hacerlo bajo las condiciones espresadas.

3.ª Los propietarios de cuadros, escultores, etc., etc., que se hallan fuera de la capital y deseen enviarlos para su venta, podrán hacerlo dirigiéndolos encajonados y pagados los portes,

al director, á quien deben remitirle en carta franca la factura y expresion del precio último en que hayan de venderse: el tanto por 100 y demás condiciones son iguales á los de la capital.

4.ª Todo cuadro que se deposite para su venta sin estar firmado por su autor, no será garantido por el establecimiento.

5.ª El precio de cada cuadro y demás objetos que se espongan para la venta, se fijará, de acuerdo con su dueño, en un extremo del mismo.

Además tiene por fin este establecimiento: primero, proporcionar á los principiantes en la pintura cuadros de buenos autores para copiarlos en sus casas, por un estipendio muy moderado: segundo, un surtido de maniqués y esculturas de todos tamaños, que se alquilarán llevados á domicilio por un módico precio.

El dueño del espresado establecimiento tiene correspondencias en París, Lóndres é Italia, para facilitar la venta de los cuadros que por su valor y mérito sea difícil su enajenacion en nuestro país, así como para la adquisicion de toda clase de objetos de antigüedades que le encarguen.

Para mayor comodidad del público y en obsequio de las personas que se valgan del establecimiento, todos los meses se insertará en los periódicos una lista que contenga los objetos que se hallen de venta.

Se recibe toda clase de encargos para la ejecucion de retratos, cuadros de costumbres, historia, esculturas de todos tamaños, madera, mármol, retablos de bonitas formas y dimensiones para todos los puntos de la Península, mandando las correspondientes medidas: todas las obras serán ejecutadas por excelentes profesores y artistas de conocido mérito, lo mismo que de restauracion, esculturas, pinturas, etc., etc.

El establecimiento está situado en la calle del Duque de Alba, núm. 5.



Bellas Artes.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.